



EL PALCO VACÍO PAOLA CAPRIOLO

se

Lectulandia

¿A quién pertenece esa mirada femenina que, noche tras noche, y desde el mismo palco, fija su atención en Vulpius, un joven actor de un pequeño teatro de provincias? ¿Por qué parece no querer concederle ninguna tregua?

Desde el palco, la mirada de una secreta espectadora se convierte en mirada de Medusa dispuesta a acabar con quien se enfrente a ella. Sin esta mirada, la vida de Vulpius carecería de sentido, y, a la vez, saberse reflejado en esos ojos misteriosos lo empuja hacia su propia perdición. Un embrujo fatal guiado por una lógica implacable, la de la perversión erótica, desencadenará la trama de esta historia en la que aparece reflejado el brillo de todos los temas que desde siempre han fascinado al ser humano.

Lectulandia

Paola Capriolo

El palco vacío

ePub r1.0

Titivillus 10.08.17

Título original: *La spettatrice*
Paola Capriolo, 1995
Traducción: Romana Baena Bradaschia
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

I

Nadie puede decir con exactitud cómo se cumplió el destino de Vulpius, qué acontecimientos, qué pensamientos, qué obsesiones marcaron su consecución. A sus compañeros, a sus amigos, no se les otorgó nunca la oportunidad de descifrar el misterio de su alma y aquella que, quizá, le conoció más de cerca no puede ahora ofrecernos ningún testimonio. Ni siquiera sobre la auténtica naturaleza de Vulpius, sobre el significado de sus acciones y sobre los motivos que las determinaron, concuerdan los pareceres; hay quien intenta explicarse aquellos incomprensibles acontecimientos como la extrema consecuencia de una desesperación y quien los atribuye a un brote de locura que se habría desarrollado poco a poco en su mente hasta sojuzgarla por completo.

Es muy fácil dejarse tentar por una u otra de entre esas interpretaciones, más difícil es reconstruir el desarrollo de los acontecimientos. También la que me dispongo a narrar es solamente una de las posibles historias de Vulpius, capaz de dar cuenta de los pocos elementos ciertos de los que disponemos. Que luego resulte su historia verdadera, o por lo menos la más verosímil, no me siento capaz de afirmarlo; la existencia de este personaje parece haberse desarrollado de tal manera que hace inaplicable cualquier criterio de verosimilitud, y si alguna vez se manifestó en ella alguna verdad, debió de tratarse de una verdad desconcertante, paradójica, casi irreconocible bajo los multicolores atuendos de la ficción.

Imaginémonos por tanto posible esta historia. Sometamos la realidad misma al proceso de purificación que la fantasía requiere, que es mucho más rigurosa y mucho más exigente en cuanto a la esencialidad y la coherencia, e imaginemos una tranquila ciudad, ni grande ni pequeña, cuyo nombre y cuyas coordenadas geográficas no es importante conocer; en definitiva, una ciudad posible de la que, por el momento, nos interesan sólo dos edificios. El primero de éstos es el teatro, en un tiempo de la corte, ahora municipal, un cofrecito rococó todo terciopelos carmesí y estucos dorados, donde cada noche, durante nueve meses al año, la compañía estable entretiene a los ciudadanos que desean ser entretenidos con programaciones en las que se hace alguna concesión a la novedad y muchas a lo convencional. Cada noche, a las nueve en punto, las lámparas de cristal suspendidas sobre la platea se oscurecen poco a poco, la orquesta cumplidamente presta su voz al clima de espera que se supone debe reinar en la sala, y cuando incluso el emblema que preside la escena, sostenido por los regordetes brazos de dos angelotes, desaparece por completo en la oscuridad, el telón se levanta por fin desvelando escenografías quizá no demasiado sorprendentes pero realizadas con gusto y sin reparar en gastos.

Farsas, tragedias y las innumerables formas intermedias que la tradición teatral ha sabido desarrollar entre los dos extremos de la risa y el desgarró se alternan sobre las tablas del escenario, en un estilo del que los raros entendidos presentes en la sala acostumbran a apreciar sobre todo el escrupuloso empeño y el loable sentido de la

medida. Los profanos, sin embargo, que constituyen la inmensa mayoría de los habituales asistentes al teatro, intercambiando sus opiniones después del espectáculo, no cesan de expresarse los unos a los otros un complacido asombro por cómo todo parecía verdad y por cómo ellos mismos, gracias a la potencia de la ilusión escénica, habían sentido las lágrimas aflorar a sus ojos ante la triste suerte de la heroína o habían experimentado la más plena satisfacción asistiendo a la deshonra final del viejo e insoportable avaro. Los acontecimientos representados en el escenario producen entre los espectadores de este tipo el mismo sentimiento de camaradería que el de quienes hayan afrontado juntos un largo viaje, luchado juntos codo con codo en una batalla memorable o compartido cualquier otra aventura, y los comentarios, las interpretaciones, las críticas y los elogios dirigidos a la forma de actuar de los distintos personajes se prolongan en la plaza que hay ante el teatro, incluso cuando ya se han apagado todas las luces y parece imposible que tras aquella oscura fachada se hayan entreabierto mundos tan remotos y desentrañado peripecias tan singulares. Más tarde, también los últimos grupos se dispersan y, normalmente después de la media, un silencio profundo se adueña de la plaza.

Así pues el telón ha bajado ya, hace rato que los actores se han despojado de sus trajes y del pesado maquillaje de escena y han dejado el teatro vestidos con sus ropas convencionales o a lo sumo moderadamente extravagantes. Si queremos localizar a los personajes de nuestra historia, tenemos que dirigir la atención al segundo de los edificios a los que antes hacía mención, una pequeña pensión, no distante del teatro, que desde hace años la compañía ha elegido como su propio domicilio. En el salón restaurante de la planta baja, al que se puede acceder también desde la calle, los actores se reúnen después de las actuaciones para consumir la opípara cena. Es un saloncito sencillo y acogedor, donde nada recuerda la pomposidad barroca del otrora teatro de corte excepto el gusto decididamente escenográfico que manifiesta la cocinera en la preparación de los platos: verduras de brillantes colores cortadas y dispuestas en abanico en torno a los asados, el carrito de los postres exhibe altos penachos de nata montada, constelaciones de merengues y cerecitas, y ni siquiera un simple filete o una loncha de queso son llevados a la mesa sin que su mera función nutritiva sea suavizada y transfigurada por algún adorno.

Un celo tal resulta en general un esfuerzo vano, puesto que estos actores, recién salidos del teatro, parecen perder de repente cualquier interés por la forma y atender exclusivamente a la sustancia según los principios de un sano pragmatismo. Con un decidido golpe de tenedor demuelen las complejas arquitecturas edificadas por la cocinera, arrinconan sin piedad las rizadas hojas de ensalada y los gajos de limón, no tienen escrúpulos en reducir a la mezcla más caótica el equilibrio cromático de la nata con el chocolate. Sólo una de ellos, una joven actriz, vacila siempre un poco, se detiene a observar fascinada esas maravillas como si las degustase con los ojos antes que con el paladar, y siempre suspira ligeramente cuando llega el momento de destruirlas.

—Es tan bonito —dice— que es incluso un pecado comérselo —pero después se come todo de buena gana, hasta el último bocado.

Puede que algunos recuerden todavía su nombre. No el que aparece en el censo, se entiende, sino el nombre artístico vagamente exótico con el que lo había sustituido, un nombre difícil de encontrar entre las santas del calendario, pero que a una ingenua chiquilla educada en una pequeña ciudad le parece que confiere a quien lo lleva un aura señorial y de misterio.

Creo que bautizaré a la joven actriz con el nombre de Dora; quizá sea el auténtico, ciertamente es verosímil, y con este personaje podemos movernos con total tranquilidad en el terreno de la verosimilitud. Toda su actitud expresa una sana y despreocupada confianza en los placeres de la vida y una absoluta ignorancia de cualquier aspecto morboso de la misma. Un carácter raro, quizá inexistente, que a pesar de todo, trasladado a la esfera de la ficción, resulta muy común, por no decir banal, como si semejante salud constituyera la norma para los seres humanos.

Mucho más difícil se presenta la tarea de describir al personaje sentado frente a ella, el joven actor que pisa las tablas bajo el nombre de Vulpius. Por ahora es una figura opaca, desconocida tanto para nosotros como para sí misma, aunque tras esta figura se oculta en estado latente todo el desarrollo de nuestra historia. Quizá se pueda ya adivinar algo observando la palidez de su rostro, tan en contraste con el sonrosado color de la muchacha, o las pequeñas arrugas precoces, apenas perceptibles, que le surcan la frente. Es sociable, cordial con los compañeros y de manera especial con Dora; a lo sumo, podríamos notar en su actitud una sutil pincelada de distanciamiento, un inconsciente no sentirse en casa entre aquellos que lo rodean.

De su origen, de su vida anterior, no importa saber nada. En lo que nos concierne, Vulpius nace en este momento, cuando lo vemos entre sus compañeros sentado a la mesa de la pensión, o quizá no haya nacido todavía y es tan sólo el presentimiento de sí mismo, y su ser adquirirá sólidos y firmes perfiles sólo con el progresivo definirse de su destino. Entre tanto, de este nebuloso individuo, nos basta con saber pocas cosas: que es joven, que parece igual que los demás pero no lo es, que está enamorado de Dora y que es correspondido por ella.

Considerarlo enamorado es, a pesar de todo, presumir demasiado. Todavía no lo conocemos lo suficiente y sería una verdadera y auténtica arrogancia pretender poder leer a primera vista en el pensamiento de un extraño. Por tanto me limitaré a decir que todas las noches, una vez que los actores se habían retirado, Vulpius salía al pasillo en pijama y bata y llamaba a la puerta de Dora, bajo la cual se filtraba todavía una línea de luz. A veces se quedaba hasta el amanecer y los dos desayunaban juntos en el saloncito contiguo a la habitación. Mucho más de tarde en tarde era Dora la que se acercaba a la habitación de él; de hecho no podía soportar el meticuloso orden que en ella reinaba. Vulpius no había añadido nada a su sobria decoración; cada noche, antes de reunirse con Dora, guardaba cuidadosamente su ropa en el armario, cada

mañana tiraba los periódicos a la papelera inmediatamente después de haberlos leído, no dejaba nunca un libro fuera de la estantería, en fin, vivía en esa habitación como si quisiera esconder a alguien el rastro de su presencia. Dora, por el contrario, amaba esparcir por su propia habitación bufandas y sombreritos, revistas y cajas de caramelos; sobre la repisa de la cómoda había erigido una especie de altar doméstico alrededor de los retratos de sus difuntos padres, y aquí y allá había pegado sobre las paredes viejos carteles de teatro y fotos de escena. A pesar de todo no se la podía llamar descuidada; incluso el desorden en ella estaba gobernado por una gracia instintiva y resultaba una manifestación natural en un talante tan ajeno a cualquier forma rigurosa.

Esta característica determinaba también el estilo de su interpretación a la que, según el ponderado y académico veredicto emitido por el gremio de los entendidos, no le faltaba nunca un matiz de aficionada, que a pesar de todo ellos estaban dispuestos a perdonar en nombre de su bello rostro luminoso y de sus formas compactas y bien moldeadas puestas hábilmente de manifiesto por el vestuario, dotes a las que solían referirse con la expresión un poco genérica de «presencia escénica».

Vulpius sin embargo, para suerte suya, no tenía casi nada que hacerse perdonar. Era considerado un actor todavía no maduro pero muy prometedor y los entendidos seguían con benevolencia el seguro ascenso que le conducía a papeles más y más importantes. Como en el caso de la bella Dora, también en éste se cuidaban de dejar bien claro que su juicio sí coincidía, por una curiosa casualidad, con el del gran público, pero estaba dictado por motivos del todo diferentes. De Vulpius, de hecho, la masa de los profanos admiraba en primer lugar su capacidad para capturarlos completamente en la ilusión, casi borrando el límite entre sí mismo y el personaje. Cuando moría en escena les parecía que muriese de verdad y se removían inquietos en sus butacas; y las lágrimas, las risas, la cólera y la pasión amorosa, todo aquello que Vulpius simulaba en el escenario poseía, ante sus ojos, el carisma de la verdad y de la más sincera naturaleza. Cada vez quedaban desconcertados viéndolo pasar de una velada a otra de un registro dramático a uno cómico, del papel del bueno al del malvado, como si en ello se manifestase una incomprensible versatilidad de su carácter; pero cada vez, tras pocas frases, se sumían en la nueva ficción y se convencían de que era precisamente así, que ese Vulpius, quién lo hubiera dicho, era verdaderamente un tipo de ese género; o mejor, ya no pensaban en Vulpius, puesto que ante sus ojos se encontraba en carne y hueso Píldes o Yago, Puck o Arlequín.

Imaginemos a este joven camaleón, apenas el telón ha bajado sobre los últimos saludos, encaminarse con sus compañeros hacia los camerinos. Se sienta ante el tocador para quitarse el maquillaje, su mano ejecuta movimientos rápidos, precisos, quizá en su rostro aparece algo, el lejano reflejo de una idea que enseguida se disipa. Se mira distraídamente en el espejo y mientras tanto conversa con sus compañeros, o con un espectador que ha venido a felicitarle, o con Dora, que siempre permanece Dora sea cual sea el papel que esté interpretando y que nunca ha sentido, al dejar el

escenario, ese aturdimiento tan parecido a un brusco despertar. Es un sentimiento de enajenación, de no pertenecerse, que se dilata incluso fuera del teatro mientras Vulpius recorre con los demás el breve trayecto hasta la pensión, y que a veces continúa dominándolo incluso en la mesa, durante toda la velada, sutil pero perceptible, y sólo ya entrada la noche, en la habitación de Dora, lentamente lo abandona.

II

La vida de los actores se desarrollaba conforme a pautas precisas, no menos ordenadas que las reglas burguesas, y no se parecía en nada a aquella aventurera de los cómicos ambulantes. Muchos de ellos habían aterrizado en el teatro municipal después de haber interpretado durante años en las compañías itinerantes, pero ahora parecían haber sepultado definitivamente cualquier recuerdo de sus anteriores costumbres, como quien habiendo realizado un inesperado ascenso social reniega de la modestia de sus orígenes. Cada uno de ellos poseía un pergamino de tupido papel con filigranas en el que, con una revoloteante letra cursiva, se le confería el título no excelso pero siempre envidiable de Actor del Teatro Municipal y estas hojas, debidamente enmarcadas, ocupaban el lugar de honor en las paredes de sus habitaciones. Cualquiera que entrase se las encontraba delante, como si el que habitaba la pieza deseara poner enseguida las cosas en claro con el fin de que el visitante tuviese bien presente con quién estaba tratando y actuase en consecuencia, y el mismo poseedor se detenía gustoso a contemplar ese documento en el que atisbaba la garantía de un porvenir digno y carente de preocupaciones. Sólo en la alcoba de Vulpius el diploma no estaba a la vista, sino guardado en un cajón entre los demás papeles; de todas maneras sus compañeros nunca habían tenido la oportunidad de asombrarse por ello o de preguntar la razón de un comportamiento tan extravagante, puesto que el joven no recibía a nadie en su propia habitación, salvo a Dora, y esta última cuando estaba con Vulpius no prestaba una gran atención a las paredes.

Por lo demás también nuestro protagonista se amoldaba sin reservas a la benévola disciplina que gobernaba la vida de la compañía, a los horarios que la marcaban, a la repetición de los gestos, de las palabras, incluso de los pensamientos y así, cada día, daba fielmente la réplica a un mismo, eterno guión. Quizá no sería arriesgado suponer que él advirtiera una cierta fascinación precisamente en esta calmada ritualidad a la que los demás se abandonaban casi inconscientemente considerándola un simple corolario de su condición de Actores Municipales.

Levantemos el telón en uno de estos días. No se desarrollará de manera muy distinta a lo acostumbrado y, sin embargo, a los ojos de los actores posee un significado particular, porque justamente esta noche el teatro vuelve a abrir sus puertas tras la clausura veraniega. Hace ya dos semanas que la pensión ha vuelto a poblarse, los actores se han intercambiado ya hasta la saciedad los partes de las vacaciones: visitas a los familiares, sosegadas estancias en el campo o en alguna residencia veraniega no demasiado cara, y han tenido tiempo de averiguar con satisfacción que durante su ausencia nada ha cambiado, las habitaciones siguen siendo pulcras y tranquilas, los platos que prepara la cocinera sabrosos como antaño y servidos en raciones abundantes. Reconfirmados de esta manera los pilares de su existencia, pueden sumergirse nuevamente en el sereno fluir de sus costumbres.

Aquella mañana Dora se despertó la primera y, tras haberse echado sobre los

hombros una bata azul con adornos de plumas de avestruz, alcanzó de puntillas el ventanal. Apartó un poco las cortinas e hizo entrar en la habitación un haz de luz. Era un bonito día, el sol iluminaba la extensión de tejados de la ciudad y hacia el cielo despejado de nubes se erigía, nítida y singularmente cercana, la gran cúpula de cobre de la iglesia. Dora se alegró con aquella vista; como muchos actores era proclive a las supersticiones y amaba descifrar en todo cuanto sucedía a su alrededor una serie de presagios buenos o funestos, como si entre el transcurrir del mundo y los humildes acontecimientos de su vida subyaciese una correspondencia secreta. Apreció, por tanto, la señal de una disposición benévola por parte de la entidad que gobierna lo uno y a los otros en el hecho de que la temporada probablemente no estuviese destinada a inaugurarse bajo la lluvia. A esta entidad le dirigió un pensamiento de ferviente gratitud; de hecho era consciente de que incluso al benefactor más munífico, a fin de que sus sentimientos no se enfríen, hay que lisonjearlo y que el reconocimiento constituye la mejor arma en las manos de un beneficiado deseoso de recibir ulteriores beneficios. «Te doy las gracias por cuanto estás haciendo por mí esta vez», decía su mirada, perdiéndose más allá de la reverberación verdosa de la cúpula en una vaga lejanía, «sólo que no me traiciones la próxima».

Luego, las reflexiones de Dora adquirieron un matiz más práctico. «Con una temperatura tan agradable», pensó, «podríamos desayunar fuera, en la terracita». Volvió a mirar hacia el interior. Vulpius todavía dormía, en posición supina, completamente envuelto en la sábana. Esa noche había dormido intranquilo y Dora se había extrañado puesto que la inminencia de un debut no había generado nunca en él la más mínima aprensión; sin embargo, ahora yacía inmóvil en una postura extraordinariamente afectada, casi rígida, que era habitual en él y que Dora no podía observar sin desazón. Si cuando Vulpius estaba despierto su figura le resultaba agradable y atractiva, ese cuerpo dormido suscitaba siempre en ella una inexplicable repulsión. En ese rostro no sabía reconocer los rasgos familiares del enamorado, del compañero cariñoso; era frío, extraño, incluso inhumano, parecía esculpido en mármol y su palidez resaltaba más de lo normal al no ser compensada por la luz de sus grandes ojos oscuros.

Normalmente Dora transformaba en juego cualquier sensación desagradable, cualquier elemento perturbador que se presentase en relación con Vulpius; solamente de esa extraña intranquilidad no le había mencionado nunca nada, y se entretenía lo menos posible sobre ella, apresurándose a alejarla de su mente como si se tratara de una pesadilla nocturna pronto olvidada al despertar.

Una vez que hubo consultado el reloj de péndulo colgado de una de las paredes del saloncito y se dio cuenta de que las once habían pasado hacía rato, dejó de lado toda dilación y con una sensación de alivio apartó completamente las cortinas. El rostro de Vulpius se contrajo, herido por la luz, y volviendo en sí de su inmovilidad levantó un brazo para protegerse los ojos.

En un jocosos tono de indignación Dora le preguntó si sabía qué hora era.

—¿Cómo puedo saberlo? —replicó él, y añadió que estaba dispuesto a escuchar a ese respecto cualquier informe que Dora quisiera proporcionarle.

De todas maneras, una vez que lo hubo recibido, se quedó tranquilamente en la cama mientras ella tocaba el timbre para que trajeran el desayuno, y sólo cuando oyó que llamaban a la puerta se levantó y se ocultó tras el biombo.

Nadie que viviera bajo ese techo ignoraba su relación, pero Dora, quizá por un respeto a los prejuicios burgueses, quizá a su propia dignidad de actriz municipal, evitaba por todos los medios hacer ostentación de ello y llegaba a imponer al joven una suerte de clandestinidad cada vez que un camarero ponía un pie en la habitación.

Saliendo de su escondite, Vulpius se encontró el desayuno servido sobre la mesa de la terracita y a su amiga concentrada en la difícil tarea de elegir entre un bollo y una tarrina de mermelada de naranja. Finalmente Dora cogió la tarrina y la depositó en un arconcito repleto de lo que ella solía definir como «género de alivio»; luego volvió a la terraza y, liberada del peso de la decisión, mojó el bollo en el café con leche.

¿Se había dado cuenta Vulpius de la belleza de ese día? Sí, claro, se había dado cuenta. ¿Y no pensaba que el estreno sería un éxito? A esta pregunta el actor contestó con una vaga sonrisa: el nexo entre las condiciones del tiempo y el éxito de las representaciones parecía escapársele de la manera más absoluta, así como la intrincada red de signos premonitorios que a juicio de Dora envolvían la realidad. Ni siquiera se santiguaba antes de entrar en escena, aunque ella le había recomendado a menudo tomar esa sencilla precaución.

Y sin embargo hoy también Vulpius observaba con interés el paisaje. Estaba fascinado en particular por la brillante cúpula de la iglesia y ponderaba la sabia ilusión creada por los rayos del sol que, restándole concreción a su superficie metálica, la transformaban en un juego de reflejos, en un incendio inmóvil.

Ella objetó que precisamente ese destello le resultaba insoportable: era un bello espectáculo, sin duda, pero deslumbraba. Y además, ¿por qué concentrarse con tanta obstinación en un solo punto cuando el panorama ahí arriba se extendía tan vasto, tan generoso y ofrecía un sinfín de variedades atractivas? Las torres, por ejemplo, y los pináculos que aquí y allá se alzaban sobre la masa compacta de la ciudad, o las colinas, tan relajantes vestidas todavía de verano, apenas jaspeadas aquí y allá por alguna mancha oscura... Vulpius asentía distraídamente, pero su mirada siempre volvía a posarse sobre la gran cúpula de cobre.

Al fin Dora, levantándose de su butaquita, le arrancó de esa contemplación.

—Hace menos calor de lo que pensaba —dijo llevándose una mano al pecho para cerrar el escote de la bata. Volvió a entrar en la alcoba y, tras pocos instantes, él la siguió.

III

Imaginemos a los actores, en la inminencia del debut, consumiendo el día presos de una dulce ansiedad que sin embargo no tiene el poder de modificar el ritmo tan bien consolidado de sus vidas. A la una en punto se reúnen todos en el restaurante, incluidos Dora y Vulpius, ella excitada, él tranquilo y ensimismado, y mientras en la mesa las viandas celebran una tras otra su efímero triunfo, todos intentan acaparar la atención del primer actor, que desempeña también la función de director, para exponerle algún problema aparecido a última hora tras un enésimo, solitario repaso del propio papel. El primer actor tranquiliza a todos brevemente y remite las explicaciones al ensayo general fijado para la tarde, como siempre, de las tres a las seis.

—No mezclemos lo sacro con lo profano —exhorta tajante hincando el diente a un muslo de pollo; una frase ambigua desde el momento en que es casi imposible establecer qué representa para él lo sacro y lo profano. En cualquier caso nadie osa objetar, no sabría decir si por respeto o incluso por sometimiento a ese hombre de poderosa voz y potente apetito, o porque a los ojos de los mismos interrogadores sus dificultades no se presentan después de todo tan graves como para ser discutidas en la comida, obstaculizando el sereno desarrollo de un rito tan esencial.

Cualquiera que sea el texto elegido con vistas a la representación del estreno, podemos suponer que para la compañía no constituirá una novedad. Lo más probable es que se haya desempolvado un éxito de la temporada anterior para así resguardarse de cualquier eventualidad; los Actores Municipales, recordémoslo, no son aventureros, tienen la cabeza bien puesta sobre los hombros, y sus elecciones son sopesadas con extremada precaución. Retomar todos los años un limitado repertorio hasta llevarlo a la perfección que consienten los medios artísticos de los que disponen, esto es lo que legítimamente se puede esperar de ellos, y no es poco, admitámoslo, a la larga se termina apreciando este tipo de prudencia al definir los programas, sobre todo cuando uno se ha cansado ya de asistir a los poco afortunados experimentos intentados por compañías menos sabias y más despreocupadas.

A veces ocurre que algún joven autor lleno de sí mismo importune al director pidiéndole que por lo menos lea su trabajo y después, probablemente, que lo lleve a escena, o que uno de los entendidos, llegado de un viaje, ensalce el extraordinario éxito de crítica cosechado en otro teatro por una novedad o por la arriesgada exhumación de un clásico olvidado.

—Si hay alguien que quiera romperse los cuernos —es la seca respuesta del primer actor— que proceda, pero sin nosotros.

Por su parte, él se considera responsable hacia los compañeros del mismo modo que un buen padre con respecto a los hijos, y el deber fundamental que debe cumplir es el de proteger a cuantos le han sido confiados del riesgo de caer en el ridículo frente a toda la ciudad. Los mismos criterios rigen la elección del equipo y de la

interpretación, que son puntualmente alabados en las acreditadas columnas del periódico local por su «ejemplar clasicismo» y si, por ejemplo, se le sugiere interpretar a Ricardo III sin joroba o no hacer estallar en escena las llamas infernales al final del *Don Juan*, ni tan siquiera contesta, sino que se limita a sonreír como ante la gracia de un espíritu absurdo. Luego, en el caso de que el interlocutor insista demasiado sobre el asunto, se apresura a truncar la conversación exponiendo que él no tiene que rendir cuentas a nadie de sus decisiones, a excepción de su conciencia y del señor gerente.

Dadas estas premisas, es comprensible que los actores se sintieran con las espaldas guardadas y que la espera del debut no consiguiese perturbar su sano interés por los placeres de la mesa. Concluida la comida, subieron pues confiados a sus habitaciones donde se concedieron el breve reposo de la tarde y, poco antes de las tres, volvieron a reunirse en el vestíbulo para trasladarse tranquilamente al teatro.

Puesto que hemos hecho referencia al *Don Juan*, podríamos suponer que es precisamente éste el texto del programa para la velada. El papel del libertino impenitente era desde hacía años el caballo de batalla del director y el hecho de que su figura se hubiera vuelto ya, en gran medida, pesada y que el tinte castaño de su cabello se mantuviese sólo artificialmente no le parecía que quebrase de forma decisiva su credibilidad en los paños de aquel irresistible sojuzgador de corazones femeninos. Por otra parte, la primera actriz, que envuelta en tupidos velos claustrales tendría que defender el papel de Doña Elvira, no era mucho más joven que él y, según decían sus compañeras, tenía que agradecer a la impenetrabilidad del traje que el abandono que sufría por parte del consorte no generara en los espectadores una cierta comprensión por los buenos motivos que poseía este último. Sólo Dora se abstenía de tales comentarios malignos, quizá porque su índole muy poco ambiciosa la hacía extraña a cualquier forma de envidia. Era actriz por amor a ese tipo de vida y le daba casi lo mismo el papel que le tocase en suerte con tal de que le brindase la manera de someter al examen del público sus propias dotes naturales. Bajo el severo hábito de Doña Elvira se habría sentido incluso mortificada, mientras que el papel de la campesina Charlotte, aunque modesto, le permitía lucir un vestido que, además de sentarle de maravilla, no preponderaba sobre su belleza escondiendo más de lo estrictamente necesario.

Sin embargo, Dora concentraba por completo sus ambiciones artísticas en Vulpius, en cuyo talento y futuros éxitos alimentaba una fe incondicional; por tanto estaba felicísima de que le hubiera sido asignado un papel tan importante como el de Sganarelle. Ciertamente es que según la lógica y justicia su enamorado tendría que haber interpretado a Don Juan, habría sido una enorme ventaja para el espectáculo que el papel del fascinante libertino le hubiese tocado a Vulpius y no a aquel rechoncho comediante, y ella misma se habría divertido mucho más cediendo en escena a su seducción. Pero el principio: «Quien se conforma goza» estaba impreso con letras indelebles en el ánimo de Dora; ya la había protegido muchas veces del desagradable

sentimiento de la desilusión y también ahora venía en su ayuda, permitiéndole afrontar aquella velada sin sombra de hastío o malhumor.

La comedia fue, de hecho, interpretada del principio al fin ante una platea casi vacía; el gerente estaba sentado solo en medio de la tercera fila observando con gran atención vestuario y escenografía y el dinero destinado para ese espectáculo no le pareció mal gastado. Hubo que renunciar, a pesar de todo, a probar los efectos de la escena final dada la ausencia de los bomberos que no se presentarían en el teatro antes de las ocho. Debido a esto, el hundimiento de Don Juan en la vorágine infernal se redujo a un pequeño salto realizado con circunspección sobre una trampilla no muy profunda abierta en el escenario, mientras las llamas, las nubes de vapor y el solemne acompañamiento de rayos y truenos quedaron confiados a la imaginación, no de las más febriles, del señor gerente.

De todas formas, cuando el disoluto castigado reapareció por la trampilla tras la frase de Sganarelle y los demás actores salieron de entre bastidores, todo fue un felicitarse mutuamente por el buen desarrollo del ensayo y hasta el gerente expresó con comedia cordialidad su propia satisfacción. Después extrajo del bolsillo del pantalón el reloj y tras haberlo consultado se despidió apresuradamente, exhortando a los actores a tomarse un pequeño descanso y a volver al teatro a las ocho en punto.

A pesar de la deferencia general hacia ese acreditado personaje, casi nadie siguió su consejo. Descansar, a dos horas de un debut, era una empresa superior a toda fuerza humana, e incluso salir del teatro resultaba para la mayoría un esfuerzo inútil. El director se retiró al camerino para esperar las ocho entretenido con una botella de licor y algunos de los compañeros fieles a su doctrina, según la cual cuando se va a escena no hay que estar ni del todo borracho ni del todo sobrio. A esta escuela se adherían entre otros la austera Doña Elvira y el convidado de piedra cuyas mejillas pronto adquirieron un colorido rubicundo; pero la cosa no le preocupaba puesto que una espesa capa de maquillaje blanco bastaría para devolver a su rostro la palidez marmórea requerida por su papel. En el camerino de Dora, las tres jóvenes actrices buscaban un alivio análogo en una gran caja de bombones, regalo de un admirador, y de vez en cuando dirigían hacia el espejo una mirada indagadora como para recibir una confirmación de su inmutable encanto.

Vulpius había intentado inútilmente convencer a Dora de acompañarlo a dar un corto paseo y al final había salido solo. Caminó por las calles del centro, sin una meta precisa, respirando a pleno pulmón el aire fresco de la tarde en el que ya se intuía un presagio del invierno. Todavía no era de noche, pero en las calles principales las farolas mezclaban su luz con la del atardecer y, en el cielo, una diáfana guadaña de luna se enfrentaba al sol muriente.

No sabemos cuáles eran los pensamientos de Vulpius, ni por qué razón sintió la necesidad de dejar el teatro y emprender ese solitario paseo; se podría pensar que buscaba en el movimiento un desahogo a su propia impaciencia, si esta hipótesis no estuviera en contradicción con la tranquilidad casi flemática con la que recorría esas

calles familiares, parándose de cuando en cuando a observar una fuente, el pintoresco luminoso de una tienda o la arquitectura de un edificio. Se podría pensar que era un viajero de paso que realizaba una sumaria visita a la ciudad para engañar la espera entre un tren y el siguiente, mirando alrededor con una curiosidad desapegada, dirigiéndose ahora aquí ahora allá según el dictado de la casualidad o de un momentáneo capricho.

De esta manera, casi sin darse cuenta, llegó hasta la iglesia, la misma que aquella mañana había contemplado con Dora desde la terraza. Dirigió una mirada de distraído consentimiento a las líneas sinuosas de la fachada, y estaba por continuar cuando el portón se abrió permitiendo la salida de un grupo de fieles y por un instante entrevió en el interior un centelleo dorado. Nunca había pisado esa iglesia, si bien había pasado muchas veces por delante, pero ahora se sintió extrañamente atraído y cruzó decidido el portón.

El gran espacio oval dominado por la cúpula estaba desierto. De lo alto ya no descendía ni siquiera un rayo de luz, pero las largas hileras de cirios encendidos ante los altares difundían una claridad rojiza, descubriendo sobre las paredes ricas decoraciones en las que los símbolos del esplendor terrenal se entremezclaban con los de la muerte. Guirnaldas y angelotes, iluminados por las llamas, emanaban un flameo interrumpido aquí y allá por el clarear de una calavera que resaltaba nitidísima, casi cegadora, y una estatua armada de guadaña se inclinaba sobre la pila del agua bendita con un gesto que evocaba no tanto la amenaza de la aniquilación, sino el cumplido homenaje de un cortesano. En esa suntuosidad funeraria que se prodigaba a manos llenas en cada punto de la iglesia había de hecho un halo de vanidad, de mundana ostentación, incluso de voluptuoso abandono y los siete ángeles que desde la base de la cúpula anunciaban con sus trompas el día del juicio parecían los maestros de ceremonias de una fiesta seductora e incomprensible.

Vulpius había abandonado por completo la actitud de turista embobado; ahora miraba a su alrededor frunciendo ligeramente el ceño como si se esforzara por atrapar un pensamiento que continuamente se le escapase. Estaba tan absorto que, cuando el portón se abrió y cerró de repente, ese ruido inesperado le hizo sobresaltarse. Se giró y vio a una elegante señora de mediana edad dirigirse hacia el altar llevando a una niña de la mano. A Vulpius le pareció conocerla, si no a ella a alguien que se le parecía; podía ser la mujer o la viuda de un alto funcionario o de un profesional, perteneciente a lo mejor de la sociedad, asidua a todo tipo de inauguraciones, presentaciones y estrenos teatrales. Vestía a la última moda, incluso con un toque de anticipación con el que raramente uno se encontraba en esa ciudad tan reacia a aceptar las innovaciones; la niña, probablemente su hija, iba sin embargo vestida en un estilo más clásico, según correspondía a su edad y a la posición de sus padres.

Cuando estuvo a pocos pasos del altar, la mujer soltó la mano de la niña y con un movimiento impetuoso dobló la rodilla a tierra mientras su brazo dibujaba rápidamente la señal de la cruz. Vulpius observó ese gesto tan antiguo y solemne, tan

en contraste con la actualizada elegancia de la señora. Estaba asombrado, admirado, vagamente divertido.

—Muy bien —dijo en voz baja, con la fría aprobación del experto—. Casi perfecto.

La niña había imitado a su madre, aunque sin poder igualar su naturalidad; permanecieron arrodilladas la una junto a la otra, con la cabeza agachada, ensimismadas en una silenciosa plegaria. Con cuidado, para no molestarlas, Vulpius alcanzó la puerta y salió volviéndola a cerrar despacio a sus espaldas.

IV

Ahora el teatro estaba repleto de hombres y mujeres que se demoraban charlando en el foyer, recorrían los pasillos de la platea buscando su localidad, o se asomaban a los palcos para hacer un ademán de saludo a algún conocido. Como siempre, al estreno no faltaba ninguno de los ciudadanos más ilustres y la cronista de sociedad del periódico local pululaba incansablemente tomando apuntes sobre los tocados de las señoras. Seda y raso, largas boas de avestruz y collares de exorbitantes números de vueltas creaban a este lado del telón un espectáculo aún más fastuoso del que en breve se iba a representar más allá de él y constituían la triunfal exposición de un tema en torno al cual, en los días sucesivos, discusiones y comentarios se desarrollarían como una elaborada sinfonía.

Cuando las luces bajaron de intensidad para dar el primer aviso, casi nadie pareció hacer caso. Al segundo sin embargo se obedeció, pero a lo sumo con oculto fastidio, y muchos consideraron una auténtica impertinencia interrumpir tan brutalmente la conversación ajena. Sólo los entendidos se fueron satisfechos a sus butacas, saboreando, más todavía que el espectáculo en sí, el ejercicio siempre gratificante de su espíritu crítico.

El murmullo continuó mientras la orquesta afinaba los instrumentos, pero al apagarse las luces todos callaron; los instantes de oscuridad y silencio marcaron el paso de la realidad a la ficción. Todos prestaron atención y se concentraron despojándose de sus propios pensamientos, de sus propios intereses, de su propia personalidad, y como por un milagro la frívola y parloteante audiencia se transformó en público.

Por fin la orquesta entonó una música primero grave, después alegre, y el telón se alzó desvelando el interior de un palacio principesco tal y como puede imaginárselo alguien que no haya nunca habitado en uno. Sganarelle, de pie en el centro del escenario, sostenía en su mano una cajita de plata y, tras responder con un breve ademán al aplauso con que se le saludó, comenzó a ensalzar al escudero de Doña Elvira los méritos sociales y morales del tabaco. Los espectadores reían: en esa fase inicial todavía conseguían diferenciar a Vulpius de Sganarelle, y en voz baja se intercambiaban elogiosos comentarios sobre la caracterización del personaje, en particular sobre las poses del joven actor, siempre ligeramente encogidas, con la espalda encorvada, como si en la vida no hubiera hecho otra cosa que prodigarse en reverencias o esquivar los palos de un amo despótico, y sobre el aire circunspecto con el que, mientras con tono de complacida indignación ilustraba a su interlocutor las fechorías de Don Juan, miraba a su espalda temiendo ser sorprendido por este último.

Pero nadie notó que Vulpius se aprovechaba de esa mímica para observar al público. Le bastó una ojeada para darse cuenta de que el aforo completo, si no conseguido, por lo menos se había rozado. En la platea ya no quedaba un sitio vacío y los palcos estaban en su mayoría ocupados, incluido el real en el que se sentaba el

alcalde con su enojadísima consorte y algunos notables invitados. El anciano crítico titular y el director del periódico habían sido invitados como siempre al palco del gerente, que se preocupaba mucho de cuidar personalmente las relaciones con la prensa. Dondequiera que posara la mirada, Vulpius sólo descubría rostros conocidos y puede que esta circunstancia generara en él una vaga sensación de aburrimiento.

Entre tanto el escudero había salido de escena y el primer actor había hecho su entrada, siendo acogido con un estruendoso aplauso. Para muchos de los presentes los recuerdos más antiguos de su interpretación de Don Juan se remontaban a la juventud, y ahora saludaban con satisfacción lo que ante ellos aparecía como una venerable costumbre y era además un testimonio sobremanera reconfortante de cómo el tiempo había transcurrido desde entonces sin producir grandes estragos. Ciertamente es que, con respecto a veinte años antes, su Don Juan había engordado un poco, sus movimientos habían perdido algo de su primitiva agilidad, el timbre de su voz resultaba menos redondo; de todas maneras había que admitir que aún tenía muy buen porte, cosa que por otro lado era completamente natural puesto que veinte años no constituyen una eternidad, ni para los actores ni para los ciudadanos comunes. Más que gustosos, por tanto, pusieron en marcha todos los recursos de su imaginación para disipar el sentido de incongruencia suscitado por las jactanciosas declaraciones de principios del seductor, ya entrado en años, que todavía atribuía a su corazón la capacidad de amar a todo el mundo y todavía consideraba un objetivo realista volar de victoria en victoria, extendiendo así las conquistas amorosas como Alejandro las militares.

Cuando estas y otras bravuconadas fueron truncadas por la aparición de una furibunda Doña Elvira, Vulpius se retiró a un rincón del escenario disfrutando de la breve pausa. Resultaba tranquilizador no sentir ya sobre él la atención del público y sin embargo, mientras la primera actriz recitaba su parte, tuvo todavía la sensación, más bien la certeza, de ser observado. Sin pensarlo examinó la sala de arriba abajo, hasta que su mirada encontró la de una mujer que estaba sola sentada en un palco del proscenio. Vulpius estaba seguro de no haberla visto nunca. Parecía muy joven y, desafiando los dictámenes de la moda, llevaba el cabello largo, suelto sobre los hombros. En la penumbra sus facciones apenas se vislumbraban, sólo sus grandes ojos negros parecían brillar con luz propia y permanecían obstinadamente fijos sobre Vulpius, como si en todo el teatro no hubiera nadie más que él.

Oyéndose repentinamente interpelar por Don Juan, mostró un desconcierto no del todo simulado. Por un instante pareció no recordar su réplica, tanto es así que el apuntador estaba ya a punto de intervenir, pero rápidamente se rehízo y recitó de manera irreprochable. Risas y aplausos se elevaban de la sala obedeciendo rigurosamente a sus previsiones, casi como si hubiera sido él mismo el que los hubiera ordenado, y el acto se desarrolló sin incidentes hasta la caída del telón.

Mientras se preparaba la siguiente escena, Vulpius volvió al camerino. Los actores iban y venían jadeantes, un confuso alboroto se extendía a lo largo del pasillo,

pero él permaneció extraño a ese trajín. Estaba sentado ante el espejo retocándose el maquillaje y sus pensamientos seguían dirigidos hacia la espectadora que había entrevistado en el palco; cuando Dora, que se dirigía hacia el escenario, se asomó a su puerta en busca de un último ánimo, él se limitó a dirigirle una distraída felicitación. Por unos instantes la oyó alejarse pronunciando en voz baja complicados conjuros; después, atenuada por la distancia, la melodía popular que iniciaba la orquesta le anunció el comienzo del segundo acto. Ahora el alboroto se había apaciguado y también había disminuido el trasiego. Vulpius se sentía dichoso de poder disponer de unos instantes de calma antes de su entrada, porque sentía la oscura necesidad de concentrarse, de reflexionar. Posó la mirada en el espejo, examinando con meticuloso escrúpulo su propia imagen: se preguntaba qué podía haber despertado en aquella mujer un interés tan vivo, pero no consiguió encontrar una respuesta satisfactoria, si bien, en general, era consciente de poder ejercer una cierta fascinación sobre las almas femeninas. Adaptó el rostro repetidamente a las cómicas expresiones de Sganarelle, encorvó la espalda y hundió el cuello entre los hombros, luego volvió a enderezarse y sonrió sacudiendo la cabeza.

Los perentorios golpes dados en la puerta por el regidor le sacaron de ese vano cavilar. Se arregló rápidamente el traje, se volvió a poner el sombrero calándoselo de lado sobre la cabeza y volvió a salir al escenario a continuación de Don Juan. Transcurrió algún tiempo antes de que pudiera lanzar una ojeada al palco de proscenio; la desconocida estaba aún en su sitio y lo observaba todavía con esa extraña insistencia que le halagaba y a la vez le suscitaba una creciente inquietud. Gracias a su mirada le parecía estar solo en escena, recitando para ella un largo monólogo en el que las pausas, los silencios y los momentos de inmovilidad adquirirían la misma importancia que los gestos y las réplicas. Era un papel del que se le escapaba el sentido y la naturaleza, pero que no coincidía con el previsto por el texto; junto a la acción de Don Juan tenía lugar otra, secreta, que sólo en ocasiones la entrecruzaba y, de tal acción, la espectadora manejaba los hilos.

En el tercer acto, Sganarelle tuvo que ocultarse detrás de un matorral de cartón para evitar a un grupo de hombres armados. La posición en la que se encontraba lo ocultaba a la mayor parte del público, pero la desconocida, desde su palco, todavía podía verle. Si bien de su rostro continuaba recibiendo una imagen borrosa, Vulpius tuvo la impresión de que le sonreía, quizá porque ahora sus grandes ojos negros resplandecían, o así le pareció, con una luz particularmente dulce. A toda costa quiso devolverle la hipotética sonrisa y de momento insinuó una reverencia. Ella no se movió, no reaccionó. Parecía haber entendido su reverencia no como un saludo, sino como parte de la representación; a pesar del constante intercambio de miradas, siempre permanecía entre ellos la infranqueable delimitación que separa al actor del espectador y en cuanto Vulpius lo entendió, desistió del intento de establecer con ella cualquier comunicación personal.

Se quedó mirándola fijamente mientras el diálogo que se entrelazaba en el

escenario le llegaba lejano, casi como si perteneciera a otra realidad. La contemplación de la desconocida desplegaba a su alrededor un velo que sonidos y palabras atravesaban con dificultad, y cuando oyó la voz de Don Juan llamándole a escena, al principio no se dio ni siquiera cuenta de que la cosa le concernía. Tuvo que vencer un instintivo rechazo para abandonar su escondrijo; el otro texto, aquel del que podía descifrar alguna línea en los ojos de la desconocida, lo había subyugado hasta tal punto que hacía que el primero le pareciese insulso, y sólo con un gran esfuerzo el actor consiguió volver a meterse en los bufonescos paños de Sganarelle.

V

Podemos suponer que durante el intermedio Vulpius no hizo mucho caso a las charlas de sus compañeros y, quizá, tampoco a los secos cumplidos del gerente, que hizo una rápida aparición en los camerinos y enseguida se escabulló para volver a cortejar a sus huéspedes. Incluso la presencia de Dora, que pululaba a su alrededor con las mejillas encendidas y los ojos relucientes, no conseguía quizá borrar del todo de su mente la pálida figura de la desconocida.

La joven actriz parecía dominada por una euforia incontenible, debida sólo en parte al caluroso aplauso con el que el público, especialmente el masculino, había acompañado su salida del escenario; sobre todo la alegraba el éxito de Sganarelle, que había sabido despertar en los espectadores una extraordinaria hilaridad, y ahora evocaba de nuevo los momentos más importantes de aquella marcha triunfal de la que ella misma había sido testigo entre bastidores. Sin lugar a dudas, al término del espectáculo se le tributaría una gran ovación y cuando apareciese el artículo del crítico local se vería a quién le correspondían los elogios más elevados, si a Vulpius o a aquel viejo renacuajo del director. Siempre y cuando, añadió Dora, el ilustre reseñador tuviera la capacidad de expresar un juicio objetivo, porque en el fondo también él era un viejo renacuajo y la solidaridad entre iguales podría ofuscar su discernimiento. Pero incluso en esta malaventurada eventualidad, Vulpius no debía desanimarse porque el veredicto esencial que quedaba era el del público, ella lo sabía con absoluta certeza.

Esta apasionada argumentación se interrumpía cada vez que un ruido de pasos resonaba delante del camerino. Entonces ambos miraban hacia la puerta y permanecían a la espera, Dora temiendo ver entrar a un airado Don Juan que la hubiese oído desde el pasillo, Vulpius en la esperanza de recibir una visita de la desconocida. Pero el intermedio terminó sin que nada parecido ocurriese. Sganarelle volvió a escena y Dora volvió a colocarse detrás de un bastidor para presenciar su éxito y la posterior humillación del primer actor, que en verdad no se sentía en absoluto eclipsado por el compañero, es más, continuaba interpretando su papel con la desenvoltura de un mimado del público.

Sobre la ubicación de Dora, a la izquierda, se encontraba el palco donde se sentaba la bella espectadora, y ninguna de las dos parecía tener ojos que no fueran para Sganarelle. Ni siquiera la estatua, que al final del cuarto acto se presentó puntualmente en escena, consiguió apartar de él su atención. Cuando podía, Vulpius devolvía la mirada ora a una, ora a la otra, pero en Dora sus pensamientos se detenían sólo fugazmente; aquella lozana muchacha de ojos claros y sin sombras le parecía carente de toda fascinación en comparación con la mujer sentada en el palco de proscenio. La penumbra que la ocultaba le estimulaba a completar su imagen por cuenta propia, a darle rasgos definidos, a atribuirle una identidad; pero ninguna de las hipótesis que se le venían a la mente le parecía que hicieran justicia al aura de

aventura y de misterio de la que, por lo menos a sus ojos, estaba rodeada la desconocida. Vulpius saboreaba ese juego con una especie de anticipada nostalgia puesto que intuía su fragilidad, su inevitable conclusión; desde luego que tras la representación alguien le presentaría a la enigmática señora como prima del alcalde o cuñada del director de correos, no podía ser de otro modo, en esta ciudad todos conocían a todos y nadie aparecía sin una razón en concreto. Más valía, por tanto, resignarse por adelantado a la disolución de la trama que su fantasía había entretejido. De todas formas tenía ante sí buena parte del quinto acto, quedaba todavía tiempo antes de que la realidad reafirmara sus prosaicos derechos y, mientras tanto, ¿por qué debía negarse al placer de esas conjeturas, de ese intercambio de miradas, de ese diálogo silencioso?

Trasladando estos sentimientos temo haber dado la impresión de que nuestro protagonista es un individuo especialmente frívolo, y si por añadidura adelantara la sospecha de que la presencia de la no consciente Dora le hacía el juego todavía más excitante, alguien le juzgaría incluso cruel. Pero frivolidad y crueldad, se puede contestar, son privilegios de la imaginación y Vulpius cultivaba estas peligrosas pasiones con el ánimo sereno puesto que estaba convencido de tener que despojarse de ellas al final del espectáculo, al igual que del maquillaje y del vestuario. Aquéllas no poseían ante sus ojos una realidad mayor de la que se le atribuía a todo lo que en el escenario adquiere una efímera existencia para después hundirse en la nada en cuanto baja el telón, sin dejar rastro alguno excepto en las páginas de un texto.

De todas maneras estas fantasías ocupaban sólo un rincón de su mente, que permanecía concentrada sobre todo en la interpretación. En el palacio de Don Juan el último huésped se había despedido y en breve se esperaban visitantes de muy otra índole. Durante el breve diálogo entre amo y criado las luces se atenuaron creando una atmósfera propicia a las apariciones espectrales y, en efecto, éstas no tardaron. Desde la orquesta se elevó un sordo redoblar de tambores mientras una figura femenina envuelta en un velo blanco avanzaba hierática desde el fondo del escenario. Estaba tan embozada que a duras penas se podían adivinar sus formas y, sin embargo, Don Juan pareció alimentar por ella un gran interés y, tras dirigir al público una mirada de complicidad, se apresuró a ir a su encuentro; la mujer sin embargo enfrió enseguida su entusiasmo exhortándole al arrepentimiento y amenazándole en caso contrario con la condenación eterna. Don Juan, impávido, avanzó todavía algún paso; la mujer dejó caer el velo, exhibiendo ahora todas las huellas de la caducidad, el rostro era una calavera burlona, las blancas manos sostenían respectivamente una guadaña y un reloj de arena de oro. Cuando el obstinado pecador hizo ademán de golpearla con la espada, las luces se apagaron de improviso. Tras un instante se volvieron a encender y el espectro había desaparecido.

Sin conceder ni a los personajes ni a los espectadores el tiempo para reponerse del susto, el convidado de piedra despuntó de detrás de un bastidor y tendió la mano a Don Juan. La orquesta comenzó con un estrépito que imitaba el fragor de los truenos

y la trampilla, pálida representación del abismo infernal, se abrió emanando un vapor rojizo que muy pronto invadió el escenario y ocultó tanto al libertino como al comendador. Centellas de colores se elevaban por todas partes como en un juego pirotécnico. Sganarelle, que se había precipitado hacia las candilejas para sustraerse a aquel caos, dando la espalda al público asistió al merecido final de su señor. Mientras permanecía así, inmóvil, vio que el resplandor también iluminaba el palco de proscenio y por un instante consiguió vislumbrar el rostro de la desconocida. El humo se disipó, las girándulas luminosas cesaron de explotar y aquel rostro fue de nuevo engullido por la oscuridad.

Los gritos de Don Juan se oían cada vez más remotos y apagados y, una vez que se extinguieron del todo, Sganarelle recordó consternado que el cumplimiento de la justicia celestial le defraudaba su paga, pero el telón, cayendo bruscamente, truncó sus quejas.

VI

Los actores fueron repetidamente reclamados a escena y parecía que la explosión de aplausos no iba a terminar nunca; sólo el crítico del periódico local se limitaba a dar simbólicamente con una mano algún golpecito silencioso sobre el dorso de la otra, aunque sus sonrisas no daban lugar a dudas sobre el hecho de que escribiría una reseña elogiosa.

Vulpius lanzó una ojeada al palco de proscenio, pero la mujer se había ido ya. Finalmente los actores se retiraron a sus camerinos, donde afluyó sin tardanza una parte no desdeñable del público. Cuantos conocían aunque fuera superficialmente a un miembro de la compañía, cuantos por el cargo que representaban se consideraban autorizados a representar a la colectividad, cuantos estaban ligados por vínculos de sangre o de amistad a los exponentes de una u otra categoría, no dejaron escapar la ocasión de intercambiar alguna palabra cara a cara con aquellas criaturas, poco antes tan ajenas e inaccesibles, para averiguar con una mezcla de alivio y desilusión que se trataba de personas normalísimas, de manera que los estrechos cuartos de detrás del escenario se transformaron en salones entre los que el gerente circulaba desasosegado con el celo de un anfitrión.

También a Vulpius fueron a felicitarle muchos, y cada vez que alguien llamaba a su puerta él esperaba ver asomarse a la misteriosa admiradora, pero entre las señoras elegantes, que vagaban de un camerino a otro expresando a todos su locuaz entusiasmo, no había ninguna que se le pareciese ni siquiera lejanamente. Tras un rato, por lo demás, dejó de esperarla; era una velada de fiesta, la compañía era el centro de atención y de amabilidades de todos y había que continuar sosteniendo de la mejor manera posible el propio papel, no ya el de Sganarelle, sino el papel del joven actor Vulpius, seguro de su talento y aun así dispuesto a escuchar con la debida modestia las sugerencias de los demás, muy correcto en su conducta aunque rodeado de un vago halo de disipación sin el cual, a juicio de los rectos ciudadanos, un hombre de teatro no sería ni siquiera concebible.

Vulpius era muy hábil manteniendo el equilibrio justo entre los dos extremos; era capaz de inspirar respeto y simpatía, de fascinar y tranquilizar al mismo tiempo. En estas mundanas ocasiones cada palabra suya, cada uno de sus gestos era calibrado con absoluta precisión, exactamente como en escena, aunque no manifestaba nunca una sombra de servilismo o de complacencia hacia nadie ni abandonaba su actitud de desapego. La simulación, si así puede definirse, era en él una forma de frialdad, un extremado comedimiento que no desaparecía ni siquiera cuando los espectadores, en vez de aplaudirle desde la platea, le daban un apretón de manos en el camerino o se sentaban con él a la mesa de un restaurante.

Si, por tanto, en las relaciones sociales su naturaleza de actor se manifestaba en una predilección por el artificio y en un total rechazo de la espontaneidad, eran, sin embargo, extraños en él los ademanes más comunes de los actores, por ejemplo,

hablar tapando las palabras de los demás o la costumbre de saludar con besos y abrazos, como a un pariente cercano, a cualquiera que perteneciese al ambiente. Incluso con Dora evitaba en público cualquier signo expansivo, y a menudo ella le tomaba el pelo por esa reserva un poco altiva; pero en compensación esto era objeto de admiración entre las damas de la ciudad, que apreciaban mucho sus «modales de caballero».

Esa noche la máscara de Vulpius parecía aún más sólida que de costumbre y producía un singular contraste con la feliz excitación que dominaba a los otros miembros de la compañía. Dora, cercada por un grupo de cortejadores, daba rienda suelta a un cotilleo burlón y cuando Vulpius pasaba delante de su camerino rebosante de flores, le dirigía una mirada ambigua, de desafío y a la vez de complicidad, a la que él respondía con una sonrisa vagamente irónica. Hundido en una butaca, el primer actor escuchaba seráfico al insigne crítico teatral que le estaba desvelando los más recónditos secretos de su interpretación, mientras la huesuda Doña Elvira conversaba con la mujer del alcalde y alardeaba del repertorio completo de distinguidos modales que había aprendido en el curso de los años interpretando papeles de reinas y condesas.

Para festejar el estreno se había organizado una cena en uno de los locales más elegantes de la ciudad, cuestión que a los actores les producía cierta aprensión puesto que la experiencia les enseñaba que en tales ocasiones se come poco y mal; y de hecho, mientras se sentaban a esas mesas ricamente decoradas delante de una sopa acuosa o una fina loncha de asado, casi todos, a pesar de sentirse halagados por la participación de tan notables personajes, dirigían un pensamiento nostálgico a los sustanciosos platos que se servían en el restaurante de la pensión.

Antes del postre, Vulpius, al que le había sido asignado un lugar junto al gerente, intentó obtener de este último alguna información sobre la mujer del palco, sin conseguir a pesar de todo grandes resultados. El gerente estaba ocupado en mil obligaciones y entre bocado y bocado tenía que continuar tejiendo el entramado de relaciones diplomáticas que tanto contribuían a la prosperidad del teatro; por el momento le parecía poco importante satisfacer la curiosidad del actor. Además no sabía quién era aquella señora, ni siquiera la había visto. A lo mejor Vulpius ignoraba que el Teatro Municipal gozaba por doquier del más alto prestigio, su programa podía muy bien atraer a espectadores de fuera, incluso extranjeros; ya se habían dado casos por el estilo en un pasado no muy remoto. Por tanto, en verdad no entendía por qué razón habría que prestar atención a la presencia de una desconocida.

Vulpius no quedó muy convencido de un alarde tal de desenvoltura cosmopolita, pero no pudo hacer otra cosa que resignarse; tras darle esa sumaria respuesta, el gerente volvió a dirigirse a otro comensal y el joven entabló una insulsa conversación con una señora sentada frente a él.

Casi amanecía cuando terminó la cena y los actores, todavía discretamente hambrientos, se encaminaron todos juntos hacia la pensión. Ahora que ese día tan

comprometido había terminado, se sentían como liberados de un peso. Recorriendo las calles silenciosas se sacudían de encima el irreprochable comportamiento que arduamente habían mantenido durante tanto tiempo, reían, hablaban en voz alta, se intercambiaban comentarios poco caritativos acerca de los estimados ciudadanos con los que habían cenado, en fin, parecían decididos a rehacerse de las exigencias sufridas dejando que irrumpiera un infantil desenfreno. Sólo en el rostro de Vulpius la máscara no caía del todo, si bien se acercó a Dora y caminaba cogiéndola del brazo. Hasta ese momento casi no se había acordado de su existencia y ahora sentía un confuso sentimiento de culpa del que intentaba desembarazarse con mil amores.

Pero Dora ni siquiera se había dado cuenta de su distracción ya que su alma se sentía plena por el éxito del estreno, las galanterías de los admiradores y la lujosa atmósfera del restaurante. Sin embargo notó inmediatamente los pequeños ademanes de cariño que Vulpius le dedicaba y ante esa insólita ternura le pareció gozar de una felicidad perfecta. Miraba a su alrededor respirando profundamente el aire punzante, volvía a pensar en los detalles de aquella velada y cada recuerdo, cada sensación, le proporcionaba un sonido henchido, sin fisuras, como si con la uña hubiese recorrido un cáliz de cristal muy puro.

VII

Las funciones se sucedieron, noche tras noche, y cada noche Vulpius veía a la desconocida que le miraba fijamente para después desaparecer al término de la representación; ya durante los aplausos las luces, encendiéndose de nuevo en la sala, sólo desvelaban el palco vacío y, más allá de la cortina abierta, la pared del pasillo. Entonces Vulpius apartaba los ojos del desolador espectáculo y se retiraba a su camerino donde, ahora estaba seguro, la desconocida no se acercaría.

En esos días estaba tan inquieto, tan absorto en sus propios pensamientos, que Dora acabó por darse cuenta. Sucedió a menudo que siendo interpelado por ella o por un compañero no respondiese o lo hiciera al cabo de un rato, como si su atención tuviera que resurgir de quién sabe qué profundidades; también en la mesa estaba especialmente taciturno, y aunque Dora hiciese de todo para convencerse de lo contrario no conseguía desechar la sospecha de que lo que le empujaba hasta su dormitorio por la noche era más que nada la fuerza de la costumbre.

Quizá, reflexionaba preocupada, Vulpius estaba incubando una enfermedad o a lo mejor era preso de un pesar que no quería confiarle; sin embargo esas rarezas no parecían derivar de algo desagradable, es más, a menudo ella tenía la sensación de que su amigo le silenciaba no un dolor sino una alegría. Más de una vez intentó penetrar en aquel misterio interrogando las cartas, de las que sin embargo sólo obtenía respuestas contradictorias; incluso los presagios, ofrecidos siempre en gran medida por la vida cotidiana, le resultaban indescifrables puesto que aludían al mismo tiempo a circunstancias opuestas, a acontecimientos dichosos y funestos a la vez, en fin, que en vez de aclarar la ambigüedad del comportamiento de Vulpius mostraban una representación fidedigna de la que su alma sencilla no podía sustraer ninguna seguridad, sino sólo un ulterior desconcierto.

Si bien el humor de Dora había cambiado en gran medida desde la noche del estreno y si angustiosas dudas oscurecían cada vez más a menudo la radiante serenidad de su naturaleza, a Vulpius todo esto se le escapaba completamente; de hecho la muchacha se esforzaba de todas las formas posibles por mostrarse alegre y despreocupada como de costumbre y este disimulo, aunque llevado a cabo sin una especial habilidad, era más que suficiente para engañar a un observador tan distraído.

Ahora el joven actor acudía al teatro muy temprano, cuando todavía sus compañeros se demoraban en las habitaciones de la pensión, y se sentaba largo rato ante el espejo del camerino dedicando al maquillaje y al vestuario un cuidado escrupuloso. A su llegada los demás le encontraban ya listo para salir a escena y sin embargo seguía añadiendo a su aspecto pequeñas mejoras en una incesante búsqueda de perfección, de manera que cada noche Sganarelle adquiría matices nuevos que hacían que su caracterización fuese cada vez más precisa y convincente. Mucho antes de que comenzara el espectáculo, dejaba el camerino para ir al escenario y allí permanecía sin dar importancia a las miradas atónitas de los maquinistas que

trajinaban a su alrededor y aguzaba el oído para escuchar los confusos sonidos provenientes de la sala. Cuando por fin, nunca demasiado pronto, el telón se levantaba poniendo fin a su impaciencia, recitaba su papel con el empeño absoluto y casi ansioso de quien tuviera que enfrentarse no ya al público de gusto fácil por las representaciones, sino a una platea de críticos exigentes.

Ese celo producía un tajante contraste con la actitud de sus compañeros que, noche tras noche, comparecían más relajados y que, después de la agitación del estreno, consideraban las representaciones sucesivas una simple rutina del todo carente de sorpresas. Vulpius sin embargo seguía profundizando en su interpretación, dando muestras de un empecinamiento ante el cual los demás sacudían divertidos la cabeza.

Pero el público al que Vulpius consagraba su talento estaba constituido por una única espectadora y en la consideración de esta última, en la atmósfera más tranquila de las réplicas, podía aplicarse con mayor libertad. Ya la segunda noche había conseguido vislumbrar algo de su vestido, un vestido oscuro, muy escotado y que, sin embargo, resultaba extrañamente severo, quizá porque sobre el pecho de la desconocida no se veían joyas. Los cabellos le cubrían parte de los hombros descendiendo lisos y rectos como un velo negro, y las luces del escenario encendían en ellos reflejos ora cobrizos, ora de un frío azul. Mantenía el busto erecto y a veces, si Vulpius estaba al fondo del escenario, se asomaba ligeramente sobre la barandilla para luego apartarse apenas él se acercaba. Pero sus ojos le seguían siempre y mantenían sus repentinas miradas sin pestañear.

Vulpius no dudaba que ese solitario personaje se presentaba a cada representación exclusivamente por él, pero ¿por qué nunca había intentado acercársele? Después de todo, visitar a un actor en su camerino es un gesto más que admisible. Quizá, pensaba el joven, lo que la retenía era la timidez; sin embargo una mujer tímida no le habría mirado fijamente con tanta insistencia, incluso con descaro, sin preocuparse por ocultar su interés. Cuanto más reflexionaba sobre ese comportamiento, menos conseguía explicárselo, y ni siquiera era capaz de hacerse una idea sobre la identidad de la desconocida. El vestido y el peinado, tan sencillos, tan ajenos a cualquier moda, en cierto sentido la situaban fuera del tiempo, como si vistiera un estricto traje para una representación completamente abstracta y estilizada, y la hacían resaltar extraordinariamente en la sala recargada de decoración.

De todas formas ese atuendo no tenía nada de humilde; por el contrario, suscitaba en Vulpius una impresión de suntuosidad y el mismo esplendor del teatro se reducía ante sus ojos a un débil esbozo que sólo gracias a la mujer sentada en el palco llegaba a componerse en una imagen nítida y significativa. Las demás espectadoras, sobre las que tal vez fugazmente posaba su atención, estaban allí como invitadas y sin embargo la desconocida parecía tener en el teatro su propia y verdadera morada, hasta tal punto que le resultaba casi imposible imaginarla fuera de él.

No por esto se atenuaba en él el deseo de verla de cerca, de hablarle; es más, este

deseo se hacía cada día más intenso. Después de las representaciones soportaba a duras penas la compañía de los demás actores, su absorbente cordialidad, y también hacia Dora sentía un cierto fastidio: su belleza le parecía descarada y sin misterio, le irritaban las ropas vistosas que vestía, su golosinear caramelos y bombones y la ligereza con la que se sentía satisfecha de su interpretación aproximada. Ponía sin embargo el máximo cuidado en reprimir esa intolerancia, no sé decir si por deferencia hacia Dora o para excluirla del todo de su secreto.

Ni ella ni ningún otro habían dado nunca muestras de percatarse de la desconocida y Vulpius consideraba esta circunstancia perfectamente natural puesto que lo que sucedía entre ellos, esa mezcla singular de intimidad y distanciamiento, no admitía testigos, se sustraía por su propia esencia a cualquier mirada extraña. Dora no podía reparar en la mujer sentada en el palco, exactamente igual que no podía leer los más recónditos pensamientos de su compañero: en ambos casos, descubrir lo contrario hubiese despertado en él sorpresa e incredulidad. Sin embargo él se sentía obligado a proteger a la una de la otra, al ser éstas criaturas tan distintas, dejando que cada cual reinase imperturbable en su propia esfera.

De noche, en cuanto Vulpius cerraba los ojos, la imagen de la muchacha que dormía a su lado se disipaba bruscamente en su memoria y surgía la de la desconocida, pálida, lunar, manteniendo su inaccesibilidad incluso como objeto de fantasías. Vulpius no soñaba con un encuentro, sencillamente la veía ante él como la había visto pocas horas antes, desde el escenario, y en esta visión se concentraban todas sus facultades con un fervor tan riguroso que la hacía cada vez más verdadera. La oscuridad en la que se perdían sus ojos cerrados se convertía en la oscuridad del teatro y los vagos destellos que percibía bajo sus párpados en los reflejos cambiantes de las luces de escena. Luego la tensión se suavizaba y los reflejos se apagaban, uno a uno, mientras Vulpius se hundía en su sueño inmóvil.

VIII

La figura opaca, el personaje recién nacido que habíamos vislumbrado en la mesa de la pensión, parece haber adquirido ya una naturaleza menos escurridiza; si al principio no sabíamos casi nada, ahora por lo menos conocemos el centro de gravedad en torno al cual, desde la noche del estreno, su existencia ha comenzado a rodar con un movimiento destinado a hacerse cada vez más vertiginoso y obsesivo. Puede ser que el dominio de esta obsesión no fuese en realidad tan absoluto y que también otros pensamientos, otros deseos, siguieran ocupando su mente, pero para nosotros Vulpius es en primer lugar aquel que mientras interpretaba descubrió que era observado por una espectadora desconocida y que desde entonces, noche tras noche, entrelaza con ella el diálogo de miradas al que hemos hecho referencia. Concretando y simplificando, poniendo de relieve lo esencial y desechando los miles de detalles fortuitos con los que la vida ama confundir sus designios, podemos vislumbrar en el creciente atractivo ejercido sobre él por la mujer del palco una profunda fascinación, uno de esos incendios que prenden de un pequeño foco y luego se extienden irremisiblemente y devoran y aniquilan cuanto encuentran a su paso.

A pesar de todo, en este caso no pretendo afirmar que Vulpius estuviese enamorado; si lo hiciera, diría demasiado y demasiado poco y, sobre todo, contaría otra historia, también ella posible, pero muy distinta de la mía. En lo que a mí se refiere, prefiero no dar un nombre al sentimiento que en esos días agitaba el ánimo de Vulpius; si quisiéramos podríamos nombrarlo con una x y leer estas páginas como una ecuación algebraica de la que, si los cálculos son exactos, el valor de x debería hallarse. No me siento sin embargo capaz de excluir que a ese valor sólo podamos acercarnos con un cierto grado de aproximación ni que más de un término se revele igual a nuestra incógnita; si así fuera, de algún modo estaría justificado el haber elegido esta forma y no la de la ecuación, mucho más sencilla y fiable y mucho menos sujeta a ser tergiversada.

Por ahora atengámonos a nuestra x y digamos que ésta terminó imponiéndose a Vulpius hasta tal punto que transformó sus días en una sucesión de vacías horas de espera, sus veladas en una inquieta expectativa del cumplimiento de una satisfacción que siempre se le negaba. Entre tanto las representaciones estaban a punto de terminar, dos o tres funciones más y luego se pasaría a la segunda obra programada que ya estaba siendo ensayada todas las tardes desde las tres hasta las seis. Vulpius se dividía entre Sganarelle y el nuevo personaje, pero ese cambio inminente le preocupaba. ¿Cómo podía estar seguro de que cuando el *Don Juan* fuera sustituido por la nueva obra la desconocida seguiría asistiendo al teatro? Es verdad, estaba convencido de que la atención de aquella mujer estaba dirigida a él y no a la obra y, sin embargo, entendía demasiado poco las razones de su comportamiento como para saber qué circunstancias confluían para determinarlo y en qué medida.

La noche de la última función, mientras desde su escondite detrás del matorral

respondía a las miradas de la desconocida, se le ocurrió de repente la idea de aprovechar el intermedio para ir a buscarla al palco o al foyer. Siempre había pensado que debía esperar su visita y sin embargo quizá era a él a quien le tocaba acercarse a ella, presentarse, encontrar la manera de decirle algo. No dudaba de que cuando estuvieran el uno frente a la otra la falta de confianza, por ambas partes, sería muy pronto superada y entre ellos todo resultaría natural, no como un encuentro entre extraños sino que sería un sacar a plena luz todo lo que hasta ahora se había desarrollado de aquella manera furtiva y casi inexpresada.

En cuanto bajó el telón, se precipitó hacia el camerino, se quitó el sombrero y la chaqueta de galones de Sganarelle, se puso la suya y salió a toda prisa. Pasando delante del camerino de Dora vio con alivio que la muchacha estaba inmersa en una densa conversación con la joven actriz que personificaba el espectro, le dirigió un rápido ademán y continuó. Sólo cuando hubo alcanzado la puerta que daba al foyer se dio cuenta de que no podía entrar. Tenía todavía en la cara el maquillaje de escena y, dejando aparte la chaqueta, su indumentaria estaba pasada de moda desde hacía por lo menos dos siglos: era seguro que no pasaría inadvertido. Se limitó por tanto a dar vueltas en torno al foyer por el pasillo desierto, espiando cautamente en su interior, pero no consiguió descubrir a aquélla a quien buscaba. Entonces se dirigió hacia el palco de proscenio. En la escalera se cruzó con un grupo de espectadores que le miraron desconcertados; les dirigió una perfecta reverencia de Sganarelle y continuó deprisa sin mirar atrás.

Las cortinas que cerraban el palco estaban todavía sin abrir. Preso de una enorme excitación, Vulpius extendió la mano hacia ellas y las separó ligeramente. Sólo encontró algunas butacas vacías, todas adosadas a la pared excepto una que había sido empujada hasta la barandilla.

Permaneció un rato mirando los palcos de enfrente, el telón, cerquísima, que ocultaba el escenario, la platea donde algún que otro espectador permanecía todavía en su sitio hojeando el programa de sala. Ésa era por tanto la visión que se ofrecía a la desconocida cuando se sentaba en su butaca esperando el apagarse de las luces, también sus ojos se posaban sobre esos estucos, sobre las gigantescas flores de cristal que colgaban del techo, sobre el emblema sostenido por los angelotes. Por un instante sintió el deseo de poder estar allí cuando se levantase el telón y poder observarse a sí mismo exactamente como ella lo observaba.

Al final dirigió la mirada hacia la butaca: en el centro del asiento brillaba un pequeño reloj de oro. Lo cogió sosteniéndolo delicadamente entre los dedos. En la blanca esfera ovalada del reloj las horas estaban escritas en negro, en números romanos, y Vulpius se dio cuenta de que las manecillas señalaban las dos. Acercó la caja al oído pero no escuchó ningún tictac.

Cuando la platea volvió a poblarse entendió que ya faltaban pocos minutos para el comienzo de la segunda parte. Se apresuró a marcharse, llegó a su camerino, donde Dora aguardaba cómodamente en el diván y sólo entonces se dio cuenta de que

todavía apretaba entre las manos el reloj. Lo deslizó rápidamente en un bolsillo y luego, fingiendo no darse cuenta de la mirada interrogativa de su amiga, se cambió de chaqueta, se puso el sombrero y se fue ante el espejo para ajustarse el traje. Dora lo escudriñaba perpleja, pero se limitó a comunicarle que el regidor ya había venido a buscarle y que sólo estaban esperándole a él para dar comienzo al cuarto acto. Vulpius le rogó que fuera a avisar que ya estaba listo y, tras unos instantes, volvió a estar en el escenario.

Estaba tan trastornado por ese precipitado tránsito que le fue necesario algún tiempo para conseguir concentrarse en su papel, pero al fin recobró su consabida seguridad. Ya en la segunda escena, aprovechando un momento favorable, miró hacia el palco de proscenio: la cortina estaba semiabierta como la había dejado, la tenue luz del pasillo iluminaba débilmente las paredes y junto a la balaustrada no había nadie sentado.

IX

En el restaurante de la pensión los actores se dedicaban a la cena con alegre fruición. La crema de pollo espesa y humeante bastó para recuperarles, cucharada tras cucharada, de las fatigas de la interpretación. El director, que al final del espectáculo había reprendido a Vulpius con severidad paternal por su fuga del camerino durante el intermedio, parecía ahora sosegado y tendía a contribuir por su parte a la instauración de la concordia universal limitándose a sacudir de vez en cuando la cabeza en dirección al joven atolondrado.

También Dora fingía haber olvidado lo sucedido y contentarse con las vagas y reticentes excusas que oponía Vulpius a las reprobaciones del primer actor. Al principio esperaba que, cuando se hubieran podido intercambiar alguna palabra de tú a tú, él hubiera sido menos avaro en explicaciones acerca de ese extraño comportamiento. Por eso mientras recorrían juntos el trayecto del teatro a la pensión había aflojado el paso para separarse del grupo de sus compañeros de modo que pronto quedaron los dos solos, pero él seguía caminando en silencio, como absorto en serios pensamientos de los que Dora no osaba sustraerle con sus preguntas. Las calles, apenas alumbradas por la luz amarillenta de las farolas, le parecían hostiles, inhóspitas, y buscando consuelo se apretó más fuertemente al brazo de Vulpius, que sin embargo no dio muestras de darse cuenta de ese gesto; parecía recibir la proximidad de su amiga con indiferencia, la miraba sin verla y si ella intentaba introducir una conversación respondía de forma lacónica para volver a refugiarse después en ese frío silencio.

Ahora, sentada a la mesa, de nuevo alegre por la ruidosa presencia de sus compañeros, Dora se sentía aliviada; la actitud de Vulpius le resultaba menos inquietante en esa sala luminosa donde se entrelazaban densas las conversaciones y los platos se sucedían produciendo una distracción constante. «De una manera o de otra se le pasará», se decía a sí misma, y poco a poco consiguió reanimarse aprovechando los inagotables recursos de su fatalismo; a pesar de todo no podía borrar del todo el recuerdo de la angustia que la había invadido cuando apoyándose en el brazo de Vulpius lo había sentido rígido e inerte como un brazo de madera.

El asado se hacía esperar y ese retraso suscitó en los actores una viva impaciencia. Cada vez que un camarero ponía el pie en la sala se giraban todas las caras hacia él, unas indignadas, otras suplicantes, según los distintos temperamentos, pero siempre animadas por la convicción de que de su buen proceder hacia la cocinera dependería el destino común. Vulpius era el único que en estas circunstancias no levantaba los ojos; mantenía la mirada fija ante sí, como si estuviera viendo un espectáculo especialmente fascinante en las copas de vino que se agrupaban en el centro de la mesa, y sus pensamientos seguían girando en torno a la desconocida. Le asombraba que hubiese abandonado el teatro al final del tercer acto, temía que ese gesto fuera una consecuencia de su audaz iniciativa. Quizá había sido

una locura, había sido una intromisión intentar violar tan brutalmente la discreción con la que aquella mujer gustaba de involucrarse, traspasar de golpe la línea divisoria. Si no la volvía a ver más, sólo a sí mismo tenía que agradecerse.

A pesar de todo, cuanto más reflexionaba, más le parecía que había algo que contradecía esa interpretación. Deslizó la mano en el bolsillo donde había vuelto a poner el reloj y sus dedos acariciaron la pulsera de fina malla y el liso cristal de la esfera. Esa joya dejada tan a la vista en el centro del asiento quizá no había sido perdida sino puesta allí aposta para que él la encontrase; a lo mejor era una prenda, una señal, encerraba un mensaje que descifrar. Volvió a pensar en las agujas del reloj paradas en las dos y de repente nació en él la certeza de que la desconocida había querido darle una cita. Seguro, tenía que ser así, bajo esta luz todo se aclaraba. Y si la hora había sido establecida sin ambigüedad, también el lugar del encuentro no podía ser más que uno.

Se levantó de golpe, atrayendo hacia sí la mirada de sus compañeros. Tenían que perdonarle, se había dado cuenta de que había olvidado algo en el camerino. No, no podía dejarlo para mañana y tampoco era preciso que Dora se molestara en acompañarlo. Más bien, ¿sería tan amable el director de dejarle su llave?

En cuanto la hubo conseguido se precipitó fuera del restaurante. Estaba a mitad de camino cuando oyó las campanas de la iglesia repicar dos veces y aceleró el paso para no llegar demasiado tarde. Abrumado como estaba por la excitación, seguramente se habría perdido si ese trayecto le hubiera resultado menos habitual; sin embargo, a pesar de andar casi sin mirar, siempre conseguía embocar la calle adecuada, guiado por el mismo instinto que gobierna el inconsciente proceder de los sonámbulos.

La plaza del teatro estaba desierta, macizas hojas de madera cerraban las tres grandes puertas en arco como párpados cerrados y aquel edificio, normalmente tan acogedor, aparecía tercamente concentrado en sí mismo. Vulpius llegó a la entrada de artistas y tampoco aquí vio a nadie. Esperó algún minuto, luego se le ocurrió que quizá la desconocida no quería encontrarse con él en la calle sino dentro del teatro y entonces entró, utilizando la llave y dejó la puerta entornada.

Moviéndose a tientas en la oscuridad tuvo no pocas dificultades para encontrar los interruptores. Cuando por fin las luces se encendieron, avanzó por el pasillo y observó los dos grandes camerinos comunes de los figurantes que se encontraban en los laterales. Tan vacíos producían una escuálida impresión, sólo los objetos diseminados aquí y allá por los actores, trajes y frascos de cosméticos, dudosos talismanes y textos con páginas manoseadas, mitigaban la sensación de abandono. También el camerino de Dora estaba abierto; un gran crucifijo de latón presidía el espejo y los homenajes florales recibidos la noche del estreno se marchitaban tranquilamente en sus jarrones. Vulpius se sintió inexplicablemente avergonzado, como si hubiera irrumpido en la intimidad de alguien y se apresuró a cerrar la puerta.

El gran reloj de pared marcaba las dos y diez. Vulpius volvió a recorrer el pasillo

hasta la salida y se asomó a mirar fuera, pero en la calle no vio un alma viviente. Volvió adentro, apesadumbrado por ese retraso, y para distraerse volvió a vagar por los camerinos examinando los trajes que colgaban de las paredes, unos blandos e informes, otros rígidos como cascarones vacíos. Aquí un sombrero de pluma de Don Alonso se superponía a una capa de ricos paños, allí la severa túnica almidonada de romano antiguo que lucía en el escenario la estatua del comendador compartía perchero con una raída bata de seda negra poblada de dragones de oro. En el camerino de las mujeres, la guadaña y el reloj de arena, con los que el espectro había intentado infundir al libertino terror a la muerte y a la condenación, estaban dispuestas sobre una consola a guisa de elegantes adornos. Vulpius se acercó, dio la vuelta al reloj de arena y se quedó mirando el polvo que descendía atravesando el estrecho conducto, pero pronto se desvaneció en su mente todo interés por ese objeto y por su pedante simbolismo. Le pareció oír un ruido en el pasillo, quizá el roce de un vestido femenino. En un instante alcanzó el umbral del camerino. Vio el pasillo desierto y a pesar de todo no consiguió convencerse de haberse equivocado. Pensó que la desconocida se había anticipado dirigiéndose a la sala, que quisiese esperarlo allí, quizá en el palco de proscenio, y allí se dirigió, pero no por ese lado; ahora creía saber con exactitud cómo debía producirse su encuentro. Después de haber pulsado todos los interruptores subió al escenario, en cuyo fondo la superficie cóncava del paisaje, no transfigurada por los juegos de luces, aparecía como un simple trozo de tela de colores inciertos, y con todas sus fuerzas tiró del cable del telón.

El pesado tejido de terciopelo se levantó descubriendo primero la platea y luego las distintas gradaciones de palcos y anfiteatro. No había nadie en el palco de proscenio y en vano Vulpius exploró con la mirada cada rincón de la sala. Lo hizo más que nada por escrúpulo, pues desde el principio había tenido la certeza de encontrarse en un teatro vacío. De repente le recorrió un escalofrío; sólo ahora se daba cuenta de que ése era un lugar extraordinariamente frío. Y sin embargo algo lo retuvo, una curiosidad intensa, casi morbosa, que poco a poco se adueñó de él hasta hacerle olvidar el motivo por el que había venido.

De pie sobre el escenario, seguía observando la sala. Las pequeñas columnas salomónicas, los anchos paños de las cortinas, los adornos florales que se extendían a lo largo de los palcos, todo tenía un aspecto completamente nuevo, tanto es así que a Vulpius le pareció que lo veía por primera vez. La fastuosidad del teatro, no perturbada por ninguna presencia humana, se manifestaba con tal potencia que infundía en el joven un extraño sobrecogimiento, casi como si hubiera ido a parar a un lugar sagrado, y al mismo tiempo precisamente de ese oro, de esos terciopelos, de esas decoraciones le parecía que emanase aquella sensación gélida que todavía sentía, suave pero persistente.

En la pequeña sala protectora y familiar, donde los actores se sentían como en casa y los espectadores bien acogidos como en la residencia de un anfitrión solícito, ahora no había nada de acogedor, nada de familiar, y Vulpius desconcertado se

preguntaba la razón. «Quizás es el silencio», pensó, «este silencio tan profundo en el que todas las cosas adquieren un significado distinto y se sustraen a todas las ataduras de lo acostumbrado para encerrarse en su propia esencia infinitamente extraña, infinitamente hostil». Y se asombró de no haber tenido nunca el mínimo presentimiento de esa esencia, de haber interpretado allí durante años, noche tras noche, sin que lo que le rodeaba hubiera suscitado en él la más mínima inquietud.

No había notado nunca en la desenfrenada exuberancia de los ornamentos ese matiz que ahora le aturdí y le cautivaba y al que de todas formas todavía no estaba en condiciones de darle un nombre: intuía confusamente que los dorados y las estatuas, las columnas y las lámparas tenían la función de esconder algo y a la vez de desvelarlo y se esforzaba por comprender la naturaleza de este algo, como quien intenta adivinar la sencillísima palabra que constituye la clave de un complicado código.

Bajó a la platea y cuando llegó a la altura de una de las últimas filas, se sentó para observar el escenario vacío, brutalmente iluminado por las luces de servicio, que producía un singular contraste con la plenitud de formas y colores que exhibía la sala. Incluso le pareció increíble que de esa nada pudiese nacer todo, una multiplicidad tal de lugares y paisajes, destinos y caracteres, una fantasmagoría capaz de disfrazarlo por algunas horas y de otorgar una apariencia de vida a la rígida fastuosidad que lo rodeaba. A pesar de todo, ¿de dónde podría proceder la fascinación de esa apariencia sino de la nada que constituía su trasfondo secreto? Los decorados pintados, el vestuario, las palabras y los gestos que se intercambian en escena, en todo ello Vulpius reconocía de repente una serie de alusiones a este trasfondo, a este presupuesto que nunca se expresaba ni se representaba, pero que esta noche se le aparecía por primera vez con perfecta claridad.

Volvió al escenario y apagó todas las luces, dejando sólo encendidos los racimos de cristal que colgaban de las columnas. Ahora los palcos estaban sumergidos en una suave y dócil penumbra en la cual la fantasía de Vulpius podía modelar libremente sus propias figuras, en general espectadoras de largos cabellos oscuros y de negros ojos clavados sobre él. El escenario era un gran rectángulo oscuro, una noche opaca, sin luna ni estrellas, pero Vulpius encendió un proyector y dirigió su haz sobre la escena transformándola en una superficie deslumbrante. Apagó las luces de sala, cambió las gelatinas y sobre el escenario resplandecieron uno tras otro todos los colores del iris; luego dirigió el proyector hacia la platea iluminando ora uno, ora otro detalle. Las columnas, las cortinas, las cariátides que sujetaban los palcos, eran ahora los personajes de una silenciosa representación, de una inmóvil pantomima. Surgían por turno de la oscuridad y por la oscuridad eran de nuevo tragadas en cuanto el rayo del proyector se desplazaba; así, apareciendo y desapareciendo, a su manera también ellas simulaban la vida, o más bien una singular variante de ella, inerte, petrificada, eternamente absorta en la repetición de un único gesto, y en ese pequeño mundo inanimado a Vulpius le parecía desempeñar la función de una divinidad a la que le

estuvieran encomendadas la creación y la aniquilación.

De todas formas no se sentía tanto autor como cómplice o mediador de ese juego seductor que luz y tinieblas llevaban a cabo en el teatro desierto, y pensó que también durante las representaciones su voluntad, su talento y su propio cuerpo eran sólo el medio más o menos inconsciente a través del cual se desarrollaba ese diálogo entre potencias. En él, en su persona, se encontraban luz y tinieblas, en él establecían acuerdos, descubrían quizá afinidades secretas y algo similar ocurría con las réplicas que declamaba y que, ahora lo sabía, no borraban el silencio sino que simplemente medían su profundidad, como una sonda lanzada en un abismo.

Sin darse cuenta, había dejado de esperar a la desconocida. Eran ya las cuatro cuando se acordó y se dio cuenta de que ya no se presentaría; a regañadientes decidió volver a casa. Mientras se dirigía hacia la salida atravesando el pasillo de los camerinos afloró de nuevo en él la desilusión por la cita fallida, pero enseguida fue desplazada por otro sentimiento, por una especie de ebriedad de la que él mismo no sabía del todo explicarse la razón.

Recorrió todo el camino hasta la pensión sin que la imagen del teatro se hiciera en él menos vivida e imperiosa; las calles y las plazas, con rincones oscuros y otros a los que la iluminación nocturna confería un carácter escenográfico, constituían su prolongación natural y Vulpius advertía en ese trayecto un encanto que no había percibido nunca.

Cuando llegó a la pensión encontró la puerta de entrada cerrada, pero no tocó el timbre. A esa hora el portero dormía desde hacía rato y él conocía el escondrijo donde, en situaciones de este tipo, se dejaba una llave para los huéspedes que se retrasaban. Por suerte también esa noche esta precaución había sido respetada, de manera que tras unos instantes Vulpius subía por las escaleras con pasos silenciosos. Llegó al tercer piso y evitando en todo momento hacer ruido entró en el pasillo. Cuando estuvo delante de la puerta de Dora vio una línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta. Vaciló un momento, luego continuó hacia su propia habitación.

X

A la descripción de aquella noche en el teatro solitario, cuando a la mente de Vulpius se asomaron intuiciones, pensamientos e imágenes tan importantes para el desarrollo de su historia, me gustaría que siguiera una escena coral, de manera que nuestro protagonista quede oculto entre la variopinta multitud de personajes de su entorno. Sería todavía mejor acelerar la narración pasando por alto los días y las semanas, sustituyendo la precisión del pretérito perfecto por la indeterminación compendiadora del imperfecto: obtendría así el resultado nada desdeñable de realzar las páginas anteriores gracias a una tajante cesura y el significado, el valor del acontecimiento recién narrado, podría madurar con toda comodidad en Vulpius y en el lector, apartándose de la luz demasiado cruda de una atención explícita.

A pesar de todo no me es lícito recurrir a una solución tal; si ahora me adentrara en la bruma incierta de los imperfectos, dejaría sin respuesta una serie de preguntas sobre la bella desconocida. Una señora, lo confieso, que en este momento me gustaría ver desaparecer con elegante discreción, por así decir, de puntillas, sin tener que gastar más palabras sobre el asunto.

Desapareció, en efecto, o por lo menos no se volvió a presentar en el teatro desde la noche en que había dejado el reloj sobre el asiento de la butaca. Pero la salida de escena de personajes de esta índole no es nunca discreta, es más, puede incluso producir en los demás el efecto devastador de una turbulencia atmosférica y quizá Vulpius sintió una sensación no diferente cuando a la noche siguiente, al levantarse el telón, vio el palco de la desconocida ocupado por una regordeta pareja de mediana edad. Debemos creer que quedó turbado, profundamente turbado, si bien su interpretación no dejase traslucir casi nada de lo que se agitaba en su interior. Sólo un observador particularmente atento habría podido notar algunas miradas, para nada benevolentes, dirigidas a los orondos espectadores sentados en el palco de proscenio, que las acogieron sin alterarse, considerándolas parte integrante de la interpretación.

También es indispensable volver sobre el reloj de oro, por lo menos para exculpar a Vulpius de la acusación de apropiarse con excesiva desenvoltura de los bienes ajenos. No alimentando en modo alguno una intención tal, el joven había llevado consigo el reloj al teatro con la esperanza de devolvérselo personalmente a su legítima propietaria. Además habría sido un óptimo pretexto para acercarse a ella, quizá durante el intermedio, y si el regidor o el director le hubieran pedido de nuevo explicaciones acerca de su ausencia o le hubieran sorprendido mientras salía del camerino, tendría a su disposición un guión excelente y creíble, atendiendo al cual habría podido gozar de la rara oportunidad de mentir sin apartarse casi nunca de la verdad de los hechos: sí, pretendía alejarse de nuevo, no tenía ninguna dificultad en reconocerlo. ¿Para ir adónde? En busca de una persona. ¿Qué persona? Una conocida que había ido a buscarle al camerino y que allí había perdido su reloj, este reloj. ¿De verdad que no la habían visto? Raro, muy raro, aunque en realidad sólo había

permanecido unos pocos minutos. Y por otra parte con ese ir y venir muy bien podía suceder que alguien pasara inadvertido.

Ensayando consigo mismo este gui3n, Vulpius se haba dado perfecta cuenta de que no le habr3a sido f3cil explicar de manera convincente por qu3 no haba confiado la joya extraviada a alg3n figurante, o c3mo pensaba, ataviado de esa manera, poder desenvolverse entre el p3blico sin suscitar un gran desconcierto. Estaba todav3a reflexionando en c3mo superar tales obst3culos cuando haba sido llamado a escena y el tel3n, al levantarse, le haba revelado la inutilidad de su atrevido proyecto. El reloj se qued3, por tanto, en el bolsillo de la chaqueta y durante algunas noches realiz3 con Vulpius el camino de la pensi3n al teatro y del teatro a la pensi3n, pero el palco de proscenio segu3a apareciendo unas veces desierto y otras profanado por alguna presencia molesta, as3 que el joven actor termin3 por persuadirse de que la desconocida no volver3a m3s y coloc3 en un caj3n ese recuerdo tangible de su desilusi3n.

Entre tanto, a pesar de estar completamente concentrado en preocupaciones de muy distinta 3ndole, no pudo por menos de notar que Dora manten3a respecto a 3l una resentida frialdad. Aquella noche haba o3do c3mo pasaba delante de su habitaci3n sin entrar y c3mo tras haber cerrado la puerta con llave se haba acostado. La ansiedad con la que haba esperado la vuelta de su amigo haba cedido su lugar a los tormentos de la mortificaci3n que la insomne Dora continu3 infligi3ndose con ciego tes3n. Quiz3 por primera vez en su vida parec3a buscar el sufrimiento en vez de rehuirlo, agigantaba intencionadamente la gravedad de lo ocurrido, se ensa3aba consigo misma con la refinada crueldad de un experto verdugo. En cierto sentido todo ello sustitu3a ante sus ojos la presencia del joven enamorado que tan inexplicablemente, y no s3lo desde esa noche, se haba alejado de ella, haci3ndoselo m3s cercano, casi perceptible, como si su esp3ritu perseguidor se divirtiese turb3ndola apareciendo aqu3 y all3 en la oscuridad de la habitaci3n.

As3, a su manera, Dora pas3 con Vulpius tambi3n aquella noche y por la ma3ana, cuando por fin se liber3 de las oscuras fantas3as del duermevela y con un decidido movimiento se sent3 en la cama, le pareci3 apartar de ella al amante indigno.

—Quien no me quiere no me merece —dijo en voz alta, escandiendo las s3labas, como si en la habitaci3n hubiera alguien que pudiese o3rla.

Apenas levantada se apresur3 a correr las cortinas, y la luz disip3 los 3ltimos restos de esa voluptuosidad de martirio a la que se haba abandonado tan peligrosamente durante la noche. Con una impaciencia que habr3a generado alguna sospecha en una mente m3s proclive a la introspecci3n, esperaba que Vulpius viniera a llamar a su puerta: le gritar3a «adelante», se someter3a a su beso guard3ndose mucho de devolv3rselo y le tratar3a con la altivez imperturbable de una reina que concede una breve audiencia a un s3bdito no demasiado digno. Ninguna menci3n a la ausencia de su visita nocturna, naturalmente, ninguna pregunta, ninguna recriminaci3n, y si Vulpius intentara justificarse le opondr3a una actitud esc3ptica y

distanciada, demostrándole, por un lado, lo poco que estaba dispuesta a tomar por válidas sus excusas y, por otro, cuán poco se interesaba por todo ese asunto.

Giró la llave, puesto que no le parecía digno abrirle la puerta en persona, y se sentó delante del tocador. Tras haber colocado en su sitio los pliegues de su bata, no la azul adornada con plumas de avestruz, sino otra mucho más severa, muy parecida a la túnica de una heroína trágica, comenzó a cepillarse enérgicamente los rubios cabellos ondulados.

—Quien no me quiere no me merece —repitió con más convicción examinando su propia imagen en el espejo.

Sería difícil encontrar algo que objetar a la línea de conducta establecida por Dora. El único punto negro de esa estrategia fue el representado por la circunstancia de que Vulpius, desmintiendo toda previsión, no vino a llamar a la puerta de su amiga, de manera que ésta tuvo que resignarse a reservar el pequeño drama tan minuciosamente estudiado para el escenario, mucho menos oportuno, del comedor. Allí sus silencios, su orgullosa indiferencia, no resaltarían con la misma eficacia, se verían ofuscados por el parloteo de los comensales; en compensación, la idea de no encontrarse con Vulpius a solas reafirmaba ostensiblemente a Dora en cuanto a su inamovilidad.

Se vistió sin prisa y bajó al restaurante con un cierto retraso para, de esta manera, entrar cuando ya los demás estuvieran todos reunidos alrededor de la mesa. Divisando a Vulpius sintió un repentino estremecimiento entre el pecho y la garganta, pero continuó resuelta y mientras se encaminaba hacia su sitio dedicó a toda la compañía, excluido el joven actor, una sonrisa lo más radiante posible.

Al sentarse enfrente de Vulpius, respondió a su saludo con un ademán distraído que hubiera sido la envidia de la aristocrática Doña Elvira. Luego, a lo largo de toda la comida, no se dignó dirigirle ni una mirada ni una palabra más; en cambio dividió de manera rigurosamente imparcial sus atenciones entre las ricas viandas servidas por el camarero y su vecino de la izquierda, doliéndose de que este último no fuera un hombre apuesto en la flor de la vida, sino aquel viejo actor rollizo que en el *Don Juan* hacía el papel del comendador y que por su parte parecía preferir de lejos la compañía de una panzuda copa de vino tinto, vaciada y vuelta a llenar con escrupulosa regularidad. Lo cierto es que no era el personaje más adecuado para insinuar en el ánimo de Vulpius el despecho de los celos y, de todas maneras, Dora muy pronto se dio cuenta de que el joven manifestaba poquísimo interés por cuanto sucedía al otro lado de la mesa. Si ella simulaba indiferencia, Vulpius no tenía necesidad de disimular; observándole a hurtadillas, siempre le sorprendía inmerso en una especie de cavilación y su expresión cambiaba sin relación alguna con lo que sucedía a su alrededor, mostrándose unas veces seria y otras singularmente estática, ahora la frente se le arrugaba con profundos surcos, luego de repente se le alisaba y Vulpius dirigía una breve e intensa sonrisa, no a Dora, no a uno de los comensales, sino a algún punto vacío entre una silla y otra, como si precisamente allí se hubiera materializado

ante sus ojos la imagen misma de la felicidad.

En fin, Dora no consiguió en modo alguno atraer la atención de Vulpius sobre su porte de reina ultrajada. Después de la comida se retiró afligida y perpleja a su habitación, donde transcurrió el resto de la tarde intentando ahogar sus penas sirviéndose sin reparos del armarito del género de alivio. No iría al ensayo, no tenía ánimos, y para dos réplicas cruzadas que le habían tocado en el nuevo papel, ni siquiera merecía la pena molestarse. Estaba indispuesta, tenía todo el derecho a estarlo y al menos su ausencia Vulpius tendría que notarla.

De hecho la notó, y cuando el ensayo terminó fue por fin a llamar a su puerta para informarse con fría y amable solicitud sobre el estado de salud de su amiga. Envuelta en su túnica, ella le respondió con la misma amabilidad, con la misma frialdad: se trataba sólo de un malestar pasajero ya en vías de mejora. Era verdaderamente amable por su parte tomarse la molestia de preguntar, pero ahora tenía que perdonarla, tenía otras cosas que hacer y no podía recibirle. En vez de insistir, Vulpius se retiró antes de que la muchacha pudiera darse la satisfacción de cerrarle la puerta en la cara.

Evidentemente las capacidades histriónicas de Dora dejaban mucho que desear también en la vida, porque Vulpius volvió a su habitación sin ni siquiera ser rozado por la duda de que tras esos expeditivos modales se escondiera algo distinto a un ligero malhumor debido a su indisposición. Sólo por la noche, durante la representación, al darse cuenta de que Dora se había ido del teatro justo después de su última escena, intuyó la verdad con un fugaz remordimiento. No había ido a saludarle, no le había mandado ningún mensaje y, volviendo a pensar en ello, durante todo el día se había comportado de un modo inusual; la visita que no le hizo la noche anterior debió de ofenderla, había que remediarlo con alguna palabra de excusa, con alguna prueba de afecto.

Pero en cuanto hubo formulado estos propósitos los relegó a un rincón de su mente, considerándolos un asunto prescindible que podría afrontar cómodamente en segundo término: ahora le sobrevenía otra preocupación, la repentina desaparición de la desconocida y, frente a tal acontecimiento, los sinsabores con su rubia compañera eran sólo minúsculas motas de polvo. Le habría bastado soplar para dispersarlas, hoy o mañana o cuando se presentase la ocasión.

Cuando volvió al hotel se dirigió mecánicamente hacia la puerta de Dora y se sonrió al encontrarla cerrada con llave. Soltó enseguida el picaporte y se fue sin llamar: en el fondo, pensó, tenía que concederle su infantil venganza. Mañana o pasado mañana, o cuando se presentase la ocasión, procuraría remediar esa pequeña desavenencia.

XI

Todo lo referido en el capítulo anterior, me doy cuenta, no hace honor ni a la perspicacia de Vulpius ni a la delicadeza de sus sentimientos por Dora. Había actuado respecto a ella con torpe descuido y ahora que por fin se daba cuenta de haberla herido, tampoco se mostraba demasiado ansioso por remediarlo. Para justificarle tan sólo puedo decir que aquel día y en los días sucesivos él estaba ocupado en una radical metamorfosis, tanto que le absorbía casi completamente sus facultades dejando muy poco lugar para cualquier otra consideración. Desde que la imagen de la desconocida le había conducido al teatro desierto, sumido en el silencio, desde que se había adentrado siguiendo su rastro en ese secreto universo de luz y tinieblas, de efímeras apariciones y de repentinas aniquilaciones, Vulpius atribuía a su profesión una nobleza, incluso una solemnidad que cambiaban completamente su esencia y su significado. La monotonía, la costumbre, la repetición ínsitas en la profesión del actor ya no constituían una mediocre rutina, sino el signo de pertenecer a un ámbito más elevado donde todo se desarrollaba con la férrea necesidad de un ritual. Aparecer y desaparecer, pasando de las tinieblas a la luz y de la luz a las tinieblas, éste y nada más que éste era el contenido del ritual, y sin embargo, en torno a él se desplegaba una hierática opulencia de escenografías y vestuario, una deslumbrante constelación de palabras, como si en ese centro tan sencillo convergiera el esplendor del mundo. Aparecer y desaparecer, y alrededor de este movimiento siempre idéntico la sabiduría coreográfica de la ficción, capaz de variar sus formas hasta el infinito.

La idea de encontrarse él mismo entre los oficiantes de ese rito le proporcionaba un nuevo entusiasmo. Al igual que un iniciado, había abandonado su nombre profano para adquirir otro con el que se le concedía celebrar los variopintos misterios de la escena, pero sólo ahora, así lo sentía, esos misterios empezaban a manifestarle su verdadera naturaleza y su iniciación se encaminaba a cumplirse. Los espectadores neciamente complacidos que se apelotonaban más allá del límite que separaba el espacio esotérico de la ilusión le parecían día a día más desvaídos, su presencia cada vez más irrelevante: incluso cuando el teatro estaba repleto Vulpius interpretaba ante una platea vacía, ante la sala vacía que aquella noche le había impuesto con tanta potencia su propia realidad, o quizá, gladiador solitario, se desafiaba a sí mismo para divertir a la espectadora invisible que todavía le observaba desde las gradas del coliseo.

Ni siquiera con los demás actores establecía ya la más mínima complicidad. Se comportaba como si en el escenario no estuvieran con él hombres y mujeres, sino ignorantes marionetas entre las cuales se movía con el aire de superioridad de quien ha aprendido a manipular por sí mismo sus propios hilos. Y verdaderamente estaba aprendiendo a manipularse casi desde fuera, a ser al mismo tiempo títere y titiritero, fantoche y ventrílocuo, a disponer de su cuerpo como de una cosa muerta. La naturalidad y el ensimismamiento que habían distinguido su forma de actuar estaban

dando paso a un nuevo estilo, un estilo más abstracto, con una clara tendencia a la ironía, al desdoblamiento, a la exhibición consciente del artificio, ante el cual el público de los profanos y de los entendidos se mostraban desorientados por igual.

Cuando entraba en escena todavía realizaba la prodigiosa transformación tan apreciada por los espectadores, se transformaba en Píldes o Yago, Puck o Arlequín, pero siempre era como si tuviese la máscara ligeramente despegada dejando entrever el rostro que ella cubría. Y este rostro, aquí estaba el aspecto más desconcertante, no podía ser en absoluto identificado con el rostro del joven Vulpius, el que todos conocían, el que sonreía a quien entraba en el camerino o se inclinaba con expresión comedida hacia la mano de una señora. Era el mismo y sin embargo no lo era y ni siquiera el más refinado e instruido de los expertos habría podido explicar con claridad los motivos de esa impresión, casi de una recíproca extrañeza que separara nítidamente al Vulpius persona del Vulpius actor. Parecía una paradoja, sin duda, pero cualquiera cada noche, al módico precio de una entrada, podía tocar con la mano la verdad de esa paradoja. A pesar de su movilidad, a pesar de su enorme repertorio de expresiones, los rasgos del Vulpius actor resultaban más duros, más rígidos que los del Vulpius persona y, al mismo tiempo, menos definidos, puesto que bajo la luz de los proyectores perdían en gran medida sus características individuales difuminándose en una neutralidad indeterminada, circunstancia que contribuía a reforzar la sensación no demasiado tranquilizadora de encontrarse ante un ser artificial.

La predilección por el artificio era, por otro lado, uno de los aspectos sobre el que evidentemente existía entre los dos Vulpius una perfecta identidad de punto de vista. Una ceremoniosidad distanciada y una cierta falta de simplicidad habían caracterizado siempre su comportamiento, pero ahora estos modales se habían acentuado de tal modo, degeneraban hasta tal punto en una ridícula altivez, que ni siquiera las damas mejor predispuestas se sentían ya capaces de alabarlos como «modales de caballero». Era el lento contagio de un nuevo estilo de interpretación, un estilo que cautivaba al público con violencia casi hipnótica y que a pesar de todo hacía añorar los buenos tiempos cuando todavía se podía reír y conmoverse presenciando las exhibiciones de Vulpius sin sentir al mismo tiempo algo alrededor del corazón parecido a la opresión de una mano helada.

De esta manera, para no tener que enfrentarse con el eco de ese hielo, los espectadores cada vez más raramente ponían un pie en su camerino, y si a pesar de todo no conseguían evitarlo permanecían lo menos posible. Por añadidura tenían la fundada sospecha de que sus visitas no eran bien recibidas y de que el momento de la despedida era recibido por ambas partes con idéntico alivio. Alrededor del camerino de Vulpius acabó por tanto creándose una atmósfera enrarecida, casi de desconfianza, y el silencio que se derivaba resultaba todavía más singular dentro del cordial bullicio del ambiente.

Allí, en aquella pequeña habitación ante cuya puerta cerrada todos pasaban sin

llamar, Vulpius se despojaba del traje como de vestiduras sagradas y lo colgaba con extremo cuidado. A veces le gustaba recomponer sus elementos, reconstruir sobre el perchero el personaje que acababa de interpretar en escena: se paraba a contemplar durante largo rato aquella figura repentinamente vaciada de su consistencia, y le parecía verse a sí mismo en un espejo cruel y milagroso capaz de descarnar la apariencia reduciéndola a la nada de la que provenía. Otras veces los diseminaba a lo largo de las paredes, aquí la chaqueta, allí las calzas, en el lado opuesto la peluca o el sombrero, zapatos y guantes cuidadosamente divididos, cada cosa por su cuenta, como los fragmentos de un cuerpo desmembrado por una explosión. En estos juegos ponía gran seriedad, dedicando a la metódica demolición de su personaje el mismo celo apasionado con el que todas las noches, antes de la función, le hacía renacer. Maquillarse y desmaquillarse, vestirse y desnudarse, operaciones tan rutinarias eran ahora campanadas profundas que marcaban su vida, campanadas a las que permanecía atento con una atención siempre más obsesiva, como si quisiera descifrar su ritmo secreto.

Era el mismo ritmo que había percibido aquella noche, cuando las doradas criaturas que poblaban el teatro desierto se le habían revelado una tras otra bajo el haz de luz del proyector, pero ahora le parecía oír siempre su compás, oírlo por todas partes, sobre el escenario y en el restaurante de la pensión, en el camerino y en la habitación donde intentaba abandonarse al sueño. Las calles de la ciudad estaban recorridas por ese ritmo que daba sentido y coherencia al quehacer cotidiano, que transformaba las mil farsas malogradas en mil variantes de una única tragedia, que quitaba a los edificios su materialidad y les confería una melancólica levedad de decorados pintados. Resonaba ese ritmo desde las pesadas campanas de bronce de la iglesia y desde las muchas otras que a ellas respondían en un diálogo entretejido de torre en torre, que se hacía tanto más nítido cuanto más avanzaba la noche y los ruidos se apagaban dejando emerger la pureza inmemorial de aquellas voces. A menudo, mientras las escuchaba desde su cama, Vulpius pensaba que hubiera deseado vivir en los tiempos remotos en que la ciudad estaba segregada dentro del cerco de una fortificación, como el teatro entre sus muros, y en el silencio los guardianes nocturnos vagaban por las calles anunciando con una fórmula siempre igual el suceder de las horas.

XII

Mientras tanto, la temporada seguía adelante en su doble vertiente, dramas y comedias se alternaban sobre el escenario para delicia del público y Dora ya no veía desde sus ventanas los manchurroneos verdes de los parques de la ciudad sino desnudas explanadas sobre las que los árboles se erguían deshojados y fríos. Para ir al teatro tenía ya que envolverse en su abrigo, que afortunadamente también había sobrevivido ese año al ataque veraniego de las polillas y había sido dotado de un nuevo cuello de piel que le enmarcaba el rostro con gracia. Cada vez más a menudo, cuando volvía, se encontraba la ciudad inmersa en una niebla que la claridad de las farolas transformaba en una especie de bruma luminosa en la que calles y plazas, fuentes y monumentos, diluían sus perfiles transformándose en extrañas y fantásticas criaturas. Un tiempo así, a su parecer, favorecía la aparición de los espectros, que por otro lado nadie podría diferenciar con facilidad de las personas de carne y hueso; de modo que Dora se sentía dichosa de no tener que realizar sola el trayecto nocturno hasta la pensión, de sentir en torno a ella la presencia de sus compañeros y, sobre todo, de tener siempre a su lado a aquel apuesto joven moreno que sin duda habría sabido protegerla de cualquier peligro terrenal o ultraterrenal.

La reconciliación entre los dos se había producido hacía tiempo. Ante las primeras palabras de afecto pronunciadas por Vulpius, Dora había depuesto su resentimiento y a la noche siguiente, en la habitación de ella, el arreglo de su pequeña discordia había sido dignamente festejado con una botella de espumoso. Todo parecía, por tanto, volver a la normalidad, por lo menos en lo relativo a su relación. Ciertamente es que ni siquiera la confiada Dora podía ocultarse que el comportamiento de Vulpius presentaba alguna rareza: le preocupaba un poco, por ejemplo, su nuevo amor por la soledad y también esa estática concentración que había vislumbrado en él en los días del *Don Juan* y que parecía seguir dominándole, haciéndole a veces ciego y sordo a cuanto le rodeaba.

Gracias al cielo la voluntariosa mente de Dora había argüido una explicación para todo esto: Vulpius, como ella sabía de siempre, estaba destinado a convertirse en un grandísimo actor, una personalidad genial cuyo nombre tarde o temprano habría dado la vuelta al mundo y pasaría a la posteridad siendo reverenciado. Pero la maduración del genio, también lo había leído en alguna parte, no está nunca exenta de tribulaciones y todo lo que ahora sucedía podía entenderse como la agitación de la crisálida en el capullo en el que se encontraba todavía prisionera. En cuanto el envoltorio se rompiera, en cuanto la mariposa empezase a desplegar todo el brillo de sus colores, ella sería resarcida con creces de los disgustos padecidos en aquella fase de transición. Convirtiéndose en un gran hombre, Vulpius se convertiría por eso mismo en un hombre absolutamente feliz y su felicidad repercutiría sobre quien vivía a su lado, sobre quien siempre le había animado con su propio afecto y sostenido con su propia paciencia. Por ello, cuando ante alguna extravagancia de Vulpius sus

compañeras le dirigían miradas de conmiseración, Dora sonreía con la crueldad que demuestra hacia los ignorantes alguien que se sabe partícipe de un preciado secreto.

Por otro lado, que los pensamientos de Vulpius en esa época estaban dedicados casi exclusivamente al teatro se lo confirmaba un extraño detalle: desde hacía algún tiempo, cuando Dora estaba en escena sin él, Vulpius permanecía observándola entre bastidores, cosa que anteriormente no había hecho nunca, y la observaba con tal atención, con tal intensidad, que a menudo la muchacha, encontrándose por casualidad con su mirada, se sentía cautivada y el apuntador tenía que intervenir para recordarle su parte. Después de la función no le dirigía ningún cumplido por su interpretación y a Dora no le sorprendía, incluso encontraba natural que al futuro gran actor su modesto talento le resultara desdeñable. Sin embargo, tenía casi la impresión de interesarle más sobre el escenario que fuera, como si sólo en esos momentos la viese de verdad. Si en vez del vestuario se ponía la ropa de todos los días e incluso si se le aparecía con uno de sus seductores négligés, los ojos de Vulpius se limitaban a rozarla distraídamente como si se tratara de una imagen consabida. Entonces, para perdonarle, tenía que pensar en las tribulaciones del genio, en la inquieta crisálida, o sobreponerse y dejarse embaucar por sus modales amables y primorosos.

Porque Vulpius, desde el día en que se habían reconciliado, demostraba hacia su amiga una afabilidad sin límites, aunque no carente de una sombra de artificio, de esa sospecha de simulación que progresivamente había alejado de él la simpatía de los espectadores. Algunas veces era incluso tierno, apasionado y la sumergía entre floridas fórmulas amorosas que Dora recordaba con huidiza desconfianza haber escuchado ya en alguna parte. Palabras parecidas, pensaba saliendo de golpe de la torpe ebriedad sentimental que en esas ocasiones se adueñaba de ella, ¿no se las decía quizá Leandro a Hero o Romeo a su Julieta? A pesar de la estima incondicional que alimentaba hacia Vulpius, no podía creer que fueran de su propia cosecha, y además el tono con el que las pronunciaba, casi declamando, con aquel susurrar potente con el que ciertos actores consiguen alcanzar incluso las últimas filas... Sin embargo, en el fondo, ¿qué importancia tenía todo esto? Si para expresar sus propios sentimientos Vulpius recurría a los recursos que el arte teatral ponía a su disposición, sólo se servía de aquello que le pertenecía de una manera legítima y ella no tenía ninguna razón para ofenderse. Además, ¿no había quizá en su rostro un atisbo de sonrisa, una sumisa ironía, como si él no dudase de la capacidad de Dora para reconocer la procedencia de aquellas frases, sino que le estuviese pidiendo hacerse su cómplice en un juego galante? Y Dora consentía, feliz de poder alejar cualquier duda para abandonarse sin rémoras al armonioso fluir del lenguaje de Vulpius.

Estas pequeñas representaciones privadas tenían lugar las más de las veces en la habitación de él. Muy raramente y de mala gana él se dejaba convencer para salir e ir a la de Dora, de manera que la muchacha había tomado por costumbre ir a verle después de la cena a aquella habitación desoladoramente desnuda y ordenada, donde a lo mejor pasaba toda la noche.

Sucedió, una noche, que Dora se levantó para abrir un cajón de la cómoda. No sé qué es lo que buscaba, quizá un pañuelo o una pastilla para el dolor de cabeza, pero se olvidó casi enseguida; sus dedos, hurgando entre papeles y chismes, toparon con un objeto metálico de finas mallas que con curiosidad se apresuró a sacar a la luz. Era un precioso reloj de oro que la joven actriz examinó con una anhelante admiración, ya que su presencia en esa habitación no podía dejar de suscitar en ella alguna sospecha.

Se acercó a Vulpius y se lo mostró.

—Es un reloj de mujer —dijo en tono inquisitivo escrutando el rostro del amigo sobre el que, sin embargo, no se dibujó en absoluto la expresión del culpable cogido in fraganti. También su voz, cuando le contestó, era tranquila y desenvuelta. Naturalmente, se trataba de un reloj de mujer y Dora podía quedárselo si le gustaba: él se lo regalaba gustoso y más aún porque para su cumpleaños apenas quedaba una semana—. O sea —dijo Dora aliviada— lo has comprado para mí.

Vulpius prefirió no comprometerse con una afirmación explícita:

—Si te gusta —se limitó a repetir—, te lo regalo gustoso.

Entusiasmada por ese regalo, Dora se inclinó sobre él y le dio un beso; luego se ciñó el reloj a la muñeca y alzó el brazo para contemplar mejor su nueva joya. La esfera oval y la correa de oro de la pulsera recogían la luz de las lámparas en mil reflejos centelleantes. Era demasiado bonito como para que Dora pudiese evitar inclinarse de nuevo hacia Vulpius y agradecerse con otro beso. Siguió así por algún tiempo, dividiendo entre el obsequio y el obsequiador sus tumultuosas atenciones; al fin, sin embargo, se le ocurrió que un reloj tenía también que marcar la hora y observó la posición de las agujas.

—¿Son las dos? —preguntó a Vulpius.

—No, las dos y media —contestó él después de haber echado una rápida ojeada al reloj de péndulo. Entonces, con la punta de las largas uñas pintadas, Dora levantó el botón e hizo avanzar las agujas; pero en cuanto terminó se dio cuenta de que éstas no mantenían su posición, de que a cada movimiento de la muñeca resbalaban sobre la esfera como si el eje que las sujetaba se hubiera aflojado de repente—. ¿Le pasa algo? —quiso saber Vulpius viéndola perpleja. Dora alargó la mano y le mostró la esfera sobre la cual las agujas seguían realizando sus insensatas órbitas. Él las miró en silencio y luego, con cierto esfuerzo, dijo que le parecía extraño y sugirió que intentase dar cuerda al reloj. Pero también el botón giraba en vacío y de la caja no salía ningún tictac—. Verdaderamente extraño —repitió Vulpius, y reteniendo en la suya la mano de Dora volvió a observar la esfera. Parecía haberse olvidado completamente de ella, la presión de sus dedos se hacía cada vez más fuerte.

—Me haces daño —se quejó Dora, pero al darse cuenta de que él no la escuchaba liberó su mano de ese apretón con un gesto impaciente—. Es lo que se dice un buen regalo —dijo enojada—. ¿Qué debería hacer, según tú, con un reloj que no marca las horas?

No recibiendo respuesta se lo quitó y lo volvió a tirar en el cajón.

Sólo entonces, cuando oyó el golpe del cajón al cerrarse bruscamente, Vulpius pareció recobrase. Aseguró a Dora que lo sentía y que le traería otro regalo. Ella levantó los hombros. Se miró la mano izquierda surcada por las rojas huellas de los dedos de Vulpius, y sin saber por qué sintió que un escalofrío la recorría.

XIII

Dejemos pues que transcurra la semana que separa el episodio del reloj del cumpleaños de Dora. Incluso sin entrar en detalles puedo afirmar con razonable certeza que en ella no se produjo ninguna novedad de relevancia; el pacífico sucederse de las funciones, las reuniones en torno a la mesa del restaurante, el ir y venir entre la pensión y el teatro, todo continuaba desarrollándose con la precisión de un mecanismo bien engrasado e incluso las rarezas de Vulpius no desconcertaban ya a nadie, puesto que los actores municipales consiguieron neutralizarlas atribuyéndolas a la afable categoría de los fenómenos habituales.

Sin embargo, en el claro devanarse de esos días podríamos sorprender una leve sombra si volviéramos a fijar la atención sobre Dora e intentáramos descifrar los pensamientos que se agolpaban en su mente. En verdad pensamientos confusos, quizá ni siquiera dignos de ese nombre; se trataba más bien de intuiciones, de ansiosos presentimientos, en fin, de la percepción de que algo en el mecanismo se había estropeado, un minúsculo engranaje, una tuerca casi invisible y sin embargo suficiente para producir un ligero chirriar que una vez penetrado en el oído no quiere volver a salir. Dora lo había notado con claridad aquella noche cuando Vulpius, como fascinado, se había quedado mirando fijamente la esfera del reloj aferrándole el pulso con un doloroso apretón y, desde entonces, seguía advirtiéndolo en cada actitud, en cada palabra, en cada fisura de su relación.

La turbaba, por ejemplo, que cuando estaban juntos tal vez le pidiera repetir sólo para él un gesto realizado en escena; la turbaba que se apostara detrás de los bastidores y que a menudo, antes o después de la función, la siguiera al camerino donde con una extraña y fría curiosidad la miraba mientras se ponía o se quitaba el maquillaje, se ponía o se quitaba el traje. Cierto es que Vulpius le había presentado todo esto como un juego, declarando querer hacer uso de su derecho a asistir a las metamorfosis de su ninfa personal; pero detrás del juego Dora intuía una seriedad escondida que sin embargo no conseguía comprender.

Si hasta poco tiempo antes, cuando estaban con los demás, ella se mostraba siempre impaciente por quedarse a solas con Vulpius, ahora retrasaba lo más posible ese momento entreteniéndose hasta tarde en charlar con los compañeros. De todas formas no por ello le tenía menos afecto, es más, a pesar del inexplicable temor que le infundía no habría renunciado a él por nada en el mundo. Además los presagios, a cuya observación e interpretación se dedicaba entonces con especial asiduidad, coincidían en anunciarle la inminencia de un acontecimiento importantísimo, de un verdadero giro que cambiaría su vida. Había por tanto que ser paciente hasta que el destino se decidiera a descubrir sus cartas y entre tanto, quizá, intentar con oportunas súplicas y conjuros que éste fuera favorable. Como sabemos, Dora era una experta en este tipo de operaciones que más que nada servían para mitigar el sentimiento de impotencia que a veces la invadía.

La proximidad de su cumpleaños le daba la certeza de haber entrado en la época más favorable para ella; el sol y la luna, los planetas y las constelaciones, el firmamento entero estaba ahora de su parte y día a día le infundía una nueva vitalidad y un nuevo valor. Repelidas a las más remotas regiones del cielo, las estrellas enemigas ya no podían alcanzarla con sus influjos portadores de desventura, mientras que las propicias encontraban el camino abierto y podían libremente verter sobre ella una lluvia de beneficios. Teniendo en cuenta todo esto, Dora consideró que era un pensamiento amable e incluso conmovedor por parte de Dios, o de la Suerte, o de la misteriosa entidad que gobernaba el universo, convenir para cada criatura una especial protección con ocasión de la fecha de su nacimiento. Era como si ese Dios o esa entidad pretendiera de ese modo decir a cada uno: «No te preocupes, no me he olvidado de ti, ni del hecho de que estás en el mundo por expreso deseo mío: recuerdo muy bien las circunstancias en las que te envié y como ves todavía soy capaz de reproducirlas con cierta exactitud. Cierto es que a menudo me distraigo, tengo demasiadas cosas que atender al mismo tiempo, pero no descuido nunca celebrar un aniversario y confiar a los astros algún buen regalo para el homenajeador».

Así de benevolente, tan llena de atenciones paternas era la potencia a la que Dora se dirigía; y sin embargo este año, por primera vez, sus atenciones no bastaban para devolverle completamente la confianza en ese final feliz que siempre había considerado conclusión ineludible de toda desventura. Este año, por primera vez, le parecía que todo aquello que había aprendido a definir como «negatividad» en las reseñas astrológicas no residía sólo ahí fuera, en un rincón perdido del firmamento, sino que había conseguido insinuarse, si no precisamente en ella, por lo menos tan cerca como para enredarla en su campo de acción. De todo ello, extrañamente, no hablaban las estrellas, quizá porque se trataba de una negatividad demasiado sutil, demasiado impalpable para poder ser registrada por sus macroscópicas configuraciones. Ella misma, por otro lado, aun viviendo bajo su apremiante dominio, no estaba en condiciones de discernir su naturaleza y en vano se esforzaba en atribuirle un nombre menos genérico. Pero de una cosa estaba absolutamente segura y era que donde residía tal negatividad, el centro del que brotaba, coincidía con el punto en el que su destino se cruzaba con el de Vulpius. Justo en ese punto el engranaje se había atascado dando lugar al preocupante chirrido y no parecía tener la mínima intención de ponerse a funcionar de nuevo como debía. Habría intentado hablar de ello con su amigo si no supiese con antelación que éste se negaría a tomar en serio un asunto de esta índole, despachándolo como una superstición tonta. Para Vulpius, lo sabía incluso demasiado bien, no existía nada por encima del hombre, o existía en una esfera tan sumamente abstracta y lejana que no admitía con la nuestra ese intercambio asiduo de mensajes notorios y cifrados en el que Dora depositaba tan de buena gana sus esperanzas.

Así, mientras Dora cavilaba por su cuenta sobre el presente y sobre el porvenir, entre ella y Vulpius no se intercambiaba palabra alguna al respecto y cada uno fingía

con ostentación no advertir nada insólito en el comportamiento del otro. En cuanto a Vulpius, de todas formas, tendría que tener más cuidado al afirmar que fingía; puede que simplemente no hiciera caso a las inquietudes de Dora, a sus miradas perdidas, a la manera en que, en cuanto se quedaban a solas, su alegre vaniloquio se apagaba sobre sus labios para ser retomado después sólo con dificultad, casi como si la muchacha extrajese a la fuerza de sí misma las palabras. El silencio la asustaba, pero Vulpius parecía incluso disfrutar con él. Habría podido quedarse incluso una hora en silencio, sentado delante de ella, escrutándola con aquellos ojos indagadores u olvidándola completamente y hundiéndose en sus pensamientos.

Otro detalle sobre el que prefiero no establecer nada en concreto es el del reloj de la desconocida: es probable que no reaparezca en el transcurso de la historia, por tanto su suerte puede confiarse tranquilamente a la fantasía del lector. Quizá después de aquella noche se quedara confinado para siempre en el cajón, encontrando una colocación definitiva entre los heterogéneos sedimentos que estrato tras estrato se habían acumulado en el transcurso de los años. A lo mejor de vez en cuando, si estaba solo en la habitación, Vulpius lo sacaba y sosteniéndolo sobre su palma lo inclinaba unas veces de un lado, otras del otro para observar el insensato juego de las agujas. Entonces volvía a pensar en la desconocida, en la noche pasada en el teatro desierto, en los ritos diariamente celebrados sobre el escenario, y pensaba también en Dora, la veía de nuevo bajo la luz de los proyectores o en el camerino mientras realizaba con mecánica seguridad la laboriosa serie de operaciones que hacía nacer de la mujer la actriz y luego nuevamente de la actriz la mujer. En todo ello creía advertir una figura todavía oscura y confusa y sin embargo dotada de una secreta coherencia. Era una figura sin nombre, precisamente como la negatividad de la que Dora buscaba en vano una explicación en los horóscopos y, al igual que ésta, se encontraba muy cerca, casi al alcance de la mano, aun cuando siguiera escondiendo su rostro; pero Vulpius sabía exactamente lo que tenía que hacer para obligarla poco a poco a revelarse y a este fin tendía ya con cada acción, con cada pensamiento.

Se sentía extraordinariamente lúcido, más de cuanto lo había estado nunca en su vida, y poco importaba que esa misma lucidez lo dejase casi aturdido presentándose en él en forma de una oscura y voluptuosa embriaguez. A veces esa lucidez lo agotaba, especialmente de noche, cuando detrás de la pantalla de los párpados podía seguir sin distracciones los recorridos obligados. En la oscuridad profunda de la habitación, le sucedía que era capaz de percibir el cuerpo de Dora que dormía a su lado, oía su respiración: no era un sonido extraño dentro de la complicada sinfonía que él iba elaborando, sino al contrario, se insertaba de una manera del todo armónica. Inspirar y espirar, sístole y diástole, pertenecían al mismo ritmo por el que ya estaba dominada su existencia, a ese rígido ritmo binario que conseguía gobernar también los más delicados misterios de la vida orgánica. Y le gustaba sentir las pulsaciones del cuerpo dormido de Dora, le gustaba hasta tal punto que, cuando por la mañana advertía en ella los primeros síntomas del despertar, no podía reprimir un

sentimiento de contrariedad. Entonces se refugiaba en el sueño para continuar, sin ser molestado, sus propias cavilaciones y sólo mucho más tarde se resignaba a abrir los ojos y a establecer con su amiga el matutino intercambio de banalidades.

XIV

Llegó por fin el día del cumpleaños. Casi todos los actores habían bajado al salón restaurante un poco antes de lo acostumbrado y habían depositado sus regalos sobre una mesa despejada de objetos para la ocasión, y que Dora a su llegada encontró completamente cubierta de paquetitos multicolores. Mientras sus compañeros, golpeando el suelo con los pies y los tenedores contra los bordes de los platos, entonaban en su honor una estruendosa canción de felicitación, se paró a contemplar el papel acharolado, los grandes lazos, los cordeles dorados, cosas que para ella no constituían sólo una envoltura, sino un elemento esencial del regalo y que, como siempre, desataría y abriría con máximo cuidado para no estropear nada.

Quería ver en primer lugar el obsequio de Vulpius y se preguntó cuál de esas mágicas cajitas lo contenía. «Seguro que el más bonito», pensó, pero cuál era el más bonito era una cuestión sobre la que en verdad no conseguía llegar a un juicio definitivo. Al final eligió uno de grueso papel de plata y sopesándolo entre las manos lanzó una mirada interrogativa a Vulpius que, imitado por muy pocos de los comensales, se había levantado de la mesa al entrar la festejada. Como respuesta a esa mirada el joven hizo con la cabeza un leve ademán de negación, que repitió sonriendo cuando ella intentó de nuevo adivinar y le mostró un vistoso paquete sobre el que estaban dignamente representados todos los colores del iris.

Dora estaba a punto de intentarlo por tercera vez, pero desistió al notar que sus compañeros empezaban a dar muestras de cierta impaciencia. Empezó a abrir los paquetes uno tras otro, al tuntún y siempre mostrándose dichosamente sorprendida por su contenido, ya fuera por amabilidad o porque esos pequeños obsequios verdaderamente suscitaban en ella un estupor infantil. Se trataba en su mayoría de objetos carentes de cualquier utilidad, pero caracterizados por una exuberancia ornamental que se correspondía perfectamente con el gusto de Dora; la cajita esmaltada en forma de corazón, la muñeca parlante con traje tirolés, el pequeño Buda de jade, el carillón cuyo mecanismo hacía girar un tiiovivo de caballitos blancos al ritmo pegadizo de un famoso vals, todo esto le gustó muchísimo y no paraba de agradecer a sus compañeros y compañeras el haberla hecho tan feliz con tales maravillas. Ciertamente es que, bien mirado, la mayor parte de esos regalos eran más adecuados para una niña que para una joven mujer y Dora se resintió un poco puesto que nadie parecía alimentar un alto concepto de su madurez; sin embargo los rarísimos regalos de mujer, un frasquito de perfume, un par de medias de seda, un bolsito obsequiado por el gerente con el deseo de que siempre tuviera con qué llenarlo, le parecían en comparación deslucidos, prosaicos, y cuando se encontraba con uno tenía que ocultar su desilusión.

Por fin se topó con un paquete muy sencillo, de papel charol blanco. Antes de abrirlo leyó la tarjeta; era de Vulpius, escrito con esa grafía suya tan ordenada, tan parecida a las letras de imprenta, y decía:

*Duda que las estrellas sean fuego,
Duda que el sol se mueva,
Duda que la verdad mienta
Pero no dudes de mi amor.*

«Bellas palabras», pensó Dora, con la emoción ofuscándole en ese momento su ya frágil memoria. «Espléndidas palabras, ¿pero por qué supone que yo deba dudar de su amor? Si lo supone tendrá algún buen motivo». Releyó aquellos versos y la desconfianza se acrecentó. Por cuanto sabía el sol, efectivamente, *no* se movía; en cuanto a las estrellas la información que tenía era más que vaga, de todas maneras no juraría que estuvieran hechas de fuego. Por añadidura, en una tercera lectura se dio cuenta de que el uso del verbo «dudar» oscilaba de manera inquietante; en el caso del sol y las estrellas parecía querer significar «poner en duda», pero después y a propósito de la verdad, su significado daba un giro completo acercándose al de «creer», «sospechar». Luego ¿por qué Vulpius se había valido de un término tan ambiguo en vez de exponer su pensamiento de manera clara y unívoca? Cuanto más leía el texto de la tarjeta, tanto más le parecía sibilino, intencionadamente sibilino, como si el autor con ese mensaje se hubiera prefijado el único fin de sumirla en el desconcierto.

Estaba todavía leyendo cuando notó una presencia a sus espaldas.

—¿No lo abres? —dijo la voz de Vulpius muy cerca. Dora obedeció, deshaciendo sin demasiados miramientos ese envoltorio tan poco atractivo en su sobriedad, y entre el papel encontró una pequeña máscara de raso negro cuajada de cristalitos. La miró, miró a Vulpius y como demostración de gratitud le dio un beso, no muy convencido, en la mejilla; entonces hizo ademán de pasar a otro paquete pero aquél era el último y Vulpius permanecía de pie junto a ella con el aire de quien está esperando algo. Dora tomó en su mano la máscara.

—Es muy bonita —dijo—, y también la tarjeta... Pero...

—¿Pero? —repitió Vulpius con un repentino tono de frialdad en su voz.

—Nada, no hagas caso. Es de verdad muy bonita.

Y se la puso sobre el rostro, riendo porque los dos orificios oblongos no querían saber nada acerca de coincidir con la posición de sus ojos. Por fin consiguió colocársela y se giró hacia sus compañeros haciendo una reverencia que ellos contestaron con un largo aplauso.

En ese momento, el director impuso silencio y con el tono con el que interpretaba sus papeles de cerril bonachón exhortó a Dora a ir a la mesa. O, preguntó, y se trataba evidentemente de una pregunta retórica, ¿tenían que resignarse a morir todos de hambre para celebrar el feliz aniversario? Si éste era el deseo de la homenajeadada, no tenía más que expresarlo con franqueza.

Dora se quitó la máscara y tras dirigir a los regalos una mirada de despedida momentánea, se apresuró a alcanzar su sitio, seguida de Vulpius que

caballerosamente le apartó la silla. Entonces, con loable prontitud, casi como si hubiera estado esperando ese momento al acecho detrás de la puerta, el camarero entró portando una sopera humeante.

—La señorita no —gritó el director en cuanto éste se acercó a Dora para servirle la sopa—. La señorita hoy prefiere ayunar.

Es oportuno saber que el primer actor, si daba con un chiste, por muy soso que éste fuera, se quedaba aferrado a él obstinadamente como un buen perro de caza a su presa, y también esta vez no paró de repasar el tema del ayuno y de la mortificación ni siquiera cuando se llegó al postre y todos los comensales, incluida Dora, estaban tan sumamente hartos que aceptaron una segunda porción de tarta por una mera cuestión de principios.

Terminada la comida, los actores establecieron de común acuerdo prorrogar una hora el tiempo destinado al descanso de la tarde. Vulpius ayudó a Dora a llevar los regalos a su habitación y ella se dedicó con esmero a la agradable tarea de encontrar para cada uno de ellos la mejor colocación. Al principio no conseguía decidir dónde poner la máscara, hasta que se le ocurrió la idea de ponérsela a una cabeza de madera que sostenía una peluca morena. La enigmática tarjeta la puso en el cofre donde guardaba las cartas; hubiera querido pedirle a Vulpius alguna explicación pero temía parecerle estúpida o ignorante si le expresaba sus perplejidades.

De todas formas él tan sólo se quedó unos minutos, tras los cuales se excusó diciendo que estaba muy cansado y se fue, dejándola con sus regalos. Dora sólo esperaba poder poner en marcha el carillón, que entre todos los objetos recibidos le parecía que era el que más diversión prometía, y durante el resto de la tarde hasta la hora del ensayo, cualquiera que hubiese pasado delante de su habitación habría escuchado el viejo vals en la ejecución un poco estridente de ese ingenio mecánico.

XV

Ya es de noche, la función ha terminado y los actores están de nuevo reunidos en el salón restaurante. En un extremo de la mesa podemos ver a Dora y a Vulpius hablando intensamente y en voz baja entre ellos. Ella ríe, sacude la cabeza, parece como si Vulpius le estuviera contando una historia inverosímil o intentando persuadirla de hacer algo insólito. A veces su diálogo se interrumpe, pero casi enseguida es retomado, y los menos distraídos de entre los comensales se preguntan qué tendrán que decirse esos dos que sea tan importante y por qué Vulpius en concreto parece incluso molesto cuando alguien le dirige la palabra a él o a su compañera. A esta última, sin embargo, le habla con tono sosegado, paciente y poco a poco las carcajadas y las demostraciones esquivas por parte de Dora se van haciendo más raras hasta cesar por completo. Ahora, mientras se sirve el postre, también ese coloquio sigiloso parece haber concluido y los dos jóvenes conversan de esto y aquello con sus vecinos de mesa intercambiándose, sólo de vez en cuando, una mirada de complicidad.

Cuando los demás se levantan, se encaminan con ellos escaleras arriba y cada uno se dirige a su habitación. Dora, al pasar delante del espejo, se para un instante para colocarse el pelo; después le quita la máscara a la cabeza de madera y la desliza en su bolso. Sentada sobre la cama, permanece a la escucha hasta que el ruido de pasos, en la escalera y en los pasillos, cesa por completo: entonces sale de la habitación y cierra la puerta girando despacio la llave.

Vulpius está ya en el pasillo. Cediéndole el paso, la sigue por las escaleras y por el vestíbulo desierto. Ambos permanecen en silencio, sólo cuando han llegado a la calle empiezan a hablar. Él está extraordinariamente cordial, incluso alegre, pero cada vez que Dora se demora por el camino la exhorta a continuar con una leve presión en el brazo. De esta manera llegan bastante rápidamente a la plaza que está delante del teatro y flanquean el oscuro edificio hasta la entrada de actores. Aquí Vulpius saca de su bolsillo una llave que muestra a su amiga con aire de triunfo, contestando de manera muy esquivada a sus preguntas sobre cómo la ha conseguido. Sobre este punto, por otro lado, me voy a permitir imitarle: no tiene ninguna importancia saber si él nunca devolvió la llave que aquella noche había conseguido que le prestara el director o si, tras haberla devuelto, se hubiera de nuevo adueñado de ella, quizá durante los ensayos, para hacerse una copia. Sin preocuparnos de este detalle insignificante, podemos volver al momento en el que Vulpius deslizó la llave en la cerradura y abrió de nuevo, después de tanto tiempo, aquel nocturno reino del silencio que había ejercido sobre él una influencia tan profunda.

Dora tuvo un momento de vacilación, luego entró y cuando él la siguió, cerrando tras de sí la puerta, se encontró en la más completa oscuridad. Extendiendo las manos buscó a tientas el brazo de Vulpius pero sólo encontró el vacío. Afortunadamente, antes de que tuviera tiempo de asustarse demasiado, las luces se encendieron

desvelando el largo pasillo de paredes desnudas. Vulpius estaba a pocos pasos de ella, junto a los interruptores.

—Es extraño —dijo Dora—, no parece ni siquiera el mismo lugar.

—Tienes y no tienes razón —contestó él. Esta frase hacía juego con los «duda» y «no dudes» de la tarjeta, pero Dora se guardó para sí esta consideración. Entró en el camerino común de las mujeres y en el de los hombres, observó los trajes colgados, los espejos entristecidos en los que, excepto su imagen, nada se movía, y volvió al pasillo aún más desorientada.

—No me gusta —dijo a Vulpius, que no la oyó o fingió no oírla. Quiso abrir la puerta de su camerino y se sorprendió al descubrir un ambiente inhóspito. «Así de apagados», pensó, «así de extraños deben de parecerles los lugares de su existencia terrenal a los fantasmas que vuelven a visitarlos a lo largo de los siglos; por eso no tienen paz y se vuelven malévolos y aterrorizan a los vivos arrastrando cadenas o merodeando con la cabeza bajo el brazo». También ella, si tuviera la posibilidad, haría algo parecido, un gesto vistoso, no por nada sino para reafirmar su presencia, ya que las cosas, Dora se daba cuenta por primera vez, en cuanto les damos la espalda, tienden a olvidarse de nosotros y si las sorprendemos nos reciben con rechazo, como si fuéramos intrusos.

Estas reflexiones metafísicas no le impidieron sacar dos o tres bombones de una gran caja que había dejado sobre el tocador, pero le parecieron menos sabrosos que de costumbre. Cuando Vulpius se reunió con ella, se sintió aliviada, más que nada porque ahora eran dos y podían aliarse contra la muda hostilidad de aquel ambiente. De todas formas advirtió casi enseguida que él no era de gran ayuda: ignoró todo intento de conversación, rehusó incluso los bombones, en fin, no hizo nada para disipar en ella la inquietud suscitada por el teatro desierto, es más, su cercanía parecía incluso acrecentarla, como si también Vulpius participara de alguna manera del conjuro de las cosas.

Dora se sintió extrañamente sola, carente de cualquier ayuda frente a las desagradables sensaciones que la invadían, de modo que adujo como pretexto lo tarde de la hora y sugirió volver enseguida a la pensión. Lo sugirió con una cierta timidez, esperando una respuesta negativa y en efecto Vulpius le contestó que antes de irse tendría que cumplir su promesa. Condujo, por tanto, a su resignada compañera al escenario, encendió las candilejas, levantó el telón y desapareció dejándola sola en el centro de la escena. Ella miró a su alrededor, abatida por aquella desolación y por la oscuridad que se extendía ante ella, tan distinta de la benigna penumbra de la sala repleta de espectadores. Al rato escuchó la voz de Vulpius salir de la platea:

—Ahora, por favor, deberías quitarte el abrigo.

Dora protestó porque tenía frío pero, puesto que él insistía, terminó consintiendo. «Un cuarto de hora», pensó mientras se apartaba tras uno de los bastidores, «media hora como máximo y volveremos a casa». Se despojó del abrigo y sacó del bolso la máscara de raso negro que se puso sobre el rostro; después volvió a entrar en escena

con su escotado traje de noche.

—Heme aquí. ¿Qué quieres que haga? —dijo dirigiéndose a la sala oscura.

—Recita algo —ella rebuscó en su memoria intentando encontrar algo bastante largo y, cuando lo hubo encontrado, lo pronunció con el tono de quien debe condescender con el capricho de un niño mimado. Vulpius la interrumpió casi enseguida—: ¿Puedes repetir, por favor? —Dora obedeció, cambiando de tono, pero él la interrumpió de nuevo—. Ese vestido es completamente inadecuado. Deberías ir al camerino y ponerte otro traje.

—¿Qué traje? —preguntó ella asombrada.

—Uno cualquiera.

Por muy dócil que fuera Dora, esta pretensión la exasperó.

—No entiendo qué sentido tiene todo esto.

—¿Qué sentido debería tener? Se trata de un juego.

Pero un juego, rebatió Dora irritada, es bonito y dura poco y éste había durado más que suficiente. No le divertía para nada permanecer ahí sola, aparte del frío, con la única finalidad de satisfacer sus absurdos deseos. Si Vulpius quería verla interpretar, que la mirase durante las representaciones, como por otro lado ya hacía incluso demasiado a menudo, y si verdaderamente no le bastaba, ella era una persona comprensiva y aceptaría gustosa concederle un bis, pero en su acogedora y bien caldeada habitación. ¡Qué idea más estrambótica, llevarla al teatro en el corazón de la noche!

De la platea no llegaba ninguna respuesta y por un momento pensó que se había ido, pero abandonó inmediatamente esa sospecha irracional; debía de estar todavía allí sentado en primera fila, Dora sentía sobre ella su mirada, como cuando la espiaba durante las representaciones.

—Estoy cansada, me voy —dijo arrancándose la máscara; entonces escuchó de nuevo su voz.

—Por favor, espera, te acompañaré en breve. Mientras tanto, te estaría agradecido si quisieras satisfacer mi absurdo deseo y te pusieras otro traje. Uno cualquiera, a tu gusto, puedes encontrarlos de todo tipo en la sastrería. Pero ese vestido, ves, es de una media tinta intolerable, ese vestido pretende ser de verdad...

—¿Qué significa? Después de todo, también nosotros somos de verdad.

Vulpius no replicó, se limitó a repetir la petición hasta que Dora se convenció de que si para él era tan importante era una crueldad inútil no contentarle. Aunque las razones estuvieran destinadas a permanecer envueltas en el más profundo misterio para su mente no genial, no podía excluir que aquel juego incomprensible, como los demás aspectos incomprensibles de la actitud de Vulpius, fuera una etapa necesaria en el desarrollo de la crisálida. En tal caso, naturalmente, estaba dispuesta a hacer cuanto estuviera en sus manos.

—Vuelvo enseguida —le gritó, y se dirigió decidida hacia el camerino. Al cabo de un tiempo reapareció sobre el escenario vestida con un traje isabelino; abrigaba

más que el traje de noche y el recobrado bienestar reforzó sus propósitos altruistas. También Vulpius parecía ahora satisfecho; sentado en la butaca, se quedó mirándola sin decir nada mientras ella, con el rostro cubierto por la máscara negra, recitaba dirigiéndose unas veces a la platea y otras a un compañero invisible.

Gracias a un esfuerzo de imaginación, Dora consiguió olvidar que se estaba exhibiendo ante una sala vacía y encontrar su habitual desenvoltura, si bien la turbaba que a sus palabras, a falta de un interlocutor, respondiera sólo un silencio sobrenatural; pero precisamente situaciones de ese tipo le parecía que eran recibidas ahí abajo con especial complacencia.

Mientras estaba concentrada en uno de esos diálogos mutilados, las luces se encendieron repentinamente cortándola en medio de un discurso. Se dio cuenta así de que Vulpius no estaba ya en su sitio y, girándose, lo vio en un lado del escenario.

—¿Y entonces? —le dijo sonriendo—. No me parece que mereciera la pena hacerse rogar tanto por una nadería similar.

Ella le dio la razón, en el fondo se trataba de una nadería y de todas maneras ya había pasado; la preocupación ya se la había quitado, podía volver a casa con la agradable certeza de haber actuado generosamente. Aliviada, corrió a cambiarse dejando a Vulpius esperándola en el pasillo. Tenía tanta prisa en salir del teatro que olvidó incluso quitarse la máscara. Sólo se dio cuenta cuando estuvo en la calle, y se apresuró a quitársela volviéndola a poner en el bolso.

Ahora sobre la ciudad caía una tupida lluvia y los dos volvían hacia la pensión pegados a las paredes para no mojarse. En ciertas calles el viento empujaba las gotas precisamente contra ellos, como si quisiera que retrocedieran. Cuando llegaron a la plaza de la iglesia, soplaba tan fuerte que en vez de atravesarla tuvieron que bordearla y se encontraron pasando ante el recinto sagrado. En la primera y lívida claridad del amanecer la iglesia parecía tétrica y, sin embargo, Dora pensó que si el portón hubiera estado abierto, le hubiera gustado entrar para calentarse las manos sobre las llamas de los cirios.

—Ahora ya estamos de verdad en invierno —dijo en voz baja, y hundió el mentón en el cuello de piel.

XVI

Unas semanas después, la lluvia se había transformado en nieve. Caía casi de continuo, en grandes copos a los que el viento otorgaba un movimiento de danza, cubriendo los tejados con un grueso estrato blanco que Dora no podía mirar sin pensar en la nata montada; se acumulaba en montones siempre más altos a los lados de las calles mantenidas cuidadosamente despejadas por un pequeño ejército de paleadores, y envolvía la ciudad en un silencio en el que la voz de las campanas resonaba nítida, como sacudida por una gigantesca bóveda de cristal.

Las señoras para ir al teatro se arrebujaban en zorros y chinchillas, reavivados siempre por alguna blanca gema que después se derretía lentamente durante el espectáculo reduciéndose a un minúsculo charco de agua en el suelo del guardarropa. Los hombres vestían abrigo forrados de piel y el intercambio de comentarios a la salida del teatro se había vuelto particularmente lacónico; incluso entre los entendidos, por costumbre tan obstinados al defender uno contra otro sus tesis opuestas, el aire gélido de la noche había asumido el papel de un árbitro de indiscutible autoridad ante el cual toda opinión divergente se limaba con pasmosa rapidez.

Esto contribuía a crear también en ellos ese espíritu de concordia prenavideño que tan apropiado era a esa época y los tornaba indulgentes con los actores a los que de costumbre, más que nada por amor a la polémica, no perdonaban la más mínima falta sin antes pasarla por la criba de una crítica sin piedad. Ahora sin embargo se mostraban con manga ancha, a lo sumo notaban que la pequeña Dora desde hacía un tiempo se movía con inseguridad sobre el escenario, como si lo considerara un lugar hostil, y a menudo incluso hacía alguna pifia; pero este tema lo tocaban sólo de soslayo y enseguida concluían de común acuerdo que en el fondo se trataba de un mal menor. Esa chica tenía una excelente presencia pero una gran actriz no lo había sido nunca, es más, sus interpretaciones eran ahora incluso más divertidas que antes, aunque por razones del todo involuntarias. A saber lo que le pasaba, se preguntaban, qué le bullía en la cabeza, y sin aventurar una respuesta que les habría llevado demasiado lejos, se intercambiaban rápidos apretones con las manos enguantadas y se apresuraban cada uno en su dirección, calándose bien el sombrero para reducir al máximo el hueco entre éste y el cuello levantado del abrigo.

Teniendo menos frío que ellos y sabiendo más, podemos pararnos más detenidamente a considerar las causas del comportamiento de Dora. Para entenderlo mejor debemos tener presente que, después de la noche del cumpleaños, Vulpius volvió a convencer a su paciente amiga para que lo acompañara al teatro a altas horas de la noche, obligándola a exhibirse para él en representaciones cada vez más disparatadas. Si al principio la dejaba recitar su papel de corrido como si estuviera delante del público, ahora se encaprichaba con una frase en particular, con un determinado gesto, que le pedía que repitiese hasta el infinito en una extenuante

búsqueda de perfección, o incluso él mismo le sugería réplicas y movimientos muy sencillos, quizá extraídos de textos olvidados o quizá inventados sobre la marcha. Dora no habría sido capaz de afirmarlo, desmemoriada como era, pero en la elección le parecía a menudo advertir una intención ridiculizadora, casi cruel. No eran nunca palabras de amor, actitudes nobles, situaciones en las que el personaje tuviera la posibilidad de expresar su propia estima o fe en el destino, sino algo parecido al inarticulado grito del dolor, unas veces trágico, otras grotesco, de la criatura sorprendida en su irremediable desnudez. Aunque procedieran de algún drama o comedia, Vulpius los había aislado de tal manera que los reducía a variaciones elementales de un mismo tema, un tema que Dora no estaba a la altura de traducir en conceptos precisos pero que, a sus ojos, formaba un todo con el hielo del teatro, con el desolador escenario donde bastidores y decorado renunciaban a toda seducción para exhibir su opaca materia, con la sala oscura donde, en lugar de los rostros participativos de los espectadores, sólo se entreveía la inmóvil indiferencia de los frisos y las cariátides.

Ese hielo, esa cerrada apatía le habían penetrado en los huesos hasta el punto de no conseguir ya dejar de percibirlos ni siquiera cuando el teatro volvía a mostrarse acogedor por la presencia del público y de los compañeros. Pero ya también Dora intuía en este aspecto festivamente familiar una simulación en la que, por mucho que se esforzara, le resultaba difícil tener fe. De todo esto, se daba cuenta, sólo ella y Vulpius eran conscientes; los demás actores no tenían la más remota sospecha de que el teatro pudiera ser un lugar de esa índole, tan extraño, tan severo. Y a pesar de su desconcierto, compartir con él esta experiencia le producía una profunda satisfacción, haciéndole más cercano: es cierto, seguía ignorando sus pensamientos, o no los comprendía cuando él le revelaba algo con una alusión, pero entendía que su relación se alimentaba principalmente de aquellas noches que pasaban en el teatro, juntos, sin que los demás lo supieran, como una Eva y un Adán en la soledad de un álgido paraíso.

Quizá también por eso se prestaba con tanta ductilidad al extraño juego nocturno dilucidado por Vulpius, no escapándosele que ahora ya representaba el lazo más fuerte entre ellos, el único que a él todavía le importaba. Un hilo sutil, ciertamente, y muy poco fiable, pero si ella retirándose lo hubiera roto, Vulpius se habría alejado definitivamente, habría desaparecido en el páramo inaccesible de sus meditaciones. Si en cambio continuaba secundándole, se mantendría abierta una vía de acceso. No es que pretendiera entrar en ese páramo, sabía que sólo podía interpretar el papel de un visitante admitido hasta el vestíbulo pero no en las habitaciones interiores. A pesar de todo también eso le parecía mejor que nada: por lo menos, pensaba, él no estaría completamente solo.

De todas maneras, puesto que su naturaleza huía de todo cuanto había de oscuro y de morboso en esta situación, Dora se sentía intoxicada como por un lento veneno, y para soportarla tenía que recurrir lo más posible, durante el día, al potente antídoto de

la normalidad. Buscaba alivio en las costumbres, en los quehaceres más frívolos y banales, dedicaba a su aspecto meticulosos cuidados y a menudo salía con las amigas a hacer pequeñas compras superfluas, adornos o ropa, que por algunas horas conseguían distraerla. En su habitación ponía en marcha el carillón para ocultar el silencio, pero las notas del vals le parecían quejumbrosas, patéticamente inermes, y a veces escuchándolas la invadía una angustiosa tristeza.

Más reconfortantes le resultaban los paseos que daba sola por la mañana. Le gustaba sentir el crujido de la nieve bajo el tacón de los botines y esquivar las bolas de nieve lanzadas por los niños o por jóvenes paseantes que no encontraban forma mejor de expresarle su admiración. El aire era frío, tanto que enrojecía la cara, pero se trataba de un frío distinto al que de noche impregnaba el teatro. Dora los distinguía definiéndolos, respectivamente, como «frío vivo» y «frío muerto»; si el segundo la atemorizaba, hacia el primero, desde que era niña, iban dirigidas todas sus simpatías.

Una mañana abriendo las cortinas vio cómo la nieve había cesado de caer y los techos de la ciudad, iluminados por el sol, resplandecían con una blancura cegadora. Se vistió de prisa y salió con el propósito de llegar al mirador más cercano que hubiera en la colina. A cada paso le parecía que se quitaba de encima la inquietud que la había atormentado durante la noche; después de todo era todavía la muchacha sana y alegre de siempre, y también el mundo era el de siempre, un jubiloso misterio, un variopinto parque de diversiones que ofrecía siempre nuevas atracciones a su mirada embelesada. Pináculos y torreones con graciosos penachos de nieve la saludaban desde lejos con la cariñosa discreción de los viejos conocidos y ella les devolvía el saludo, tranquilizada, casi feliz.

La calle empezaba a empinarse, pero con una suave pendiente, como todo en aquella mañana de sol, y Dora la coronó con facilidad, parándose sólo una vez para entrar en un café donde se bebió un chocolate caliente. Después retomó el camino, primero entre las casas, luego en un paisaje más abierto sobre el que la nieve encontraba la manera de afirmar con mayor fuerza su propio dominio, y siguió subiendo hasta el mirador, una gran explanada rodeada por una balaustrada y salpicada de bancos que un grueso manto blanco hacía inutilizables.

Se acercó a la balaustrada y protegiéndose los ojos con una mano se dedicó a observar la ciudad. Desde allí arriba era tan pequeña, tan fácil de dominar con la mirada, que parecía más que otra cosa una maqueta de la ciudad, como las que se ven en algunos museos o entre los juguetes de los niños ricos; bastarían dos dedos para demoler el ayuntamiento o para poner la estación en el lugar de la catedral. Hacía mucho tiempo que Dora no subía allí arriba y ahora se divertía reconociendo así los lugares entre los que transcurría su existencia transformados en miniatura: vislumbró la pensión, no más grande que una casita de muñecas, y la cúpula de la iglesia, que vista desde sus ventanas era tan majestuosa que infundía sometimiento, transformada en un pequeño y gracioso objeto, en una baratija que añadir a las demás en la repisa de la cómoda, tan pequeña, tan pequeña, que le parecía estar viendo uno de esos

paisajes encerrados en una bola de cristal con una tempestad de copos de nieve a punto de desencadenarse al menor movimiento. Y el teatro, allí abajo... El teatro.

Dora dio la espalda a la balaustrada, ya no tenía ganas de mirar. Delante de ella un muchacho, posiblemente un estudiante, sonreía con el brazo levantado y el puño cerrado en torno a una bola de nieve. Por unos instantes permanecieron inmóviles, uno frente a la otra, y se intercambiaron una mirada. El muchacho bajó el brazo y se alejó de prisa, extrañamente avergonzado, mientras la bola de nieve se le deshacía entre los dedos.

XVII

La sastrería del teatro era una habitación baja y ancha obtenida aprovechando el foso y para acceder a ella había que abrirse paso entre un laberinto de cables y cuerdas. A lo largo de sus paredes se acumulaban enormes baúles donde se depositaban los trajes para los diversos espectáculos y cada uno estaba marcado con una etiqueta con el título de la obra respectiva; así *Hamlet*, *Ifigenia*, *El misántropo* vivían codo con codo como sobre las estanterías de una desordenada biblioteca. En el centro de la habitación, una tabla de plancha y una mesita siempre repleta de agujas, alfileres y carretes de hilos de todos los colores prometían devolver, con la mayor rapidez, el deteriorado contenido de los baúles a su originario esplendor, y si entre tanto, como a menudo sucedía, un actor había aumentado de peso, podía estar seguro de que la costurera, criatura complaciente por naturaleza y profesión, con algún retoque discreto sabría adaptar el traje a la nueva talla. Sobre todo para las mujeres esas visitas a la sastrería eran a menudo una fuente de mortificación, aunque el genio costurero que en ella reinaba juraba mantener la discreción de un confesor sobre cualquier ensanchamiento de cintura o de caderas cuya necesidad resultara irrefutable durante las pruebas.

Cuando la sastra no estaba, la habitación asumía el aspecto de un antro deshabitado y raramente alguien ponía un pie en ella. Además de noche parecía incluso siniestra, tanto que Dora, cada vez que entraba con Vulpius buscando trajes, se sentía oprimida ante la vista de esos baúles sobre los que el polvo había extendido un velo opaco. Le parecían gigantescos sarcófagos cada uno de los cuales encerraba los restos de lo que en un tiempo, en el escenario, había sido vida y movimiento, sonido y color, y ahora yacía ahí dentro, reducido a un montón de trapos, a la espera de una efímera resurrección. «Qué lugar más triste es el teatro», pensaba mirando a Vulpius mientras éste extraía de los baúles peplos y calzas, monumentales enaguas y vaporosos trajes de tul. Afuera, por añadidura, el invierno era especialmente riguroso, la nieve cada vez que amainaba volvía a caer luego con redoblada intensidad y ella dejaba cada vez más a regañadientes su bien caldeada habitación para aventurarse en ese inconstante torbellino. Pero la voluntad de Vulpius era más fuerte que la suya y Dora ya se sometía a ella con total remisión, como a un fenómeno natural o a una prueba impuesta por el destino.

Lo que él pretendía ya no se podía definir como recitar, ya que la obligaba a quedarse inmóvil en el centro del escenario mientras probaba sobre ella todos los posibles cambios de luces, y, cada vez que colocaba los proyectores, bajaba a la platea y permanecía largo rato sentado en primera fila observando aquel paciente fantoche que sólo de vez en cuando dejaba escapar un bostezo, o cambiaba el peso de la pierna derecha a la izquierda, o manifestaba de alguna otra manera su congénita inadaptabilidad al papel de materia inerte. En tales momentos Vulpius se acordaba de Dora, de la joven mujer alegre e ingenua, amante del vals y de los bombones, y este

recuerdo le parecía que ofuscaba la pureza de la imagen que veía en escena. Por tanto se apresuraba a desecharlo como a un intruso, un visitante molesto, y tras recordar a su modelo que debía permanecer perfectamente inmóvil volvía a dedicarse a su contemplación; luego volvía a subir al escenario y se colocaba junto a los interruptores. Le gustaba apagar las luces sin previo aviso, sin advertírselo, hundirla de repente en la oscuridad; entonces el personaje que hasta ese instante había encarnado Dora dejaba de existir, su tiempo había concluido. Cuando se encendía la luz de servicio, la muchacha se retiraba entre bastidores para cambiarse de traje y el juego volvía a empezar, un nuevo aparecer y desaparecer, una nueva réplica de esa cadencia siempre igual.

Así, mientras fuera la noche avanzaba precipitándose hacia la catástrofe luminosa del amanecer, en esa claridad artificial se iban creando o aniquilando, en una rápida sucesión, una ninfa griega y una noble dama del siglo XVII, un hada etérea del séquito de Titania y una ambigua figura que bajo la capa y el sombrero de pluma de Don Juan dejaba adivinar la desnudez de un cuerpo femenino. Gracias al cambio de gelatinas, cada uno de estos efímeros personajes atravesaba todas las gradaciones del iris y Dora se encontraba transformada en una criatura de aire y de agua, de tierra y de fuego; siguiendo el capricho metódico de su demiurgo se convertía unas veces en un reflejo lapislázuli, otras en un llameante meteoro.

Los continuos cambios le cansaban los ojos, pero lo soportaba, por un lado por complacencia y por otro porque ella misma se embriagaba del vértigo sutil de la metamorfosis. De todas maneras se sentía feliz cuando podía quitarse el último traje y aquella fantasmagoría de telas variopintas era de nuevo engullida por los grandes y severos baúles de la sastrería.

En cuanto llegaba a su habitación se metía en la cama arrebujándose bajo el edredón; todavía tiritando, se deslizaba en un agitado e inconexo sueño del que a menudo se despertaba estremecida. Sólo después de algunas horas conseguía entrar en calor. En el pasillo se oían ya chancletear los pasos de la camarera y por las cortinas echadas se filtraba una vivida luz, pero Dora se giraba hacia el otro lado, hacia la pared, y se tapaba los ojos con un brazo; era demasiado temprano para levantarse, su agotado organismo reclamaba más descanso.

Había adquirido la costumbre de saltarse el desayuno ya que definitivamente no se despertaba nunca antes de la hora de la comida. Se lavaba y se vestía enseguida y bajaba medio dormida al salón restaurante, donde había hecho que la cambiaran de sitio para estar más cerca de la estufa. Vulpius se sentaba al otro extremo de la mesa y durante el tiempo que duraba la comida no se intercambiaban entre ellos casi ninguna palabra. Ella sin embargo le observaba a menudo, furtivamente, intentando reconocer en aquel joven sonriente y agraciado al personaje que de noche le inculcaba tanta turbación. En la serenidad de la tarde, al calor de la gran estufa de cerámica, le parecía haber vuelto por fin a la realidad y que las noches transcurridas en el teatro eran solamente un sueño, sin duda angustioso, pero del que por fortuna tenía la

certeza de despertarse todas las mañanas. Entonces la alegría retomaba ventaja, Dora reía y bromeaba con sus compañeros, olvidaba las preocupaciones, hasta que al salir de la pensión para acudir a los ensayos se daba cuenta de que el sol pronto se pondría, y con una mirada repentinamente sombría seguía su lento declinar tras los tejados de la ciudad.

Eran los días más breves del año, los más melancólicos. Dora hubiera querido retener el sol, o convencer a la tierra de recorrer más deprisa su órbita para sustraerse al dominio de esa estación tenebrosa. Incluso la inminencia de la Navidad, habitualmente recibida con ánimo dichoso, este año no bastaba para disipar la espesa niebla que oscurecía en ella la alegría de vivir; a pesar de todo Dora estaba decidida a celebrarla como siempre y ya una semana antes se hizo llevar a la habitación un pequeño abeto, el más bonito y el más tupido que había podido encontrar.

Vulpius estaba con ella cuando se lo entregaron. Se ofreció a ayudarla en la decoración, pero Dora rehusó; su presencia le habría estropeado la diversión. Esperó por tanto a estar sola, y tras haber cerrado la puerta con llave, se puso a explorar en el armario y en el arcón en busca de la caja que contenía los adornos navideños. Al fin la halló, la depositó sobre la cama y extrajo con cuidado guirnaldas, bolas con forma de naranja y de piña, ángeles y pajaritos con largas colas de plata. Con respecto al año anterior había habido algunas pérdidas, pero modestas; el grueso del tesoro estaba todavía ahí, intacto y espléndido, y Dora se sintió muy reconfortada al comprobar cómo en medio de todas aquellas tribulaciones siempre quedaba algo que no mudaba, algo bonito y familiar que cada año reaparecía idéntico, invulnerable al tiempo y a las vicisitudes de los seres humanos.

Algunas de las baratijas se remontaban a la infancia de Dora, una edad en la que ella nunca había pensado con nostalgia porque ninguna cesura había separado su vida de entonces de la actual. Ahora sin embargo se sentía de repente distinta, quizá más adulta, si por adulto se entiende estar oprimido por los disgustos y perder la capacidad de sumergirse plenamente en el gozo de una pequeña alegría, poniendo drásticamente a raya todos los pensamientos tristes. Si esto era la madurez, Dora no veía ningún motivo para alegrarse de haberla alcanzado; por lo demás no le parecía en absoluto haberla alcanzado, sino más bien que se había desplomado sobre ella a traición, como una maldición. Por la mañana, mirándose en el espejo, se había descubierto sobre la frente la primera y muy tenue arruga. También eso, pensó, era la madurez, y recordando una célebre fábula la comparó con una envidiosa bruja que ofrecía como obsequio a las doncellas manzanas envenenadas; en cuanto la doncella mordía la manzana, adiós a la alegría, adiós a la despreocupación, desde ese momento era mejor que no volviese atrás la mirada, hacia su pasado, pues no conseguiría contemplarlo sin añoranza.

Desde aquel momento, desde que Vulpius había abierto ante ella la puerta del teatro, Dora ya no había sido la misma, y ahora, frente a los viejos adornos navideños diseminados sobre la cama, le parecía estarse mirando de nuevo en un espejo que le

devolvía una imagen cambiada, irreconocible. Incluso se le habían pasado las ganas de decorar el árbol, pero se animó esperando encontrar un poco de evasión en esta ocupación. Se puso por tanto manos a la obra y muy pronto entre las ramas del abeto floreció una exuberante primavera: las guirnaldas despedían fulgores de oro y plata, las bolas formaban entre el verde oscuro del árbol una constelación de reflejos multicolores y las pequeñas criaturas aladas se posaban inmóviles sobre las ramas, unas dirigiendo hacia su fascinada dueña una cabecita terminada en un pico afilado, otras, un sonrosado rostro orlado de rizos rubios. Para respetar la jerarquía natural Dora había dispuesto los pajaritos en la parte baja y los ángeles en lo alto, en una sucesión cerrada de tronos y dominios. Ahora, para completar la obra, sólo tenía que sujetar en la cima el resplandeciente cometa. Se subió a una silla y se inclinó hacia delante con cuidado para no rozar las ramas. Estaba colocando la estrella cuando oyó llamar a la puerta; tuvo un sobresalto y el pequeño y valioso objeto resbaló de su mano cayendo al suelo. Dora bajó precipitadamente de la silla y lo recogió; por suerte no se había roto, pero se había agrietado y en algunos puntos el polvo plateado que lo recubría había saltado dejando al descubierto una superficie mate y opaca.

Los golpes en la puerta se repetían más enérgicos y Dora corrió a abrir. Se encontró ante ella a Vulpius que venía a recogerla para ir al ensayo. Le dijo que fuera bajando, que le alcanzaría en el vestíbulo en pocos minutos, pero él prefirió quedarse. Se sentó en una butaca y echó una mirada distraída al árbol que resplandecía al fondo de la habitación.

—Falta la estrella —observó. Con aire afligido, Dora le enseñó el magullado cuerpo celeste.

—Iba a ponerla cuando tú has llamado.

—Siento haberte interrumpido —contestó él—, ¿pero qué te impide hacerlo ahora?

—¿No lo ves? Ya no es la misma.

Vulpius la examinó con mayor atención pasando la yema de los dedos sobre lo descascarillado; luego la cogió de las manos de Dora y fue a sujetarla en la cima del árbol.

—De lejos —dijo volviendo junto a ella—, nadie se dará cuenta.

XVIII

Dejemos que llegue la Navidad y que transcurra entre las celebraciones que podemos imaginar: intercambio de regalos, comidas y cenas pantagruélicas en torno a mesas engalanadas, una persistente sensación de saciedad que hace que las interpretaciones de los actores sean menos brillantes que de costumbre. Es probable que en la Nochebuena el espectáculo termine antes para permitir a todos los que lo deseen asistir a la misa del gallo. Dora se encuentra entre éstos y mientras reza bajo la gran cúpula se siente eufórica puesto que por lo menos hoy ha evitado volver al teatro con Vulpius. Todo le parece extraordinariamente bonito y acogedor, incluso los altivos ángeles con trompetas inclinan sobre ella una mirada benévola, y la muchedumbre y la profusión de cirios encendidos crean en la iglesia el mismo calor que debía de reinar en el establo de Belén.

Los días pasan, el abeto empieza a perder las agujas, pero todavía es pronto para pensar en desmontarlo. Dora está firmemente decidida a tenerlo por lo menos hasta Reyes y cada día mueve algún adorno o añade una guirnalda para esconder las partes más desguarnecidas, de manera que las agujas plateadas van sustituyendo poco a poco a las verdes.

Mientras tanto se acerca el último día del año y toda la compañía está atareada con los preparativos de esa noche de gala. El lóbrego drama de amor y muerte representado las semanas anteriores desaparece de cartel dejando paso a una comedia, puesto que la tradición y las buenas costumbres quieren que para San Silvestre el público ría, que se despidiera del año viejo en una atmósfera alegre y de buen augurio. Uno de los textos más frecuentemente desempolvados en tales ocasiones es *La fierecilla domada*, y podemos suponer que también esta vez se apresuren a poner en escena la grotesca educación sentimental de Catalina. Pero las expectativas del público y la prolija actividad de los actores y el personal están sobre todo dirigidas al baile previsto para el final de la representación: el gerente entabla con los mejores bodegueros de la ciudad extenuantes negociaciones para conseguir champán al mejor precio, las mujeres revisan sus viejos trajes de noche ideando arreglos que los hagan irreconocibles, y entre un ensayo y otro los músicos de la orquesta se dedican con flemática seriedad a repasar su repertorio de valsos y polcas.

Dadas estas premisas, no es de extrañar que el día de San Silvestre se tuviese que colgar ya por la mañana el letrero con la triunfal inscripción de «No hay localidades»; para quien podía permitírselo, pasar el fin de año en el teatro representaba una irrenunciable costumbre, y también los pocos subversivos deseosos de novedades habían entrado en razón ante la carencia de alternativas atrayentes. Quedaban, es cierto, algunos irreductibles, pero incluso ellos, si hacia las cuatro pasaran delante del teatro y viesan a los mozos de las pastelerías llegar con los brazos cargados de paquetes y desaparecer tras la puerta no sin antes haber esparcido una embriagadora fragancia de crema y azúcar glaseado, incluso ellos, ante semejante espectáculo, se

verían invadidos por un agudo arrepentimiento y se precipitarían a la taquilla para preguntar si por casualidad alguien había anulado su reserva. Pero al taquillero, que en el fondo de su corazón siempre había desaprobado la excesiva generosidad demostrada hacia el hijo pródigo por aquel bíblico padre, le gustaba dejar bien claro a los pecadores contritos de última hora que él no tenía la manga tan ancha y que a esas alturas, en lo concerniente a él, el que no había sabido decidirse a tiempo podía ahorrarse el viaje. Éste era el sentido inequívoco resultante de sus fríos «lo siento» pronunciados con la boca pequeña detrás del mostrador, y al aspirante a espectador no le quedaba más remedio que retirarse pacíficamente maldiciendo su falta de previsión.

Los previsores, sin embargo, tras haber tomado una cena bastante ligera, fueron a ocupar sus legítimas localidades al teatro, donde a las nueve en punto el telón se levantó sobre *La fierecilla*. Se trataba de una versión drásticamente cortada de manera que no superara la medida áurea de las dos horas y que dejara tiempo para preparar el brindis de medianoche. Los papeles secundarios estaban reducidos a la mínima expresión, con lo que Dora y Vulpius, que interpretaban a la pareja más joven de enamorados, tuvieron que contentarse con poco texto; a pesar de todo, para la muchacha supuso una gran satisfacción verse cortejar por él en escena y le pareció que en ese momento todas las mujeres presentes en la sala debían de envidiarla. También supuso una satisfacción, en la escena final, negarse a una obediencia demasiado incondicional hacia el marido novato: «Así se hace», dijo para sí mientras volvía al camerino, «así hay que tratar a los hombres». Y se preguntó por qué en la vida real no era capaz de tomar ejemplo de aquel personaje.

Se cambió de prisa, mientras el público esperaba en el foyer y los tramoyistas desalojaban la sala. Se puso un traje de seda verde, no muy reciente pero realzado con nuevo esplendor gracias a la aplicación en las partes más oportunas de largos flecos brillantes del mismo color, y completó su indumentaria con dos vueltas de perlas cultivadas que Vulpius le había regalado hacía algunos años. Luego se puso delante del espejo y se examinó meticulosamente, girando la cabeza lo más posible para verse también la espalda. En conjunto todavía se gustaba, a pesar de la pequeña arruga en la frente que sin embargo había tenido la astucia de cubrir con maquillaje haciéndola casi invisible. Girando sobre sí misma intentó ensayar algunos pasos de baile; con cada movimiento los flecos vibraban, se levantaban un poco como en un sostenido batir de alas y a Dora le parecía haberse transformado en un pájaro o en uno de los ángeles que adornaban su árbol de Navidad. Se le parecían, o ella se parecía a ellos, por los rubios cabellos ondulados y por el sonrosado color que un hábil uso del colorete había devuelto a sus mejillas.

Tras algunos minutos, un elegantísimo Vulpius vino a buscarla y ofreciéndole el brazo la acompañó a la sala. Sólo una fila de butacas se alineaba bajo las barandillas de los palcos, las demás habían sido apartadas y las parejas más impacientes ya se exhibían en acompasadas figuras de baile. Sobre el escenario estaban dispuestas

largas mesas con bandejas de pastas y tartaletas; las botellas de champán, circundadas de relucientes copas, esperaban su momento en los cubiletes desde los que el hielo liberaba tenues volutas de humo. Tieso y erguido como un guarda de honor junto a esas exquisiteces, el director daba categóricas negativas a quien le sugería bajar; ése era su sitio, proclamaba en voz alta y nada ni nadie le convencería de que lo abandonase, porque un actor vive sobre el escenario y si es necesario muere en él; mejor que subieran los demás y vieran lo bien que se estaba. Respaldado por algunos compañeros había empezado ya en el camerino las libaciones propiciatorias y ahora, deseoso de pasar al champán, dirigía miradas resentidas a las agujas de su reloj, que avanzaban con exasperante lentitud hacia la medianoche.

Dora quería bailar y Vulpius la condujo al centro de la platea. Su brazo, alrededor de la cintura de la muchacha, se mantenía completamente inmóvil y la presión de sus dedos no aumentaba ni disminuía. Dora pensó que esa controlada rigidez a lo mejor era distinguida, pero no demasiado simpática. No la miraba casi nunca, tenía la mirada fija más allá de su cabeza y muy pronto ella se dio cuenta de que estaba observando la sala, no a los espectadores, o a los compañeros, o a las otras parejas concentradas en el baile, sino los adornos y terciopelos, los angelotes y las cariátides que apartados en una desdeñosa soledad asistían a esas diversiones. Los miraba como para volver a establecer con ellos una secreta complicidad de la que todos los presentes estaban excluidos, o para asegurarse de que el teatro, a pesar de toda apariencia contraria, era aún el lugar sagrado y riguroso donde amaba celebrar sus ritos.

Dora ya no tenía ganas de bailar. Estaba a punto de decírselo a Vulpius, pero de repente la orquesta calló y el gerente anunció que faltaban cinco minutos para las doce. Se descorcharon las botellas, muchos subieron al escenario para acercarse al buffet y para probar, por lo menos una vez, el efecto que producía estar ahí arriba; otros, menos osados, esperaron a que los camareros llegasen con las bandejas. Cuando dieron las doce cada cual estaba en posesión de su copa y la levantaba solemnemente para brindar con los más cercanos.

En cuanto quedó confirmado sin lugar a dudas que el viejo año había verdaderamente terminado y que el nuevo había comenzado y fueron pronunciadas una y más veces las fórmulas indispensables para afrontar esa delicada transición, el gerente ordenó a la orquesta con un ademán que volviera a tocar. Enseguida resonaron las notas de un vals que Dora había estado esperando desde el comienzo de la fiesta, su favorito, una composición que nunca había podido escuchar sin marcar el ritmo con los pies. Vulpius estaba ocupado recibiendo con aire resignado las prolijas felicitaciones de una admiradora, pero no tardaron en presentarse caballeros aspirantes cuyo porte en el baile sería más galante y comunicativo que el de su frío enamorado.

Dora aceptó la invitación de uno de ellos, prometiendo a los demás los bailes sucesivos, y enseguida se encontró girando de un extremo a otro de la sala presa de

un sutil y muy agradable vértigo. Su caballero era un bailarín excelente, sabía llevarla y seguirla tan bien que gustosa le perdonó que no fuera Vulpius, es más, casi acabó por olvidarle. Ahora bajo el colorete sus mejillas estaban ardientes, encendidas por el baile y el champán, y una dicha desenfadada se apoderó de ella. «Si el mundo acabara ahora», pensó, «acabaría bellamente», y se sorprendió de haber concebido un pensamiento tan peculiar.

La música cambió, cambió el caballero, sin que el cambio arrancara a Dora de su plenitud. Percibió sólo vagamente que el ritmo era menos rápido y que el nuevo acompañante tendía a estrecharle demasiado el brazo alrededor de la cintura, pero se trataba de detalles del todo insignificantes. Seguía bailando, girando, dirigiendo de vez en cuando una mirada desafiante a la fúnebre fastuosidad de la sala, a los oprimentes estucos, a las estatuas que le habían parecido tan terribles mientras realizaba ante ellas sus exhibiciones nocturnas; sin embargo no debía temerlas, siempre triunfaría sobre ellas porque ella estaba viva, su cuerpo rebosaba energía y movimiento, su alma conocía la dicha. Qué precioso era todo esto, qué superioridad le otorgaba sobre la inerte perfección de aquellas cosas muertas, y quizá incluso sobre Vulpius, sobre el genial Vulpius que, sin embargo, atrapado como estaba en su propio genio, había desaprendido a reír y a bailar, se movía por la sala con la rigidez de un maniquí y cuando hablaba con los demás era como si extendiera un brazo para mantenerles a distancia. Un hombre desafortunado, en el fondo un infeliz, pero ella, Dora, era muy afortunada, en cierto sentido lo era por naturaleza, por temperamento, y disponía de tales reservas de felicidad que antes o después conseguiría transmitirle una parte a su pobre amigo.

Lo vio de pie en un rincón, solo, los dedos apretados alrededor de una copa vacía. Cuando terminó el baile lo interrogó con la mirada antes de dar el brazo a un nuevo acompañante; si él hubiera querido bailar ella se habría librado del otro, pero Vulpius se limitó a hacerle un breve ademán de saludo y desapareció entre la muchedumbre apelotonada delante de la puerta principal. La orquesta emprendió una polca. «Y sin embargo soy feliz», pensó Dora. «Es cierto que prefiero el vals, pero también la polca me gusta y en la vida hay que saber contentarse». Observó al hombre con el que estaba bailando: no era joven pero tampoco viejo, su aspecto era bastante agradable. De repente se sintió cansada y le pidió que la acompañara al buffet donde comió unos pasteles y bebió una segunda copa de champán. El primer actor y uno de los figurantes se habían apartado entre bastidores con una botella, se habían quitado las chaquetas y estaban sentados el uno frente al otro en amable conversación. Advirtiéndolo a Dora la invitaron a unirse a ellos y por un instante estuvo tentada de aceptar, pero entonces comprendió que quería deshacerse de su caballero.

Se alejó con una excusa y se fue en busca de Vulpius. Lo encontró en el foyer, fumándose un cigarrillo.

—Quiero volver a casa, ¿me acompañas?

Él apagó el cigarrillo, le ofreció el brazo y la condujo hacia la salida. Cuando

estuvieron fuera del teatro Dora se dio cuenta de que su rostro era surcado por alguna lágrima.

XIX

Pasó Reyes, el abeto se había quedado ya reducido a un pobre entramado de ramas relegado en un rincón de la terraza esperando a que Dora encontrara el valor para deshacerse de él; tras el paréntesis de las fiestas, en el teatro se había retomado el ritmo acostumbrado de los ensayos y de las funciones y se continuaba sin sobresaltos mientras fuera los días se alargaban. Transcurrió así todo enero; febrero llegó casi al final de su breve reinado, pero las heladas no hacían además de mitigarse; un velo de nieve cubría todavía el adoquinado dibujando pálidos arabescos; montones de un blanco sucio formados por los paleadores hacían guardia en las esquinas de las calles, y el humo de las estufas y de las chimeneas que se elevaba de los tejados era la respiración de la ciudad aterida. En la fría luz todo adquiría una precisión peculiar de perfiles, los difuminados se borraban; también los paseantes que recorrían apresurados las calles se convertían en figuras absolutamente aisladas, solitarias, sin relación alguna con cuanto las rodeaba. En ese mundo de mónadas sólo el teatro seguía custodiando el espíritu de la metamorfosis celebrando su triunfo casi todas las noches, cuando Dora se subía al escenario y Vulpius concentraba sobre ella todos los rayos de los proyectores.

Quisiera hacer transcurrir más lentamente este tiempo monótono, pautado por una inexhausta repetición de gestos y movimientos y por el transcurrir de idénticos estados de ánimo, retrasar el desarrollo de la acción para recrear la sensación estática que Dora sentía en esos días, como si su vida estuviera encerrada en un círculo mágico, o como si el rigor del invierno hubiese congelado también el fluir de los acontecimientos coagulándolo en un témpano de hielo.

Pero nuestro punto de vista no es el de Dora; desde nuestra remota posición de observadores podemos vislumbrar el agua en ebullición bajo el témpano, discernir las pequeñas vetas que entreveran la superficie; desde nuestra posición, en el tiempo aparentemente inmóvil en el que los dos protagonistas están aprisionados, vemos perfilarse algo parecido a un movimiento secreto, a una tendencia, a una dirección. Oculta en gran medida a la conciencia de ambos, una fuerza subterránea corroe poco a poco ese equilibrio que ellos creen eterno, y todos los días bajo sus pies el témpano se hace más fino, las hendiduras más profundas.

A los juegos de Vulpius Dora se sometía ya con una obediencia cansina, como si hubiera perdido toda capacidad de reacción, pero de este agotamiento él sólo parecía percibir los aspectos favorables a sus planes y se alegraba de la docilidad con la que había aprendido a secundarlos. Bastaba un maquillaje más contundente para ocultar la palidez que había sustituido en su rostro el sano encarnado de un tiempo, y si su figura había adelgazado un poco el cambio era más o menos imperceptible bajo los ricos paños de los trajes.

Así, con Dora cada vez más exhausta y resignada y Vulpius cada vez más absorto en esas alquimias escénicas, llegamos a una noche de invierno que comenzó de una

manera no muy distinta de las demás. Hacía todavía mucho frío, pero al salir de la pensión Dora advirtió algo que anunciaba el inminente deshielo: violentas ráfagas de viento sacudían la fijeza del cielo y el aguanieve caía durante el día ya se estaba deshaciendo. Durante el trayecto se sintió reconfortada por la idea de una llegada próxima de la primavera, quizá la nueva estación traería un cambio también a su vida; pero en cuanto estuvo sobre el escenario, ante la sala inhóspita, las ilusiones la abandonaron; ahí dentro no existían estaciones, el tiempo continuaría marcando el paso y ella se vería obligada a repetir hasta el infinito aquellas exhibiciones tormentosas.

Sentado en la platea, Vulpius la observaba. Le había hecho ponerse una larga túnica blanca que en su sencillez era muy apropiada para recibir los juegos de luces y cuando ella le preguntó si no era hora de cambiar de traje respondió que ése estaba estupendo y que lo llevaría toda la noche. Dora no osó protestar aunque tiritaba un poco con esa túnica ligera. Se quedó inmóvil, a la espera de instrucciones, hasta que Vulpius le dijo que lo esperara y se alejó en dirección a los camerinos. Volvió al cabo de unos instantes trayendo lápices, carmines, cajitas y frascos de cosméticos que dispuso ordenadamente en el suelo, en un rincón del escenario.

Dora le miraba perpleja.

—¿Para qué es todo esto?

—No te preocupes —respondió él—, déjame a mí.

Cogiéndola de la mano la condujo a ese rincón y se puso a maquillarla con gran concentración, como si su rostro fuese el lienzo virgen sobre el que fuera a nacer una obra de arte. Giraba a su alrededor, examinándola desde todos los lados y añadiendo minuciosos retoques con el lápiz o el pincel, o le sujetaba el mentón con un amable pero firme apretón y se lo movía ligeramente a derecha e izquierda para ver mejor un detalle. Ella no se oponía, pero incluso en su pasividad sentía una creciente inquietud.

—¿Puedo saber por lo menos de qué se trata? —preguntó al fin.

—De un nuevo juego. Ves, ahora parece que tuvieras dieciséis años, eres una doncella en flor.

—Te agradezco el detalle, pero a mi edad no creía que tuviera todavía necesidad de rejuvenecer.

—Espera —dijo Vulpius—, el juego acaba de empezar.

La condujo de nuevo al centro del escenario, encendió los proyectores, se paró a contemplarla unos minutos, luego se acercó a ella con los cosméticos. Dora se rió nerviosamente.

—¿Y ahora qué quieres hacer conmigo?

—Una mujer de treinta años, quizá de cuarenta. No es difícil, basta con acentuar un poco estas sombras. Incluso tenemos una bellísima arruga, aquí en la frente...

Ella dio un paso atrás.

—Perdona, pero sigo sin entender.

—Y sin embargo es muy sencillo: quiero que esta noche recorras bajo mis ojos

todo el arco de la vida, desde la infancia hasta la vejez. Espero —continuó notando la desconfianza de Dora— que no me niegues esta pequeña satisfacción. En el fondo no te cuesta nada, sólo se trata de un juego.

—De un juego cruel —objetó ella.

—¿Y cuál no lo es? Por favor, gira la cabeza hacia la izquierda, sólo un poco, de manera que la luz dé sobre el pómulo... Puedo asegurarte que a los cuarenta años serás todavía muy guapa, seguirás teniendo a tus pies ejércitos de admiradores.

Hablaba con voz baja y seductora, como si quisiera acunarla, y sin embargo Dora advertía un matiz de distanciamiento que ni siquiera las frases más arrulladoras conseguían disimular del todo. Posiblemente nada le importaba cómo sería a los cuarenta años, ni cómo era ahora; sólo le importaba que se quedase quieta, que siguiera prestándose con la docilidad de la arcilla a su lenta obra plasmadora. Retrocediendo de vez en cuando algunos pasos para observar el efecto, le dibujó en el rostro arrugas cada vez más marcadas y tupidas, profundizó las ojeras, extendió sobre las mejillas una densa capa de colorete para que resaltaran los pómulos. Dora no podía verse, pero cuando encontró su mirada fija en ella se sintió invadida por una oscura inquietud. «Así», pensó, «sólo se miran los objetos, las cosas muertas e inanimadas», y le pareció que esos ojos fríos y atentos la despojaban poco a poco de su humanidad. Angustiada, le rogó que acabase, que eligiese otro juego distinto.

—Casi hemos terminado —rebatía él—, sólo tienes que aguantar un poco más.

Pero con un movimiento brusco Dora liberó su mentón asido por él.

—Ya basta, basta de verdad. Llévame a casa.

—Ni hablar. No hemos terminado todavía.

Rompiendo a llorar Dora corrió hasta el fondo del escenario y bajó precipitadamente por la escalera. Oyó a su espalda los pasos de Vulpius y por tanto no se paró, atravesó el pasillo de los camerinos, salió a la calle y siguió corriendo en una ciega fuga, sin meta, como si algo espantoso la hostigara, por las calles desiertas de la ciudad. Estaba tan despavorida que no reconocía los lugares por los que pasaba y, a pesar de estar convencida ya de que Vulpius no la había seguido fuera del teatro, el corazón le latía desordenadamente. Mirando el mundo con sus ojos veíamos una rápida sucesión de plazas, calles y callejuelas en las que las fachadas de las casas unas veces se enfrentaban muy cercanas, casi hasta el punto de juntarse sepultándola entre la piedra, otras se separaban de repente y la dejaban desamparada en grandes espacios abiertos batidos por el viento. De lejos sin embargo, con la mirada de los pocos que por ahí pasaban asistiendo estupefactos a su aparición, veíamos una temblorosa figurita vestida con una ligera túnica, los brazos desnudos, calzada con sandalias, recorriendo desafortunadamente las aceras sobre las que la nieve deshaciéndose se había transformado en una masilla grisácea, cruzando con paso más vacilante los anchos círculos de luz creados por las farolas, parándose por un instante en cada cruce, indecisa por la dirección que tomar, y quizá antes de que desaparezca tras la próxima esquina tendremos todavía tiempo de advertir en su rostro una especie

de máscara, un maquillaje peculiarmente macabro. Los que por ahí pasaban pensaban que venía de un baile de disfraces o de una tardía fiesta de carnaval, pero hacia dónde corría con tanto desenfreno, de qué huía, sobre eso no eran capaces de formular una conjetura plausible.

Ella misma, por otro lado, no habría sabido responder con precisión a estas preguntas, pues en su mente no había conceptos capaces de definir el repentino terror que la había invadido, ni de explicar su razón. Pero si volvía a pensar en todo lo que había sucedido esa noche en el teatro, en el juego atroz en el que Vulpius la había involucrado, sentía en los huesos un frío más intenso que el que la asediaba desde el exterior, e incluso las desoladas y tenebrosas calles le parecían reconfortantes en comparación con las despiadadas luces de escena. Así pues se sumergía decidida en ellas, buscando refugio, y sentía un alivio momentáneo con la idea de que la oscuridad finalmente la ocultase; sin embargo, seguía sintiendo sobre ella la mirada de Vulpius, como si la hubiese seguido hasta allí, como si en ningún sitio y en ningún tiempo le fuera concedido sustraerse a su meticulosa observación.

Así vagabundó mucho tiempo, cada vez más desorientada. Ralentizó el paso sólo cuando vio que las casas escaseaban y reconoció la calle en pendiente que subía al mirador; su fuga la había conducido hasta el margen extremo de la ciudad donde las últimas farolas vigilaban su línea fronteriza y, más allá de ésta, las colinas se extendían negras, impenetrables, con sus lomas apenas aclaradas por las reverberaciones de un sol que aún no se dejaba ver.

Volvió atrás y topándose con una carroza salió con esfuerzo de su aturdimiento para llamar la atención del cochero. Éste la examinó de arriba abajo, miró asombrado su rostro y luego se decidió a dejarla subir. «En verdad alguien extraño», pensó, con esa horrible máscara en la cara y vestida más como una ninfa de los bosques que como una señora bien; pero, por lo menos, al parecer, tenía una dirección donde se podría encontrar a alguien dispuesto a pagar la carrera, porque ella no podría, no tenía bolso y ciertamente un traje de ese tipo no podía esconder ni siquiera un monedero.

Agazapada en un rincón del asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho intentando calentarse, Dora escuchaba el rítmico son de los cascos del caballo. Había algo amigable en ese sonido, algo familiar; si hubiera estado menos aturdida quizá habría recordado ciertos domingos de su infancia, cuando sus padres se concedían a ellos mismos y a la niña una excursión en carroza y ella preguntaba el nombre del caballo para poder dirigirle durante el trayecto las felicitaciones que merecía. Esta vez no sentía ninguna curiosidad de esa índole y no estaba de humor para felicitaciones. Vacía de toda energía, se abandonaba a los trompicones de la carroza sintiendo un débil alivio sólo con la idea de que la noche gracias al cielo había terminado, que pronto estaría en su habitación y podría calentarse las manos al calor de la estufa, sumergir los pies en agua caliente, arrebujarse bajo una montaña de mantas y edredones.

La carroza dio un brinco más fuerte, luego se paró. Tras unos instantes la

portezuela se abrió y el cochero le tendió una mano para ayudarla a bajar. Apoyándose en él Dora alcanzó la puerta de la pensión y tocó el timbre hasta que el portero vino a abrir. Oyó su propia voz pedirle que pagara la carrera, una voz resquebrajada que con la suya sólo tenía un lejano parecido.

—¿La señorita no se encuentra bien? —preguntó el portero siguiéndola hasta el vestíbulo y observándola también él con aire estupefacto.

—La llave, por favor —dijo la voz y Dora se encaminó por las escaleras apretando la llave con una incierta toma de posesión. Se le pasó por la cabeza que Vulpius debía haber vuelto, que podría encontrárselo, entonces aceleró el paso mientras su corazón volvía a latir más rápidamente para aplacarse sólo cuando hubo cerrado la puerta de su habitación. La habitación estaba menos caldeada de lo que esperaba, las últimas brasas se consumían en la estufa en un solitario resplandor y por las ventanas entraba una luz mortecina que se posaba sobre los muebles como polvo triste.

Lo primero que hizo Dora fue ir al tocador, quería ver el resultado de las operaciones de Vulpius. Pero cuando estuvo ante el espejo no tuvo el valor de mirar. Se giró de repente, como si ella misma se hubiera llamado para avisarse de un peligro, dio algún paso, se paró y, venciendo la tentación de volver atrás, alcanzó el biombo más allá del cual la esperaba una palangana y una jarra de agua. Se frotó el rostro con un ímpetu casi rabioso, quizá esperando borrar de esta manera todos los acontecimientos de aquella noche. Luego se desplomó sobre la cama y las fuerzas que le quedaban apenas le bastaron para subirse el edredón hasta la cara.

XX

Alguien debe de haber entrado y puesto en marcha el carillón. Dora oye las notas del vals sucediéndose nítidas y sincopadas en el silencio de la habitación. Quisiera abrir los ojos pero una especie de pesadez le impide levantar los párpados. Permanece escuchando y no siente estupor alguno cuando el sonido metálico del carillón es sustituido por el de una orquesta. Viene de lejos y sin embargo ella puede distinguir individualmente cada nota de esa melodía familiar mientras su cabeza se arremolina en el vértigo del baile. Sin embargo no está bailando, su cuerpo está inmóvil, tumbado sobre la sábana, sólo sus dedos se mueven ligeramente de vez en cuando para marcar un tiempo de tres por cuatro, pero a pesar de sus esfuerzos no consiguen seguir el ritmo de esa música; sus movimientos son demasiado lentos y confusos, los nudillos se doblan con dificultad y a Dora le parece que sus manos se han transformado en plomo o en mármol, igual de inertes, igual de indiferentes a las órdenes de su voluntad. Tampoco puede levantar apenas el busto, sus miembros están como entumecidos y cada vez que contrae los músculos con la intención de levantarse, Dora termina cayendo extenuada sobre las almohadas. Es una pena porque quisiera ir a cerrar la ventana. No es que tenga frío, es más, la cama le parece hervir y hace ya tiempo que se ha quitado de encima el edredón quedando destapada, envuelta sólo en el lino fino de la túnica, pero quisiera cerrar los cristales y las cortinas para no ver a través de las rendijas el escenario desnudo y los círculos de luz violenta de los proyectores.

Por un instante se pregunta cómo puede ver todo eso ya que sus párpados están cerrados y también la ventana, ahora está más que segura, nunca ha estado abierta. Pero establecer una lógica en ese mundo de sensaciones enloquecidas es una tarea difícil, incluso más difícil que intentar moverse, y Dora desiste casi enseguida rindiéndose a las imágenes y a los sonidos que la visitan en el duermevela, los acoge tal y como vienen, sin plantearse preguntas.

Ahora la música la molesta, penetra en la nebulosa de su conciencia como algo demasiado nítido y cortante; si fuera capaz de agarrar la almohada, de enrollarla alrededor de su cabeza para taparse las orejas, Dora dejaría de oírla y tampoco escucharía el latido que la acompaña, cadencioso, de una regularidad obsesiva, un son incesante en el que sólo tras un tiempo reconoce el ruido de unos cascos de caballo. Sí, ha ido a menudo en carroza, de niña y también más recientemente, no recuerda exactamente cuándo, pero era un coche negro con ruedas gigantescas y bamboleaba y brincaba, y ella estaba en un rincón con la cara hacia la ventana para no ver a Vulpius que estaba sentado a su lado.

A lo mejor ha sido Vulpius el que ha entrado y ha puesto en marcha el carillón y ha abierto la ventana que asoma sobre el escenario. Dora escucha para descubrir si todavía está en la habitación, pero sólo oye el trote de los caballos que giran a ritmo de vals, cada vez más rápidos, asfixiando casi la música. Y sin embargo está ahí, no

hay duda: la está observando con esa mirada suya atenta, indagadora, y ha encendido las luces de escena que siguen hiriéndola incluso a través de los párpados cerrados. Dora tiene la confirmación cuando él posa la mano sobre su hombro y lo sacude ligeramente. Después de todo parece que su cuerpo todavía es capaz de reaccionar, porque con ese contacto un sobresalto repentino lo recorre. La sacudida se repite mientras Dora se pregunta por qué Vulpius habla con voz de mujer y la llama «señorita». Pero naturalmente no hay una razón, se trata sólo de un juego; quizá por esto Vulpius no le contesta, si bien ella está convencida de haber expresado la pregunta con palabras claras y perceptibles.

La mano se despega de su hombro. «Mejor así», piensa Dora, «por lo menos podré dormir». Le gustaría hundirse en un sueño absoluto, carente de sensaciones; sin embargo continúa oyendo las notas del vals, pero más débiles, más lejanas, y también el trote de los caballos se hace casi imperceptible. Por fin podrá disfrutar de un poco de paz, pero un nuevo ruido la molesta, un parloteo que viene del pasillo. Distingue el mayido de la primera actriz, los timbres agudos del resto de sus compañeras.

—¿Qué quieren de mí? Todavía queda tiempo hasta la hora del ensayo.

Ahora están cerca, se inclinan sobre ella, pasan sobre su frente manos heladas. Alguien la tapa y en vano Dora se esfuerza por protestar, parece que no la oyen o que no la entienden, y cuanto más se agita ella, tanto más le remeten el edredón por todas partes para aprisionarla en su tórrido abrazo.

Por lo menos han conseguido que se callen del todo la música y el sonido de los cascos de los caballos; en la habitación se oyen sólo sus voces extrañamente atenuadas. Murmuran palabras tranquilizadoras y Dora no entiende el motivo, no tiene necesidad de ellas sino de dormir, largo y tendido, quizá hasta mañana. De todas maneras, si quieren quedarse que se queden, que sigan hablando en ese tono de cantilena que la mece tan dulcemente. ¿Quién sabe lo que estarán diciendo? A Dora ya no le preocupa, esas conversaciones son demasiado complicadas para que ella pueda seguir las y por suerte nadie parece esperar de ella una respuesta; así, poco a poco, se va refugiando en el sueño, o más bien en un aturdimiento en el que las voces apenas le llegan, como si no pertenecieran al presente sino a una zona remota y confusa de la memoria. Siente cómo se va hundiendo en la inconsciencia muy despacio, y también su cuerpo se hunde, sumergido en tumefactas fluctuaciones de las que aflora cada vez más de vez en cuando, hasta que esa resistencia involuntaria es demolida definitivamente y ella puede ceder sin rémoras, rendirse al fluido embrujo de la disolución.

De repente se sobresalta; alguien le ha cogido el pulso y lo mantiene un tiempo entre sus dedos, luego le levanta el busto y con los nudillos le golpea el pecho y la espalda. No parecen unas manos femeninas, son más gruesas, su tacto es menos delicado y también la voz que está hablando es la voz de un hombre. Quizá Vulpius quiere seguir jugando, no se da cuenta de lo agotada que está. Intenta escapar de su apresamiento y dejarse caer sobre la cama, pero él la retiene fuertemente. Ahora le

apoya en el pecho algo helado, quizá un cubito de hielo; lo quita, vuelve a apoyarlo siguiendo el contorno del seno y luego por las clavículas y Dora se pregunta por qué sus amigas, en vez de hacer que pare, le secundan de mil maneras y le hablan en un tono tan ceremonioso. Ella no entiende casi nada de lo que hablan, de los labios del hombre capta sólo alguna palabra como «grave», «frío», «delirio», sin poder establecer entre ellas ninguna relación inteligible; de todas formas se da cuenta de que no es la voz de Vulpius. «Entonces», piensa, «no se trata de un nuevo juego», y con un confiado abandono se deja sostener por aquel brazo desconocido. Después el hombre aleja de su cuerpo el cubito de hielo y la coloca despacio sobre las almohadas.

XXI

Aquella noche, tras la fuga de Dora, Vulpius se quedó todavía un tiempo en el teatro. Apagó los proyectores y volvió a poner los cosméticos en el camerino preocupándose de ordenarlo todo, pero sus acciones eran mecánicas, inconscientes, como las de alguien que ha sido despertado de un modo brusco de un sueño apasionante. Sólo cuando estuvo al aire libre recuperó una cierta consciencia de sí mismo y el encantamiento en el que estaba atrapado se suavizó permitiendo que su pensamiento se dirigiese a Dora y a su sorprendente reacción. Una profunda inquietud se adueñó de él al pensar que la muchacha podría huir para siempre de la celebración de aquellos ritos; a pesar de todo confiaba en poder arreglar las cosas y someter a obediencia a su recalcitrante compañera.

En su estado de ánimo, en lo que podía haberle sucedido durante esa fuga repentina, no pensaba en absoluto. Era egoísta, no quiero negarlo, de un egoísmo que quizá parezca monstruoso, pero que se convierte casi inevitablemente en una segunda naturaleza en quien se encuentra hasta ese punto bajo el dominio de una obsesión y frente a ésta considera irrelevante la propia persona y la ajena, el propio bienestar y el de todos cuantos están cerca. Exigiendo a Dora esos sacrificios, Vulpius no perseguía el placer o la felicidad, había renunciado a todo esto hacía tiempo, quizá desde que el telón se levantó sobre el *Don Juan* y su mirada se encontró con los ojos oscuros y brillantes de la desconocida, o desde que el demonio que presidía su destino le había conducido por primera vez a la soledad nocturna del teatro.

Desde entonces lo que Vulpius buscaba, lo que perseguía con la sistemática tenacidad de los locos o los héroes, no se parecía ya a ninguna de las infinitas metas deseables hacia las que los hombres pueden dirigir sus esfuerzos. Era un camino solitario y paradójico, guiado por instintos del todo opuestos al de conservación, y a medida que se iba adentrando en él se hacía sordo a las llamadas y a los gritos de alarma de la vida. En este camino las escenificaciones de Dora constituían una etapa esencial ya que determinaban sobre el escenario la efímera, elemental trayectoria de los personajes a los que ella daba cuerpo y le parecía penetrar así, siempre más a fondo, en el ritmo secreto de las cosas, en captar su fascinación y crueldad, en hacerse cómplice en lugar de víctima. Así, al igual que un sacerdote en el acto de la liturgia, secundaba y repetía el gesto siempre idéntico de aquella divinidad que su intuición le hacía entrever tras toda variopinta apariencia, en el teatro y fuera de él. Todas las imágenes creadas sobre el escenario por su tiránica fantasía, todas las personificaciones a las que Dora prestaba su figura, alcanzaban una suerte de verdad sólo en el momento en que, apagando los proyectores, él las devolvía a las tinieblas, y cada vez preparaba con mayor cuidado ese momento, celebrándolo como una apoteosis.

Como ante sus ojos ese juego poseía el sello de la necesidad, el que Dora pudiera ponerle fin le resultaba tan improbable como que levantando una mano consiguiera

parar el curso de los planetas. Volvió por tanto a la pensión con el ánimo tranquilo y no se preocupó ni siquiera cuando pasando delante de su habitación vio que la luz estaba apagada; Dora debía de haberse acostado y él haría mejor en no molestarla; mañana, con la mente serena, se daría cuenta de que había actuado de una manera ridícula y se dejaría persuadir fácilmente para volver al teatro.

Confortado con esta certeza, Vulpius se fue a la cama y se desplomó casi enseguida en su profundo sueño, del cual, ya avanzada la mañana, lo despertó un ruido de pasos y voces, un inusual trasiego que venía del pasillo. Se puso aprisa una bata y se asomó a la puerta, las mujeres de la compañía se arremolinaban como un enjambre alrededor de una figura masculina que reconoció inmediatamente como su médico de confianza. Hizo ademán de acercarse, pero en cuanto la primera actriz le vio se abalanzó sobre él y le cogió las manos mirándole con una de sus más celebradas expresiones trágicas. Luego, lentamente, no sabría decir si para prepararlo para la impresión o para aprovechar al máximo el efecto de una revelación gradual, le informó de que esa mañana la camarera, recelosa por el extraño silencio en el que estaba inmersa su habitación y por una extraña historia del portero, había llamado repetidamente a la puerta de Dora y por fin, no habiendo recibido respuesta, se había decidido a entrar. Viendo a la muchacha boca arriba sobre la cama presa de un dócil delirio, había pedido ayuda y ella misma, la primera actriz, había acudido con las compañeras. Le bastó una mirada para darse cuenta de lo grave que era la situación; asistida por su proverbial presencia de espíritu, sin mediar pausa envió a alguien a buscar al médico. ¿Cómo es que no había pensado en avisar también a Vulpius? No era cuestión de alarmarle todavía, después de todo podía tratarse de un malestar pasajero; y además, añadió en voz baja, temía cometer una indiscreción, porque según el testimonio del portero Dora había pasado esa noche fuera, volviendo ya de mañana, y la cosa más inexplicable era que cuando la encontraron llevaba un traje de escena, así era, un peplo, o una túnica, en fin, una de esas endiabladas cosas informes de tragedia griega en las que no se sabe nunca por dónde meter la cabeza y por dónde los brazos.

En cuanto pudo, Vulpius interrumpió ese rendir cuentas de circunstancia y se dirigió al médico para preguntarle si las condiciones de Dora eran preocupantes. Éste respondió que ciertamente no eran buenas, habló de fiebre, de inflamación pulmonar, y concluyó aconsejando a Vulpius que tuviera ánimos y que esperara con resignación la evolución posterior. Todavía no estaba dicha la última palabra, todo podía solucionarse aún en sentido favorable, si bien él no se inclinaba por alimentar en los amigos excesivas esperanzas. En cualquier caso, volvería a visitar a la enferma por la tarde.

Guiado por sus compañeras, Vulpius entró en la habitación. Dora yacía con los ojos cerrados y el pecho cubierto con una cataplasma humeante. Le habían quitado la túnica, considerando que era un atuendo poco decoroso para una enferma grave, y le habían puesto un austero camisón de piqué que él no recordaba haberle visto antes.

En su rostro absorto advirtió algo que le inquietó y a la vez le fascinó, un aura sagrada, como si aquella muchacha tan común, cuya mirada no había ido nunca más allá de las pequeñas cuitas cotidianas, hubiera sido admitida de repente en un reino más elevado del que él quedaba excluido.

Se sentó a su cabecera y siguió mirándola con admiración, incluso con algo de envidia, sin ocuparse de las mujeres que iban y venían intentando reanimarla con los más disparatados remedios. A la hora de la comida le animaron para que bajara al restaurante a comer algo, pues ya se sabe que las desgracias se soportan mejor con el estómago lleno y, además, la pobrecita no necesitaba ser atendida por tantas personas, se podría perfectamente hacer un turno. Pero Vulpius rehusó firmemente alejarse de su lado y se quedó toda la tarde, cogiendo sólo alguna galleta del armario del género de alivio y recibiendo como desagradables intromisiones las visitas del médico y de todos aquellos que vinieron a interesarse por la salud de Dora. Sus compañeros vieron en esta actitud el signo de una legítima desesperación y consideraron natural que desertara de los ensayos; sólo por la noche se presentó puntualmente en el teatro para interpretar su papel en la función, mientras Dora, aún inconsciente, fue encomendada a los cuidados de la dueña de la pensión. Cuando el telón bajó se cambió de prisa y corriendo para estar de nuevo a su lado y me gustaría poder creer que lo que le empujaba era un cariño solícito, o quizá el remordimiento por haber sido la causa de esa desdicha. Es probable que estos sentimientos influyeran de verdad en su conducta, y la curación de Dora, lo sabemos, le preocupaba por más de un motivo, pero en la expresión con la que la escrutaba no se traslucía ni la ternura del enamorado ni la contrición del culpable.

A la vuelta del teatro los demás actores se le unieron y se quedaron por un tiempo, alentando a la enferma con frases de consolación y promesas de una pronta recuperación que ella no podía oír; luego se fueron de puntillas para ir al restaurante y durante la comida se desahogaron y desmenuzaron bajo todos los aspectos la aflicción común, lamentándose de que tampoco ahora hubiera habido manera de convencer a Vulpius para que se uniera a los dolientes comensales. Solo, en la habitación tenuemente iluminada por la luz de una única lámpara, no apartaba la mirada de la blanca máscara hierática que parecía cubrir aquel rostro. Era ya noche avanzada, la hora en que de costumbre estaban juntos en el teatro, y Dora estaba escenificando para él una nueva representación.

De repente, con gran desconcierto, se dio cuenta de que la máscara había abierto los ojos y le estaba observando a su vez. No había lugar a duda, le dirigía una mirada empañada pero consciente y sus labios se movían como si intentara hablar. Vulpius se acercó, se inclinó sobre ella; ahora podía oír un tenue musitar, y acercando el oído a su boca consiguió entender las palabras de Dora:

—¿Hasta cuándo? —decía—. ¿Hasta cuándo te quedarás mirándome?

Vulpius no contestó. Le puso una mano sobre la frente hirviendo y se quedó así, inmóvil, arrodillado junto a ella, hasta que sus párpados volvieron a caer y Dora

desapareció de nuevo en el cerrado universo de su delirio.

XXII

Quisiera poder salvar la vida de Dora, describir su lenta curación y luego quizá hacerla partir, dolida, sí, pero al fin libre. Huiría lejos de Vulpius trasladándose a otra ciudad con teatro municipal, donde reconstruiría poco a poco el lacerado tejido de sus costumbres, y su índole despreocupada retomaría su primacía borrando la memoria de aquel invierno.

Desafortunadamente una solución tal no es posible y no sólo porque en el transcurso de las horas los responsos del médico dan un espacio cada vez más exiguo a la esperanza, sino porque, por mucho que le disguste al autor y quiera imponerse, el desarrollo mismo de los acontecimientos exige ya el sacrificio de Dora, y en nombre de tal necesidad tendremos que adaptarnos a prescindir de este personaje, renunciar a sus pasiones infantiles y a sus supersticiones, a su ingenuidad y a sus sufrimientos. Todo esto, y todo lo demás que podamos entender bajo el nombre de Dora, fue barrido una mañana, tres días después del comienzo de la enfermedad, o más bien voló, puesto que al viento que amenazaba con arrastrar su deshilachada vida ya no oponía mayor resistencia que una pluma. Así, sin ni siquiera darse cuenta, Dora se dejó deslizar en la muerte, mientras sus compañeras lloraban, sus compañeros se secaban las lágrimas a escondidas y los pensamientos de Vulpius se agolpaban febriles en el umbral de ese mundo ajeno en el que ella había encontrado refugio, intentando en vano discernir algo de lo que había al otro lado.

Las cortinas estaban echadas, pero a través de las rendijas un sol ya primaveral agredía la penumbra de la habitación con cuchillas de vívida luz. Sentados todos alrededor de la cama, los presentes hablaban en voz baja para no molestar a Dora que, en palabras de los más sentimentales, no parecía muerta sino simplemente dormida, en un sueño profundo en el que seguro había alcanzado la paz que le es negada a quien todavía respira. Tras una media hora llegó el médico quien, habiendo cumplimentado un rápido examen, certificó el carácter definitivo de ese sueño; luego se fue acompañado por el director, que estaba encargado de disponerlo todo para el funeral, y los demás se quedaron velando el cadáver.

Dos días y dos noches duró el velatorio y, poco a poco, por un acuerdo tácito, las conversaciones de los actores se fueron alejando de la reciente desgracia volviendo a los temas habituales. Esas criaturas serenas y rutinarias no estaban capacitadas para soportar por demasiado tiempo la meditación sobre la caducidad de las cosas terrenales dictada por las circunstancias y, por añadidura, estaban convencidos de que tampoco habría sido del gusto de Dora. Si hubiera podido hablar les habría animado para que estuvieran alegres y no se rindieran a la aflicción, y ellos intentaban con todas sus fuerzas seguir estos preceptos, si bien cada vez que miraban el cadáver las palabras se apagaban en sus labios y el presagio de la anulación les atravesaba con un escalofrío que reducía al silencio incluso a los más locuaces. Por eso, como si esperaran de esa manera oponer mayor resistencia a estos sobresaltos repentinos, se

sentaban estrechamente agrupados en una esquina de la habitación y cada uno buscaba consuelo en la presencia de los demás.

Sólo Vulpius se mantenía apartado, en la cabecera de Dora, siguiendo la lenta metamorfosis de su rostro que con el paso del tiempo se volvía cada vez más rígido; incluso resultaba difícil creer que cualquier expresión lo hubiera animado, hasta tal punto su inmovilidad aparecía como una condición eterna e ineludible. Los labios estaban ligeramente entreabiertos en un éxtasis congelado, como si en los últimos instantes a Dora se le hubiera concedido vislumbrar aquello que venía a destruirla. Quizá por eso, porque bajo los párpados cerrados guardaba esta visión, se le aparecía más bella de cuanto nunca lo había sido; su coquetería algo patética y el brío desordenado de sus gestos se habían aplacado en una imagen que ya parecía esculpida en el mármol de un monumento fúnebre y Vulpius se sentía confirmado en su idea de que la quietud era superior al movimiento, la muerte a la vida. Así, el macabro espectáculo del que los demás apartaban los ojos con horror constituía para él una transfiguración milagrosa: antes de desvanecerse en la nada, Dora había ascendido a esa inefable pureza que no es de los seres humanos sino sólo de los cristales y de las estatuas, de aquello que nunca ha poseído la vida o que de ésta se ha separado.

Ante su cuerpo inerte sentía una especie de veneración que se acrecentó el día del funeral, cuando Dora fue colocada en el ataúd. Para vestirla sus amigas no habían sabido encontrar algo más adecuado que un largo traje negro repleto de lentejuelas, cuyo móvil centelleo vibraba a la luz de los cirios encendidos a ambos lados del catafalco. Alrededor todo eran coronas y ramos de flores que aguardaban seguirla en la disolución o contraponer a ésta sus tintes obstinados. Vulpius contemplaba con avidez el boato funerario de estos preparativos y no entendía por qué sus compañeros se atemorizaban; muchos aspectos en el ceremonial de la muerte recuerdan mucho al teatro, o quizá fuera verdad lo contrario, en cualquier caso entre los dos existía un parentesco, una afinidad subterránea, y en el vestíbulo oscurecido de la pensión Dora lucía el último de sus trajes.

Parecía que estuviera interpretando un papel de reina; digna y altiva, recibía un homenaje de los supervivientes que desfilaban compungidos ante el féretro advirtiéndole en su estar vivos algo inconveniente. Luego el destello de las lentejuelas, los blancos brazos cruzados sobre el pecho, los cabellos dispuestos sobre la almohada formando un sabio bordado, todo desapareció bajo la tapa del ataúd que entre la conmoción general fue izado sobre el coche fúnebre. Vulpius rehusó ponerse a la cabeza del cortejo, si bien a juicio de los demás, a la vista de su relación con la difunta, esa posición le correspondía por derecho; prefirió esconderse entre la pequeña muchedumbre, compuesta a partes iguales de actores y espectadores, que desfilaba detrás de la carroza bamboleante por las calles de la ciudad. Sólo cuando estuvieron ante la puerta de la iglesia se acercó y con tres de sus compañeros cargó sobre su espalda el ataúd. No había pensado que fuera tan ligero, se diría que del

cuerpo de Dora contuviera sólo un residuo evanescente.

El ataúd se dispuso ante el altar mayor y Vulpius se retiró a una de las últimas filas. En torno a él el gran espacio ovalado de la iglesia ornamentada de luto estaba envuelto en la misma penumbra que en el teatro precede al comienzo de las funciones, pero el resplandor de los candelabros encendidos sobre el altar hacía brillar los estucos dorados y extendía sobre los pesados tejidos negros una pátina de luz. Aquí le parecía que finalmente la muerte de su amiga había encontrado un escenario digno, una férrea e irreprochable batuta capaz de exaltar su misterio. Incluso sus compañeros habían dejado de tener ese aspecto cohibido de aficionados en las escenas con un texto especialmente arduo y ahora respondían de una manera perfecta a la acción litúrgica que el sacerdote estaba realizando.

Vulpius no participó de la oración, no se unió al coro de los fieles; asistía a esa representación como un simple espectador y de todas maneras percibía un significado que los demás no podían captar a pesar de que contribuían a crearlo. Una voz distinta hablaba mediante sus voces únicamente para él, haciendo de esas letanías un lenguaje cifrado. Quizá sólo la mujer encerrada dentro del ataúd conocía hasta el final la interpretación, y con ella las criaturas inmóviles que habitaban la iglesia, los ángeles y los niños alados y el cumplido caballero armado con la guadaña; pero sobre todo debía conocerla otro personaje cuya presencia notaba ahora él por primera vez, un san Sebastián que inclinaba su mirada embelesada hacia las flechas que le atravesaban. Como los de Dora, sus labios estaban entreabiertos y en sus facciones de mármol afloraba una secreta ebriedad. Era el mismo entusiasmo fúnebre que impregnaba toda la iglesia, que animaba con un impulso contenido las pesadas espirales de las columnas, que vibraba en las fórmulas sagradas que recitaba el cura. La caducidad había querido arrojarse con los adornos más solemnes, con las más ricas vestiduras para mostrarse ante la presencia de la potencia destinada a destruirla, y a esta destrucción tendía con un invencible anhelo; sintiéndose atraída y fascinada, iba a su encuentro con el ciego impulso que guía a la polilla hacia la llama.

Bajo el efecto arrebatador de esa ebriedad, los fieles agrupados alrededor del ataúd de Dora cantaban con todas sus fuerzas, olvidados de ella y de ellos mismos. A pesar de todo, cuánta medida había en ese canto, qué ponderado artificio, el rito se cumplía con una precisión ineluctable y los gestos y las cadencias, los sentimientos y los pensamientos eran despojados de todo aspecto personal para elevarse a una dimensión abstracta donde lo único que sobrevivía era su sentido descarnado. En ese rito y en el templo que lo reflejaba no existía una naturaleza, sino sólo un suntuoso, frágil argumento de apariencias sin sustancia, el repetirse de mil formas de una abdicación del ser frente a la nada. Quizá por esto, a pesar de su quietud, las estatuas que Vulpius vislumbraba le parecían extrañamente inestables, carentes de durabilidad; si la materia que las aprisionaba por un instante alentase a su presa, no conseguirían mantener su precario equilibrio, desaparecerían casi enseguida, de la misma manera que en el escenario desaparecen los personajes cuando cae el telón. La

vida eterna que el sacerdote estaba aseverando ante el altar se contradecía incluso con esos rostros de mármol, con esos cuerpos inmunes al dolor; también para ellos sólo la muerte podía ser eterna, una muerte absoluta y sin promesas ante la cual el mundo se postraba con toda la magnificencia de sus ceremoniales.

A una eternidad de esa índole, tan inescrutable como cualquier paraíso, había accedido Dora y por eso en torno a su cuerpo, como si fuese una reliquia, podía desplegarse el fasto litúrgico, y el orgulloso pueblo de las estatuas acogía con indulgencia a la pequeña recién llegada. Ya ni siquiera sus compañeras osaban llorarla; imbuidas de esa atmósfera, seguían el ritual de la manera más escrupulosa, y también los hombres, que antes de entrar en la iglesia expresaban su luto sonándose la nariz enérgicamente, ahora mantenían una actitud de austera dignidad. Vulpius los miró uno por uno, sorprendido y divertido de aquella transformación. Casi todos ocupaban los bancos, sólo los pocos incrédulos y los que profesaban una fe distinta se habían quedado en pie junto a la puerta, luchando visiblemente entre el distanciamiento intelectual y la íntima participación de su sentimiento.

De repente Vulpius tuvo la impresión de ser a su vez observado. Examinó de nuevo uno y otro grupo, pero no encontró la mirada de nadie; el interés general estaba concentrado en cuanto sucedía ante el altar, ni los fieles ni los no creyentes hacían el más mínimo caso a su persona. A pesar de todo seguía sintiéndose observado y la memoria le trajo nítido el recuerdo de aquellas noches transcurridas en el teatro, cuando en el ajeteo que reinaba sobre el escenario los ojos de la desconocida recortaban para él una zona intangible de soledad y de silencio.

Lentamente, con timorata cautela, miró a su alrededor explorando todos los rincones, esforzándose en distinguir algo incluso donde la oscuridad era más cerrada, y al fin descubrió una figura aislada que apenas emergía de la penumbra junto a la pila del agua bendita; vio el negro traje escotado, los cabellos sueltos sobre los hombros, los ojos brillantes que mantenían su mirada con tranquila firmeza. Luego había vuelto, y no al teatro, sino en una ocasión tan diferente y a la vez tan parecida, cogiéndole desprevenido y a pesar de todo dejándole intuir una necesidad, una correspondencia con su estado de ánimo y con sus deseos.

Si hasta entonces Vulpius había asistido como espectador a la representación litúrgica escenificada en torno al féretro, ahora repentinamente se sintió parte de esa representación que se desarrollaba para aquella única espectadora invisible para los demás actores. Al igual que el traje salpicado de lentejuelas que cubría el cadáver, también el atuendo de la desconocida era más adecuado para un estreno que para una ceremonia fúnebre; sin embargo, los brazos desnudos, el blanco pecho sin adornos, el tejido brillante recorrido por cambiantes reflejos, cada detalle de esa imagen parecía compenetrarse con el voluptuoso esplendor de la iglesia, lo absorbía y volvía a irradiarlo desde sí con redoblada intensidad.

Casi sin darse cuenta, mientras la contemplaba, Vulpius empezó a formar con los labios las palabras de la oración. No las entendía, no detenía sobre ellas sus

pensamientos, se limitaba a recitarlas y ella escuchaba absorta las frases de aquel texto. A medida que la función llegaba a su término, Vulpius sentía una creciente ansiedad. Hubiera querido acercarse a la desconocida, impedirle que se escabullera de nuevo. Lo que le frenaba no era sólo el temor de turbar la ceremonia y de atraer sobre sí la atención de los presentes; aunque no hubiera habido obstáculos de este tipo, difícilmente hubiera podido moverse puesto que aquella mirada le infundía una rigidez hipnótica, pesaba sobre él con la fuerza de un encantamiento.

Se quedó por tanto en su sitio, debatiéndose entre la inercia y la aprensión y no se levantó ni siquiera al finalizar la misa. Ella continuaba mirándole, sin alejarse ni venir a su encuentro. Vulpius intentaba recobrase, pero no osaba traspasar la distancia creada entre ellos por el frío rayo de sus ojos. Mientras tanto los fieles estaban confluyendo en masa en la puerta, y muy pronto rodearon a la desconocida ocultándosela del todo. Cuando las puertas se abrieron la repentina luz le cegó, hasta tal punto que tuvo que hacerse visera con una mano y le fueron necesarios algunos instantes para distinguir algo en esa claridad. Al fin vio a la pequeña muchedumbre mermarse, las mujeres y los hombres vestidos de negro desaparecer uno tras otro en el rectángulo resplandeciente; pero en cuanto el paso estuvo despejado, Vulpius se dio cuenta de que también la desconocida había desaparecido con ellos.

Trastornado, se quedó sentado en el banco hasta que alguien le sacudió ligeramente un hombro; se giró y vio al director en pie detrás de él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó mirándole con aire de reprobación—. Sólo te estamos esperando a ti para transportar el ataúd.

XXIII

La semana siguiente al entierro de Dora sus compañeros la dedicaron a borrar el rastro de su permanencia terrenal: su habitación tenía que ser vaciada para dejar sitio a los nuevos ocupantes y todo lo que ella había acumulado a lo largo de años fue en parte tirado y en parte repartido entre los supervivientes. Se dismanteló el altarcito doméstico con las fotografías del padre y de la madre, se vació el armario del género de alivio y, enjugándose las lágrimas, las actrices pasaron revista a su ropa con la esperanza de que fuera posible adaptarla a sus figuras. Vulpius sólo cogió para él la pequeña máscara de raso negro; se la llevó a su habitación y la puso en el cajón donde guardaba el reloj de la desconocida, luego volvió para ayudar a los demás en aquella triste mudanza, hasta que en la habitación no quedó ya nada que recordara la existencia de Dora. Cuando los demás se fueron se quedó todavía unos instantes, observó las paredes despojadas, el armario vacío y abierto, la sobriedad de la decoración no ocultada ya por la profusión de cachivaches de los que ella adoraba rodearse; así que salió, cerró la puerta y bajó a entregar la llave.

Dora se ha alejado así definitivamente del círculo de los vivos, dejando de ella nada más que una cariñosa memoria y unas cuantas reliquias esparcidas aquí y allá entre objetos extraños; nosotros nos encontramos solos con Vulpius, con este personaje oscuro y huraño, privados de repente de la pantalla que nos permitía lanzar una mirada indirecta sobre su obsesión. Ahora tendremos que proyectarla directamente puesto que Vulpius se encuentra ya en el centro del escenario listo para asumir el papel de protagonista absoluto. Quedan, es cierto, el director, el gerente, Doña Elvira y otros que podría hacer surgir del conjunto indeterminado de la compañía, pero se trata en cualquier caso de figuras secundarias y destinadas a ser desplazadas cada vez más hacia las orillas del posterior desarrollo de los acontecimientos. Por esto parece inevitable que en este punto el ángulo visual del autor coincida con el de Vulpius y casi tengo la tentación de identificarme con él, de superponer a mi voz su voz, de manera que cuando se dijera «yo» fuera de ahora en adelante el héroe mismo y sus pensamientos y los vaivenes de su ánimo los que se reflejaran sobre el papel sin mediación alguna.

Sin embargo una enraizada desconfianza en lo inmediato, que con seguridad Vulpius compartiría, me impide llevar a cabo una elección de este tipo. En el fondo tengo que contar un delirio, no delirar, y si los demás reparos han caído, el empleo de la tercera persona siempre permite mantener la saludable distancia para dar orden y forma al magma interior del protagonista. Perseo no miró en realidad el rostro petrificante de Medusa, sino que contempló su imagen en un espejo y así consiguió acercarla sin perderse a sí mismo; adoptando una no diferente precaución, nosotros seguiremos hasta su conclusión la historia de Vulpius en el reflejo de una voz narradora, penetraremos en los recovecos más recónditos de su alma, pero nos mantendremos separados en esa posición ajena y omnisciente desde la que, excepto

en la convención de la novela, sólo Dios o los dioses pueden observar las vicisitudes humanas.

Por otro lado, ya en las páginas anteriores nos hemos servido a veces de esta mirada divina consiguiendo descubrir algo del intenso fervor que Vulpius escondía tras la frialdad de sus modales. Es cierto, era un fervor más del pensamiento que de los sentimientos, un imbuirse de conceptos y de arriesgados nexos lógicos, y quizá no contradecía de verdad esa frialdad sino que se liberaba de ella; después de todo también el hielo quema y el rigor empecinado del razonamiento produce a veces exaltación y locura. En los días que siguieron al funeral, Vulpius se sintió por tanto como un matemático cercano ya al descubrimiento de un teorema de gran relevancia y componía y descomponía los datos buscando su formulación definitiva. La iglesia y el teatro, la liturgia de la muerte y la de la ficción, debía existir una relación concreta entre todo ello, una correspondencia exacta, y así también entre la pálida figura de la desconocida y la igualmente pálida que había visto en el ataúd, con traje negro y los brazos cruzados sobre el pecho, no ya la pequeña Dora sino un personaje distinto, extraordinariamente importante, hacia el que se había hecho de repente inconcebible cualquier forma de familiaridad.

Se esforzaba en captar esta relación mientras representaba con los demás, cada vez más despreocupado del hecho de que además de las cariátides y de los angelotes un público de carne y hueso asistiera a las representaciones, y sobre todo de noche, cuando volvía solo al teatro y, mirando alrededor, volvía a pensar compungido en la docilidad de su modelo. Ahora le tocaba a él subirse al escenario, ponerse los trajes, exponerse a los rayos de los proyectores; ya se había dado cuenta en el funeral, cuando sintió de repente sobre sí la mirada penetrante de la desconocida. También para Vulpius la muerte de Dora significaba la caída de un escudo. Gracias a ella, a través de ella, por un tiempo había conseguido engañar y engañarse, realizar sus ofrendas votivas sin ofrecerse a sí mismo; en esto y sólo en esto ahora alimentaba una culpa, en haber hecho que Dora procediera, ignorante exploradora, por el camino que le estaba asignado a él. Intentaba por tanto remediarlo, una noche tras otra, quedándose en el escenario mientras las fuerzas le sostenían, y a menudo se giraba hacia el palco de proscenio intentando discernir entre la densa oscuridad que lo llenaba lo que no estaba y lo que no podía estar, la espectadora ausente a la que dedicaba esas fantasmagorías.

Si a pesar de su desaparición al finalizar la ceremonia había alimentado la vaga esperanza de volverla a ver durante las funciones, le habían bastado pocos días para desengañarse. Quizá al principio volvió alguna que otra vez a la iglesia mientras se celebraba la misa y escudriñó una a una a las mujeres absortas en oración, o quizá no volvió jamás, intuyendo que las apariciones de la desconocida no obedecían a la casualidad y mucho menos a la voluntad de su predilecto, sino que seguían un escrupuloso designio. En cuanto éste lo requiriera se mostraría de nuevo; entre tanto era inútil buscarla y muy pronto Vulpius se resignó a esperar con total pasividad, sin

intentar en modo alguno forzar el curso de los acontecimientos.

Sin embargo la visión de la iglesia se le aparecía de continuo, especialmente cuando se encontraba en el teatro, y su dorado esplendor se confundía cada vez más con el de los estucos que adornaban la sala, la decoración fúnebre con el pesado terciopelo de cortinas y telón, el altar iluminado por los cirios con el escenario donde cada noche, bajo las luces de los focos, el mundo ocultaba su propia vanidad y a la vez la proclamaba en un ritual no menos fastuoso y solemne. En la desvariada mente de Vulpius las dos imágenes convergían hasta identificarse anulando la línea divisoria entre percepción y memoria, se reunían en la perfecta compacidad de una misma esfera y yo no sabría decir cuál era su centro, si el palco vacío de la desconocida o el féretro ante el cual el cura recitaba las sagradas réplicas de su guión.

XXIV

La primavera que Dora había esperado con tanta impaciencia había llegado, parques y jardines habían culminado hacía tiempo su resurrección y, con la brisa, bajaba de las colinas un tenue perfume de hierba y de flores. Ese puntual despertar de la vida sólo modificó en una mínima parte las costumbres de los actores municipales. En el restaurante la gran estufa de porcelana estaba apagada y la mayor variedad de fruta y verdura constituía una prueba irrefutable de la superioridad de la nueva estación sobre la precedente, pero por lo demás nada había cambiado, sus existencias seguían desarrollándose casi siempre en lugar cerrado y la idea de aventurarse a un paseo que no fuera el acostumbrado recorrido entre la pensión y el teatro ni siquiera los rozaba. Si el cielo amenazaba lluvia una elemental prudencia aconsejaba permanecer a cubierto, y si hacía buen día, ¿por qué gastarlo sometiéndose a esfuerzos e incomodidades, cuando para disfrutarlo bastaba con mirar fuera de la ventana o hacer de vez en cuando una escapadita al balcón? Todo lo más, después de los ensayos, iban a sentarse a las mesas al aire libre de un café, donde tomaban un aperitivo acompañado de copiosas raciones de aceitunas o salados, se estiraban en las sillas, hacían profundas respiraciones y satisfechos consideraban los beneficios que aquella vida al aire libre propiciaría a su salud. Con tal de que no se exagerara, naturalmente, puesto que dosis demasiado elevadas de oxígeno podrían resultar incluso nocivas, pero por fortuna la atmósfera de los camerinos, impregnada de polvo y humo de cigarrillos, vendría bien pronto a restablecer el equilibrio justo.

Vulpius no había pertenecido nunca a esa escuela: le gustaba andar y todavía el año anterior había saludado el advenimiento de la primavera con largos paseos por los parques de la ciudad, solo o en compañía de Dora. Ahora, sin embargo, parecía compartir la incurable claustrofilia de los demás actores, es más, si éstos se preocupaban sólo de mantener dentro de los límites de una sabia moderación los contactos con el mundo exterior, él intentaba eludirlos todo lo que podía. No soportaba estar al aire libre y la vista de la naturaleza, o esos tímidos fragmentos que de ella se ofrecen a la contemplación de aquel que vive en la ciudad, incluso le resultaba odiosa. Había algo de falso, de patéticamente falso, en el regocijo con el que la vida orgánica celebraba su efímera victoria, como si hubiera olvidado la nada de la que procedía y a la que estaba destinada a volver. ¡Cuánta mayor dignidad revelaban las flores muertas de los estucos y la serena indiferencia de las cariátides! Ahora Vulpius pasaba ya casi todo el día en el teatro, asumiendo con mal disimulado fastidio las intrusiones de actores y espectadores. En cuanto bajaba el telón se encerraba en el camerino y esperaba a que los demás se fueran para volver a tomar posesión de su propia morada donde permanecía hasta el amanecer, sin ocuparse ya de mantener en secreto esta costumbre. Hacía ya tiempo, por otro lado, que sus compañeros habían dejado de llamar a su puerta exhortándole a volver con ellos a la pensión; su ausencia en la mesa del restaurante se había convertido en un hecho tan

habitual que ya no suscitaba ningún estupor y todos se mostraban proclives a perdonarle aquel comportamiento tan extravagante. Desde que Dora había dado su adiós a este mundo, Vulpius no era ya el mismo, había que tener paciencia hasta que volviera en sí y mientras tanto dejarle hacer lo que quisiera, aunque sus elecciones parecieran contrarias al buen gusto.

Así, se abstenían de hacerle preguntas si cuando llegaban al teatro se topaban con un proyector que aún estaba encendido o con un objeto de escena olvidado en el escenario, y también la sastra se limitaba a blandas reprimendas por el desaguisado que producía en su reino. Sin embargo un día, mientras estaban ocupados ensayando una jovial comedia, se encontraron en el centro del escenario la perversa calavera de Yorick y, tras haber pronunciado todos los conjuros para la ocasión, el director decidió suministrar al joven actor una enérgica reprimenda: esto ya era demasiado, hasta ahora habían tolerado en silencio todos sus caprichos, pero no había que abusar de la tolerancia y Vulpius se había pasado de la raya. Estaba tan enfurecido que le llamaba de usted, una forma de cortesía que con sus compañeros empleaba exclusivamente en las discusiones. A lo mejor, dijo apelando a la aprobación general, el señor se había olvidado de que no era el único ahí dentro que poseía una sensibilidad y un sistema nervioso, de modo que él se permitía refrescarle la memoria. Si no suponía una excesiva molestia, le rogaba que en lo sucesivo se abstuviera de exponer a los demás a visiones macabras y de mal agüero; ya era suficiente tener que vérselas con esa calavera una vez al año, cuando se representaba *Hamlet*; el resto del tiempo, que se quedase bien encerrada en su baúl y que Vulpius hiciera el santo favor de dejarla ahí.

El joven respondió a esta bronca con vagas palabras de excusa y se apresuró a retirar la piedra de escándalo. Nadie volvió a mencionar este episodio, los actores siguieron manifestando su habitual indulgencia y de todas maneras a la compasión se unió desde entonces un halo de temor, como si de repente Vulpius se hubiera convertido en un extraño. En efecto, había elegido compañeros en otro lugar y día tras día consolidaba a espaldas de los vivos una alianza con seres bien distintos, que estaban compuestos de una materia pesada e inerte o de la evanescente de la que surgen los personajes de la imaginación. Bajo la luz confusa del recuerdo tampoco la desconocida le parecía una mujer de carne y hueso, sino algo entre la estatua y el fantasma, concreta y perentoria y sin embargo siempre a punto de desaparecer. A la misma estirpe, por lo menos como hija adoptiva, adscribía a Dora desde que la vio en el lecho de muerte elevada a esa marmórea solemnidad. Ya sólo podía confiarse a criaturas de esta índole, liberadas del eterno devaneo de la existencia terrenal; para ellas escenificaba cada noche sus representaciones, cuyo tema exclusivo era precisamente la naturaleza de tales espectadoras y la nostalgia apremiante que cada vez lo empujaba más hacia ellas.

He usado el plural en obediencia a nuestra lógica, según la cual Dora y la desconocida, las cariátides que sostenían los palcos y las estatuas apiladas en la

penumbra de la iglesia constituirían una multiplicidad de elementos diferentes; pero para Vulpius no era así, su lógica reconocía en ellas las manifestaciones más o menos claras y completas de la misma identidad y si quisiéramos respetarla deberíamos hablar de una única espectadora, omnipresente y sin embargo escondida, que sobre el escenario vacío él evocaba con cada gesto y con cada frase.

Aunque fuese esquiva y desdeñosa y sólo en el aislamiento y en el silencio concediera de sí una parcial revelación, Vulpius percibía su mirada incluso cuando la sala estaba repleta y los demás actores se apresuraban sobre el escenario a tributarle su homenaje sin saberlo. Entonces, viendo que todo tendía hacia ella incluso sin conocerla, se daba cuenta de cuán grande era su poder. No podría escapar a él aunque quisiera puesto que ¿adónde se puede escapar de aquello que está encerrado en cada cosa y en cada alma como la suma palabra, la más íntima y secreta? Pero Vulpius no quería esquivarla, quería servirla con dedicación y, mientras se desenvolvía entre sus compañeros, sentía un desesperado orgullo ante la idea de ser el primero y el más fiel de sus ministros.

Si los demás hubieran adivinado algo de estos pensamientos, seguro que esta nueva enajenación de Vulpius hubiera cobrado ante sus ojos un aspecto mucho más inquietante; pero aun así, encontrarse interpretando junto a él constituía una prueba por lo alejado que él se mostraba. Obedecía con escrúpulo a las exigencias del texto, respondía a sus frases, incluso los tocaba, si en su papel estaba previsto, pero seguía negándose a cualquier tipo de relación con los compañeros, de manera que tanto en escena como fuera ellos apenas podían rozar su obstinada soledad. La rudimentaria perspicacia de la que estaban dotados les inducía a dar a todo esto el nombre de luto y, durante las reuniones que tenían lugar por la tarde en el restaurante, se preguntaban cuánto tiempo sería necesario para que Vulpius se resignara a lo inevitable y volviera a vivir sobre esta tierra. Pero aunque no osaran confesárselo, no estaban muy impacientes por que esto sucediera; si mientras estaban lamentando la ausencia del joven actor, éste hubiera entrado de improviso en el restaurante y se hubiera sentado en la mesa común, posiblemente no habrían soportado esa lobreguez sin perder el buen humor y no habrían podido comer con el mismo apetito.

XXV

Así, cada vez más inalcanzable, Vulpius se iba hundiendo día a día en su locura. Todas las voces se habían callado a su alrededor y no veía ninguno de los atractivos que la vida puede ofrecer; estaba atrapado en el ritmo monótono del rito escénico. Rara vez se le veía fuera del teatro; sus compañeros sospechaban que permanecía ahí toda la noche, que incluso a veces dormía ahí, como parecía indicar la funda desgastada del diván sobre la que quien se asomara al umbral de su camerino podía echar una fugaz ojeada. Las mujeres de la limpieza encontraban casi siempre la puerta cerrada con llave, y si llamaban oían la gélida voz del joven actor que respondía que no quería ser molestado, que volvieran más tarde o, mejor, que no volvieran a pasar, él mismo se ocuparía de ordenarlo todo.

A menudo dejaba en el pasillo un envoltorio que contenía las sobras de una frugal comida, cortezas de queso, huesos de melocotones o de cerezas, a lo sumo los restos de uno de esos inconsistentes platos preparados que vendía el tendero, y las fortachonas trabajadoras lo recogían sacudiendo la cabeza, murmurando que para mantenerse eran necesarias cosas bien diferentes y que el señor cometía una grave equivocación alimentándose de picoteos de ese tipo en vez de comer como Dios manda. Una opinión que era compartida por los demás actores, que, sin embargo, se abstuvieron de cualquier ulterior intento para persuadir a Vulpius de cambiar de régimen. Sólo habrían malgastado el aliento, ése no escuchaba a nadie y ya era difícilísimo incluso ser admitido en su presencia. Por otro lado, peor para él, un poco de dieta no podía ciertamente hacerle daño, y aunque esos tentempiés no eran muy sustanciosos, los aires que se daba eran suficientes para saciarle a conciencia. Hay quien vive de asados y quien vive de orgullo; evidentemente Vulpius había decidido pertenecer a la segunda categoría y, si así era feliz, por su parte no tenían nada que objetar.

Una actitud tan despiadada, hay que precisar, era la consecuencia de repetidas decepciones, de muchos esfuerzos infructuosos y de atenciones recompensadas sólo con respuestas apresuradas. Además no hay que extrañarse de que actores y personal prefirieran tener que ver lo menos posible con aquel extraño personaje cuando incluso yo, aun a sabiendas de mis obligaciones de voz narradora, siento a veces la necesidad de alejarme de él algunos pasos y fijarme en las figuras del entorno, mucho más reconfortantes por su normalidad. Pero como he dicho ya, tomando el punto de vista de esas figuras no se realizan grandes progresos en el recorrido obligado que la historia debe seguir y se terminaría delante de la puerta cerrada del camerino, interpuesta a la curiosidad de los demás por un Vulpius cada vez más solitario y celoso de su soledad.

Sin embargo a nosotros nos está permitido atravesar esa puerta, contra nuestra mirada omnisciente no hay precaución que valga, y por mucho que él se crea inobservado podemos muy bien verlo sentado delante del espejo, con los ojos fijos en

su propia imagen, tan absorto que no oye los ocasionales ruidos que vienen del pasillo. No es importante saber si es por la mañana, por la tarde o por la noche; a cualquier hora le sorprenderemos completamente maquillado con una capa cubriéndole el rostro y gruesas líneas trazadas con lápiz negro subrayando el contorno de sus ojos. Se trata de una máscara que no se quita nunca, ni siquiera antes de acostarse, y en el momento de entrar en escena le bastan unos pocos retoques para estar listo para interpretar su papel. Sólo con ocasión de una de sus raras salidas se decide a desmaquillarse con una servilleta, pero la visión de su propio rostro le resulta particularmente desagradable. Ahora tiene la impresión de no poder subsistir si no es en el artificio, de correr el riesgo de disolverse en cuanto se aparte de él, como si la máscara misma fuera el rostro, el único auténtico, y los rasgos que ésta esconde un soporte miserable e insignificante.

Debe de haber alguien en el teatro, puesto que no vemos a Vulpius en el escenario sino encerrado en su camerino; de hecho se refugia en él sólo para defenderse de esas invasiones. Las aguanta con dificultad, y si todavía queda algo comparable a la felicidad en esta disparatada existencia suya es lo que siente cuando oye que los demás se van y saborea por adelantado horas de completa tranquilidad en el teatro desierto. A pesar de que actores y espectadores se crean con derecho a turbar esa quietud con visitas inoportunas e incluso las mujeres de la limpieza violen desconsideradamente el silencio de aquel santuario, zapateando arriba y abajo por el pasillo con cubos y estropajos, su presencia le resulta lábil y carente de realidad como un baile de fantasmas. Ahí dentro sólo él es real, sólo a él le pertenece de verdad el teatro como una posesión exclusiva, porque Vulpius se ha convertido a su vez en una posesión exclusiva del teatro; el foyer y los camerinos, la sala reluciente de oro y las molduras del sofito de los palcos, están ligados a él no menos íntimamente que su propio cuerpo, constituyen los órganos y los miembros de un nuevo individuo que poco a poco, durante solitarios desvelos y largos días de meditación, ha tomado el lugar del joven actor Vulpius, de aquella patética, vacilante criatura dominada por la ilusión de existir por su propia cuenta. Ahora sin embargo sabe que es el foco en el que convergen los rayos de la ficción. Si los proyectores se apagarán, desaparecería al instante; si saliera de escena, no encontraría nada que estuviera esperándole salvo quizá aquello que esperó a Dora, demasiado ingenua e imaginativa, cuando había intentado renegar de su naturaleza huyendo del teatro.

El ser consciente de todo esto debería desanimarlo, pero le infunde ánimos e incluso una especie de oscuro entusiasmo. Después de todo no es un privilegio desechable ocupar la única zona de luz en un universo tenebroso, y poco importa si se trata de una luz artificial; de seguro que no la cambiaría por la falsa realidad del sol que luce ahí fuera, tanto más agresivo cuanto más avanza la estación y en cuyo resplandor los demás se sumergen ignorantes. Buscan su calor, se alegran del clima casi veraniego que ya impregna la ciudad animando sus calles con una vida febril y bulliciosa. Pero él prefiere mantenerse apartado y seguir percibiendo ese matiz helado

del que el teatro aún no se ha liberado, ese reclamo estimulante que le penetra hasta los huesos, sobre todo de noche, mientras desde el escenario Vulpius se enfrenta a la sala vacía.

XXVI

Aunque Vulpius, permaneciendo obstinadamente concentrado en la neutra estación del teatro sin ver casi otro cielo que aquel que cubría la sala con la inmutable fijeza de los estucos, rechazase verse implicado, afuera la primavera avanzaba a grandes pasos hacia el verano, la vegetación de los parques se hacía cada vez más opulenta, extenuada por el peso de su propia frondosidad, y las damas de la buena sociedad saboreaban ya las inminentes vacaciones. Entre tanto nadie estaba dispuesto a dejar escapar las pocas atracciones que la ciudad ofrecía en ese retazo final de primavera, entre las cuales los espectáculos del Teatro Municipal tenían un papel en ningún caso despreciable. Cuando también la última obra en cartel superó brillantemente la prueba del estreno obteniendo un éxito moderado pero carente de sombras, el gerente tuvo un suspiro de alivio disponiéndose a cerrar un balance como siempre positivo y el director se congratuló consigo mismo, no sin comunicar su satisfacción a todos aquellos que se le ponían a tiro, por haber acertado de nuevo con el programa adecuado, a despecho de los malévolos y de los sabihondos, permitiendo que la pequeña embarcación que tripulaba llegase felizmente a puerto a través del peligroso mar de la opinión pública.

Mientras se acercaba el momento del cierre estival, las representaciones se sucedían con un cierto cansancio, en un clima vacacional al que sólo Vulpius permanecía insensible. Sordo a los aplausos de los espectadores y sin embargo empeñado hasta el paroxismo en el denodado ejercicio de su propio talento, seguía viviendo en el teatro y para el teatro, y si en las cada vez más raras ocasiones en que sus compañeros conseguían intercambiar con él alguna palabra se referían a los proyectos para las vacaciones, parecía no entender siquiera de qué le estaban hablando. Sin embargo aguardaba la clausura de la temporada con una impaciencia, incluso con una euforia, que le costaba ocultar. Un día los sorprendió en el camerino del primer actor ocupados en ponderar la credibilidad de algunos folletos en los que pensiones y hoteles de localidades turísticas prometían a sus clientes confortables habitaciones y ricos y variados menús. Viéndole aparecer se interrumpieron y le dirigieron una mirada de invitación, pero él apartó los ojos y se alejó sin decir nada; entonces retomaron la discusión dichosos de haber sorteado el peligro. Si Vulpius quería quedarse por su cuenta, eso que se habían ahorrado, ellos no pedían nada mejor que desembarazarse por lo menos durante las vacaciones de aquel agobiante compañero. Saberle tan solo les daba lástima y por tanto estaban incluso dispuestos a cargar con él, pero al parecer al interesado no le agradaba en absoluto esta disponibilidad, por tanto que se quedara en la ciudad cociéndose en su propia salsa o que se fuera a pasar las vacaciones donde más le placiera, quizá a un convento de monjes trapenses donde nadie turbaría supreciado recogimiento intentando darle conversación. No es que fuera la solución ideal, la presencia de los monjes, aunque silenciosa, no garantizaba una perfecta privacidad. Le veían más bien en medio del

desierto, encaramado en una columna como un estilista, mientras dirigía miradas despreciativas sobre las miserias terrenales. Pero quién sabe si columnas semejantes existían todavía y de todas formas en esa parte del mundo no había desiertos, para encontrar uno había que llegar hasta el mar y embarcarse en un vapor, en fin, con su sueldo de actor difícilmente el singular compañero podría permitirse el lujo de ser anacoreta.

Este sarcasmo escondía una real preocupación por el Vulpius de antaño y al mismo tiempo servía para desahogar el despecho que en ellos suscitaba el arrogante Vulpius que le había sustituido. Era intolerable verle merodear con el aire del que piensa: «¿Cuándo os decidiréis a dejar de molestar?» o atrincherarse con desdén en el camerino. A menudo tenían la tentación de estallar y decirle de una vez por todas lo que se merecía, pero recordando la desgracia de Dora se frenaban para no ensañarse con un hombre puesto ya tan a prueba por el sufrimiento. Ésta era por lo menos la razón esgrimida; en realidad lo que contribuía a hacerles tan mansos era en gran medida la extraña sumisión que él les infundía y que en el transcurso de las semanas se iba convirtiendo en angustia, como frente a una incomprensible criatura que fuera vagamente amenazadora en su incomprensibilidad.

Dudo que Vulpius se diera cuenta de que inspiraba este tipo de sentimientos y aunque se hubiera dado cuenta probablemente no se habría ocupado de disiparlos; sólo le importaba que le dejaran en paz, que le apartaran lo menos posible de su febril concentración, por lo demás que pensarán de él lo que prefirieran. En el mundo en el que ahora vivía, cordialidad y enemistad, atenciones recíprocas y ofensas deliberadas, mezquindad y amabilidad y todo aquello que pudiera intervenir en una normal coexistencia entre seres humanos perdía todo significado. La drástica exclusión de cualquier afecto era una condición imprescindible para ser admitido en ese mundo, a él se accedía únicamente solo, una vez que se hubiera conseguido acallar en uno mismo el parloteo de la cotidianeidad. Así por lo menos le parecía a Vulpius, que día tras día aplicaba estos preceptos con inflexible rigor, como si quisiera purificarse de su propia sustancia terrenal; sus compañeros no iban del todo desencaminados con sus bromistas referencias a monjes y anacoretas porque, a su manera, él practicaba de verdad una especie de ascetismo para transformarse en una nada de carne y hueso, en un receptáculo completamente vacío y pasivo.

En este ambiente de mutua frialdad se llegó a la noche de la última representación. Era finales de junio, las señoras habían abandonado ya sus moradas de ciudad trasladándose a los lugares de veraneo, de manera que en la platea y en los palcos eran rarísimas las figuras femeninas que interrumpían con sus atuendos variopintos la monotonía blanquinegra de las chaquetas de noche y pecheras. En compensación, el gallinero estaba abarrotado de espectadores de ambos sexos, los cuales, no habiendo podido buscar nuevas distracciones en el ambiente mundano de un centro turístico, veían con desánimo el cierre del teatro y los meses de forzada abstinencia que les esperaban. Con mucho más placer, velado apenas por una sombra

de melancolía, gozaban del último esplendor de aquella temporada y al bajar el telón no paraban de aplaudir y de expresar un ruidoso entusiasmo referido quizá, más aún que al espectáculo, al teatro en sí, una institución cuya importancia para el bienestar colectivo no aparecía nunca tan evidente e indudable como cuando se estaba obligado a prescindir de ella.

Los actores experimentaban un sentimiento no distinto y algunas de las mujeres, apartándose entre los bastidores entre una ovación y otra, tuvieron incluso que recurrir al pañuelo para enjugar el líquido que brotaba de la emoción y limitar sus efectos desastrosos sobre el maquillaje de escena. Pero también quien no era de lágrima fácil se preguntaba con repentina desolación qué haría durante todo aquel tiempo, cómo llenaría los días, porque las diversiones a la larga terminan por generar un aburrimiento mortal y a base de descansar uno se acaba encontrando incluso postrado. Escuchando el sonido de los aplausos sentían con antelación su falta y se dolían de que la dignidad no les permitiera buscar un contrato veraniego en el pequeño teatro de cualquier estación termal. Sólo Vulpius parecía inmune a tristezas similares: iba y venía del escenario inclinándose ante el público con el consabido desapego, y lo que dirigía a la sala iluminada a plena luz por las lámparas era todo menos una mirada de adiós.

XXVII

Desde aquella noche ya han pasado varias semanas, ningún alegre ir y venir anima ya los pasillos de la pensión. Sumergidas en una perpleja quietud, las habitaciones aguardan la vuelta de sus ocupantes y en la sala de la planta baja la mesa común ha sido desmembrada en muchas mesitas donde tal vez se sienten clientes ocasionales. Los días transcurren con lentitud bajo un cielo estancado, perennemente empañado por tenues vapores. Para eludir el bochorno el que puede quedarse en casa durante las horas de más calor, de manera que la ciudad entera resulta ni más ni menos despoblada que la pensión, paralizada por un pesado entumecimiento del que sólo se recupera caída la tarde, cuando el sol cercano a su ocaso mitiga su llamarada feroz y un aire más fresco baja de las colinas. Entonces todos se vuelcan hacia las calles, se disputan las mesitas al aire libre de los cafés y pastelerías, se enfrentan a interminables colas delante de los kioscos para adueñarse de una rodaja de sandía o de un cucurucho helado y, hasta entrada la noche, las calles del centro se empapan de una afable atmósfera de verbena pueblerina a la que los músicos ambulantes apostados aquí y allá proporcionan a cambio de algo suelto el necesario acompañamiento musical.

Quien en ocasiones similares pasaba por la plaza del teatro se encontraba frente a una fachada oscura de puertas atrancadas y a duras penas reconocía el lugar cautivador ante el cual todavía el mes pasado, a esa misma hora, desfilaban largas procesiones de coches y carrozas y señoras y señores exhibían fugazmente sus trajes de noche antes de desaparecer de nuevo tras las grandes arcadas luminosas. Todo esto parecía pertenecer a una época remota; el abandono dotaba al teatro de un aspecto severo, casi huraño, y no se podría pensar en un contraste más tajante tanto con la afable elegancia de entonces como con el júbilo popular que ahora lo ceñía asediándolo.

Tales observadores ciertamente no habrían imaginado que quedara aún un alma en ese edificio herméticamente cerrado. Incluso las mujeres de la limpieza hacía semanas que habían dejado de desempeñar un servicio ya superfluo, consintiendo a las arañas tejer en paz sus telas y al polvo acumularse sin molestias hasta el otoño. Así pues durante un par de meses nadie pondría un pie en el teatro, o por lo menos ésta era la convicción universalmente aceptada entre el personal y los ciudadanos comunes: nosotros, sin embargo, estamos autorizados a alimentar alguna duda al respecto, pues recordamos que Vulpius guardaba la llave de acceso al escenario como un preciado bien y recordamos también con qué ansiosa impaciencia había aguardado la clausura de la temporada.

Si volvemos unos pasos atrás, hasta el día en que incluso los actores que se demoraron más en la ciudad dejaron la pensión saliendo de veraneo, podemos verle en la ventana de su habitación, semiescondido tras las cortinas, sin perder de vista la calle donde los baúles y maletas son cargados uno tras otra en el maletero de un

vehículo público. Desde que el telón bajó sobre la última representación, había tenido que suspender casi del todo sus visitas al teatro, para no llamar la atención del personal encargado de poner orden antes de la pausa veraniega, y había pasado un período de exilio que resultó aún más penoso por la dificultad de sustraerse a la indiscreta vigilancia de sus compañeros. Pero ahora, por fin, el teatro había cerrado sus puertas y él se quedaba solo en la ciudad; vio a los pasajeros subirse al coche y asomarse a las ventanillas para dirigir cordiales gestos de saludo a la hotelera, que de pie ante el umbral asistía a la partida de sus huéspedes; después el vehículo se puso en marcha y tras dar algún bote se encaminó con decisión hacia la estación.

En cuanto dio la vuelta a la primera esquina Vulpius se alejó de la ventana, aliviado por el pensamiento de que ya nadie haría caso de sus movimientos. Ya le había comunicado a la dueña que pronto se iría de vacaciones también él y hacía un par de días que se dedicaba a los preparativos. Tenía que llevarse un poco de equipaje para de esta manera no despertar sospechas, por lo que había amontonado al tuntún en una maleta camisas y ropa interior. Además se había preocupado de regularizar sus cuentas, arguyendo que pretendía estar fuera bastante tiempo y que prefería no dejar nada pendiente; todavía no había fijado la fecha del regreso pero telegrafiaría con la debida anticipación para anunciarlo.

La madrugada misma siguiente, hacia las cuatro, cuando el alegre tumulto de la noche veraniega se había apaciguado hacía rato y de las calles desiertas no llegaba ya un mínimo ruido, Vulpius salió de la pensión con la maleta en la mano y la llave en un bolsillo de la chaqueta y recorrió sin ser visto el corto trecho que le separaba del teatro. Ante la entrada de actores miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le veía; entonces, con una extraña agitación, hizo saltar la cerradura y se deslizó en la oscuridad del pasillo. Sólo cuando cerró la puerta con varias vueltas de llave se acordó de respirar. «Ahora estoy a salvo», pensó, «ahora no podrán descubrirme». Encendió la luz y avanzó; en los camerinos la descolorida tapicería ya no estaba reavivada por los colores de los trajes colgados, las estanterías de los muebles estaban vacías, delante de los espejos ya no brillaba la delicada opalescencia de los frascos y ampollas; quizá los mismos actores, quizá las mujeres de la limpieza, habían destruido aquellos frágiles encantos instaurando en su lugar un orden férreo y desolador. A pesar de todo, también así era su morada y Vulpius saboreó con un sentimiento de vértigo jubiloso el saber que podría disfrutar de ella a solas durante un tiempo que le parecía sin límites.

Apoyó la maleta en el camerino y se sentó para retomar el aliento. Había andado deprisa, casi corriendo, y también la emoción le impedía respirar, así que no consiguió permanecer quieto durante mucho tiempo; tenía que asegurarse de que el teatro era de verdad inviolable, de modo que se puso a inspeccionar las puertas que daban al exterior. Gracias al cielo estaban cerradas de la primera hasta la última con sus correspondientes trancas y pestillos. Le preocupaba un poco que también otros poseyeran las llaves, pero se tranquilizó casi enseguida: tanto el gerente como el

director estaban fuera de la ciudad y salvo ellos ¿quién se habría aventurado a entrar si no fuese por un motivo grave?

Exhausto y acalorado, volvió al camerino. Del grifo del lavabo aún caía agua, primero gotas, luego un chorro violento y oxidado, y Vulpius se mojó las muñecas y las sienes. Pronto se acostumbraría a esa atmósfera sofocante, tendría que acostumbrarse, ya que no era el caso de pensar en abrir ni tan siquiera alguna rendija para que entrase un poco de aire. No, tenía que resistir así, y resistiría mejor si no estuviera tan cansado. Había pasado la noche sin pegar ojo, incapaz incluso de permanecer tumbado sobre la cama, con el estado de ánimo expectante y de sutil angustia de aquel que está a punto de acudir a una cita largo tiempo deseada.

Ahora sin embargo, en cuanto se colocó lo mejor que pudo sobre el incómodo diván, sintió su inquietud disolverse poco a poco mientras todo él era invadido por una profunda serenidad, una paz del cuerpo y del alma que no había sentido nunca, o quizá sólo en algún sueño olvidado de su infancia. Se durmió por tanto fácilmente y si Dora le hubiese podido ver, aquel sueño no le habría parecido muy distinto del habitual; habría percibido la misma inmovilidad, la misma rigidez escultural que en un tiempo la había desazonado tanto. Sin embargo, acercándose más, habría visto algo no acostumbrado: se habría dado cuenta de que en el sueño Vulpius sonreía.

XXVIII

Se despertó sin saber cuánto tiempo había dormido. Los ruidos de la vida ciudadana no podían llegarle a través de los gruesos muros del teatro, la luz ahí no penetraba, y sobre la gran esfera blanca del pasillo las agujas hacía días que habían cesado de marcar las horas, rompiendo el último lazo entre el tiempo que transcurría en el exterior y el estático que reinaba en el edificio abandonado.

En cualquier caso Vulpius se sentía completamente despierto, no sentía ya ningún sopor e incluso el aire le parecía menos sofocante. Se levantó, estiró sus miembros un poco doloridos; si bien tenía hambre, estaba seguro de saber resistir largo tiempo sin alimento y a pesar de todo quiso concederse por lo menos un vaso de agua. Se acercó al lavabo, dejó correr el agua probándola con un dedo con la esperanza de que se refrescara. Luego llenó el vaso, lo vació a grandes sorbos y cuando terminó de beber se inclinó para lavarse la cara. Enderezándose se vio en el espejo, cogió por sorpresa su rostro antes de que tomase expresión alguna y frente a esos rasgos todavía entumecidos, indefensos en su desmemoria, le sobrevino una oscura piedad de sí mismo.

De repente, nítida y concreta, volvió a presentarse en su mente la imagen de Dora, pero no tal como le pareció en el ataúd, endurecida, ajena a la dicha y al dolor; la veía recorrer temerosa las calles de la ciudad nocturna apoyándose en él, tiritando ligeramente sobre el escenario desnudo, buscándole con la mirada en la oscuridad de la platea. Aquella congoja, aquella fragilidad le habían resultado siempre incomprensibles; ahora sin embargo descubría su rastro dentro de él, un rastro tenue, que no le induciría nunca a apartarse de su propósito y abandonar el teatro y, sin embargo, gracias a ellas le pareció entender cómo para naturalezas más débiles representaba un consuelo, incluso una especie de bendición, el escuchar las notas tintineantes de un carillón o dar vueltas al ritmo de un vals hasta que la sangre afluyese a la cabeza y la simple, estólida ebriedad de estar vivos ahogase todo pensamiento.

Fue sólo un instante, un estorbo fugaz sobre la dura superficie de su resolución. Cogió el maquillaje de un bote y con movimientos rápidos lo untó sobre su rostro, casi como si tuviese prisa en cubrir su desnudez. Ahora, en el gran espejo enmarcado por bombillas encendidas, aquel rostro era totalmente distinto, era un objeto extraño e inanimado, y Vulpius pudo mirarlo con desapego mientras sabios toques lo transformaban poco a poco en una máscara.

Cuando terminó bajó al foso y entre los baúles ordenadamente alineados a lo largo de las paredes de la sastrería buscó el que contenía el vestuario del *Don Juan*. Lo abrió y se puso a levantar los bordes de las fundas que protegían los trajes hasta que encontró la librea de Sganarelle. Completó entonces la metamorfosis despojándose del atuendo cotidiano y poniéndose las largas medias blancas, los pantalones por la rodilla y la chaqueta de galones; luego se calzó los zapatos de

charol y se ató alrededor del cuello la alta gorguera de lino. Observándole ahora quizá tengamos la impresión de ser reconducidos a los comienzos de nuestra historia, al momento en el que Vulpius se disponía a entrar en escena para la representación del estreno; sin embargo en ese rostro demacrado, en esa figura leñosa, no queda ya nada que recuerde la vivacidad de Sganarelle, su ingenua socarronería, sus guiños. No nos debe llevar a engaño el traje, el papel que Vulpius está a punto de interpretar es de un género radicalmente distinto, al cual se ciñe bien la cérea pátina de polvos y maquillaje extendida sobre su rostro; es siempre un papel de criado, si queremos, pero de un criado que no espera su sueldo de ningún noble sevillano o disoluto escarmentado. Si acaso podría recordar que en aquella noche remota junto a la representación prevista en cartel se desarrolló otra, una comedia de miradas, un drama sin epílogo silenciosamente entretejido entre el palco y el escenario, y adelantar la hipótesis nada azarosa de que Vulpius pretendía hacer revivir a uno de los protagonistas.

Todo esto resulta verosímil, si se me permite usar un término del cual había puesto inicialmente en duda su aplicación a las cuestiones de Vulpius y que quizá, ahora, es lícito recuperar en una nueva acepción. Es verosímil que este personaje siga hasta el final, con firmeza, el camino por el que le hemos visto avanzar y que este camino no sea una línea recta, donde cada cosa va desapareciendo sin dejar rastro y es suplantada por otra, sino un círculo donde todo, antes o después, está destinado a volver. Ni las leyes narrativas ni las de la locura gustan de la dispersión, prefieren mezclar y volver a mezclar un número limitado de elementos hasta que el círculo se cierra. Ahora bien, que esta historia se esté acercando a su conclusión no es ciertamente un misterio, para darse cuenta basta con ver cuántas páginas quedan. Por tanto, es en verdad tiempo, es justo que las cosas se retomen: el traje de Sganarelle, quizá también el reloj de la desconocida y la máscara de raso negro que Vulpius, cómplice indispensable de nuestras reminiscencias, podría haber deslizado en la maleta antes de acudir al teatro y luego haber colocado en algún sitio, en un cajón o más probablemente a la vista, para mover sus ulteriores pasos bajo la guía de esos funestos talismanes. Objetos y pensamientos, imágenes percibidas y recordadas, vuelven como los temas en los dramas musicales, mezclándose, componiéndose, desvelando correspondencias, y nosotros asistimos a su metódico volver a aflorar a través de los gestos realizados por Vulpius en el teatro desierto.

Aquí dentro, realidad ha habido siempre bien poca; ahora además parece que no la haya en absoluto; incluso Vulpius, mientras avanza rígido y lento hacia el escenario en su traje del XVII, parece cualquier cosa menos una criatura real y casi sorprende descubrir aún, bajo la chaqueta que le ciñe el busto como una coraza, una respiración agitada, el latido de un corazón. Pero esto es secundario o, por lo menos, así lo considera él: una pequeña mota en la esfera de otro modo perfecta de la ficción, la única que cuenta, la única donde podrán al fin reunirse los esparcidos fragmentos de su destino. Y Vulpius prepara el escenario con cuidado, encendiendo los

proyectores, disponiendo las luces de manera que no disuelvan por completo la oscuridad en la que está inmerso sino que sólo creen, exactamente en el centro, una isla de claridad, una franja muy nítida que desde el proscenio vaya hasta el fondo. Luego se aleja, baja de nuevo al foso y de aquí llega al almacén donde se agolpan mobiliario, objetos y decorados enrollados. Hurga detenidamente entre esos mundos en desuso en busca del suyo, escoge sus componentes esenciales y los transporta uno tras otro sobre el escenario: dos borriquetas y una larga tabla de madera tosca.

Coloca las borriquetas de manera que estén paralelas al proscenio, apoya encima la tabla y retrocede unos pasos para asegurarse de que la posición es la deseada. Sí, está satisfecho, pero le falta un poco el aliento y también el corazón vuelve a latirle más fuerte y desordenadamente, como cuando, pocas o muchas horas antes, la puerta del teatro se abrió de par en par ante él. Una pequeña mota, una irrelevante imperfección; sólo con parar algunos minutos y respirar a fondo se apaciguará la agitación porque no es él el agitado sino sólo su corazón, su sangre, su cuerpo, ese mecanismo porfiado que opone a los suyos sus propios fines y que sin embargo él no duda conseguir doblar.

Deja deslizar su mirada de un extremo a otro de la sala, se entretiene sobre las cariátides y angelotes, sobre las cortinas carmesí y sobre el tenue destello de los estucos, buscando el apoyo de esos mudos aliados. Y verdaderamente le parece recabar fuerzas de cuanto le circunda, recibir una definitiva aprobación de una autoridad ante la cual sólo queda la rendición y la obediencia. Que se rindan pues, que obedezcan la sangre y la respiración, y el recuerdo repentino y agobiante de lo que hay más allá de estos muros, de las miles de estratagemas, tan frágiles y sin embargo tan cautivadoras, de las que está hecha la vida de los hombres. ¿Qué encanto puede ofrecer el mundo para vencer el esplendor encendido por las luces de escena? Es un mundo turbio el que le aguarda ahí fuera, un mundo impreciso al que le falta el valor de la mentira, el valor de la verdad. Ya a su llegada, apenas se cerró la puerta tras de sí, Vulpius sabía que nunca más aceptaría interpretar un papel, es más, lo sabía mucho antes, y ahora el temor, el resurgir de impulsos torpes y rudimentarios intentan en vano vapulear su intransigencia. Éste es el escenario y éste es el papel que le toca, el único posible, el único comprensible. Arrancándole una sonrisa le viene a la cabeza la imagen del primer actor en Nochevieja, alelado por el champán, erguido sobre esas mismas tablas defendiendo contra los profanos su entusiasmo de actor, pero incluso esta imprevista correspondencia no le disgusta, como no me disgusta a mí, puesto que en las mejores tragedias se entrelazan inextricablemente los hilos de la farsa y él mismo, para subirse ahí encima, ha elegido vestir el atuendo de un bufón.

Ahora está tranquilo, absolutamente tranquilo. Le parece haberse enfrentado y vencido a una muchedumbre de espectros, de esos que en el quinto acto, la noche anterior a la batalla, se presentan por turno en la tienda del protagonista como si se tratase de la hora de visita. «Desespera y vive», le decían, o quizá: «Espera y vive», pero él no ha escuchado sus voces, y también Dora, la aparición más temible, con su

afligido cortejo de vals y carillón, plumas de avestruz y cometas magulladas, ha sido arrollada por otra Dora, estatua entre las estatuas, en torno a la cual se elevan nubes de incienso y solemnes fórmulas latinas.

Cada vez más cercana resulta esa imagen, cada vez más presente, mientras Vulpius vuelve a los sótanos del teatro y aparece de nuevo portando sobre sus brazos una tela negra. La suya es una representación abstracta, estilizada, no sucumbe a la decoración fácil a la que el director recurre tan a menudo en las puestas en escena; por eso ni siquiera se ha preocupado de ver si entre el amasijo de objetos que llenan el almacén, en ese caos anterior a la creación, había por casualidad algún candelabro o tabernáculo de cartón piedra de los que se exhiben al público en las escenas de boda, coronaciones y fatales encuentros en la iglesia de devotas doncellas con sus futuros seductores. Si hubiera buscado, seguramente habría encontrado algo parecido, pero no le hace falta, prefiere contentarse con la tela negra que extiende sobre la mesa haciendo que sus extremos cuelguen con cuidado, de manera que la riqueza del paño se despliegue sobre todo por el lado visible desde la platea. Cuando le parece que lo ha colocado lo mejor posible sube sobre el catafalco, se tumba, cruza las manos sobre el pecho donde el corazón responde a su presión con un tímido y resignado latido. Así permanece, boca arriba, inmóvil, así pretende quedarse hasta que ese cuerpo rebelde se haga piedra y las estatuas le acojan en su triunfante comunidad. Ahora sus labios están ligeramente entreabiertos en un helado éxtasis, los párpados cerrados se hacen cada vez más pesados, pero Vulpius no tiene necesidad de abrir los ojos para saber que desde el palco de proscenio la espectadora lo está observando.



PAOLA CAPRIOLO (Milán 1962) está considerada una de las mejores escritoras italianas contemporáneas. Entre sus obras pueden destacarse el libro de relatos *La gran Eulalia* (Premio Giuseppe Berto 1988) y las novelas *El barquero de las ánimas* (Premio Selezione Campiello 1989 y Premio Rapallo 1990), *Il doppio regno* (Premio Grinzane Cavour 1992) y *Vissi d'amore*. De la misma autora Siruela ha publicado *Con mis mil ojos*.